

SERVICIO DE INVESTIGACION PREHISTORICA
DIPUTACION PROVINCIAL DE VALENCIA
SERIE DE TRABAJOS VARIOS
Núm. 40

LA CUEVA DE LA COCINA
ENSAYO DE CRONOLOGIA DEL EPIPALEOLITICO
(Facies Geométricas)

por
JAVIER FORTEA PEREZ
Prólogo del
Dr. D. LUIS PERICOT GARCIA



VALENCIA
1971

ISSN 1980-0540

DIPUTACION PROVINCIAL DE VALENCIA — INSTITUCION ALFONSO EL MAGNANIMO
SERVICIO DE INVESTIGACION PREHISTORICA
SECCION DE PREHISTORIA EN VALENCIA DEL PATRONATO SAAVEDRA FAJARDO DEL C.S.I.C.

SERIE DE TRABAJOS VARIOS

Núm. 40



Depósito Legal V. 3340 - 1971

Imp. F. Domenech, S. A. - Mar, 31 - Valencia

PROLOGO

Con cierta añoranza escribo gustoso el presente prólogo a una publicación que me trae nostalgias de viejos tiempos y de ilusiones no realizadas. De los tiempos en que estábamos restaurando la vida del S. I. P. Su director y fundador, don Isidro Ballester Tormo había podido salvarle de peligros durante la guerra civil. Ibamos logrando nuevos apoyos, como el que supuso la visita a Valencia de don Antonio Tovar, entonces director general de Enseñanza Técnica. Había que reemprender los trabajos de campo para recobrar el ritmo de los años anteriores, contando con que el rico suelo valenciano compensaría, como había hecho hasta entonces, nuestros esfuerzos. En el verano de 1940, reanudábamos las excavaciones, tan provechosas, del Cerro de San Miguel, en Liria.

Ese mismo verano, dos maestras que veraneaban en el pueblo de Dos Aguas tuvieron noticia de unas supuestas "letras" pintadas en alguno de los barrancos de la partida de la Canal, a un par de horas de camino desde aquella localidad. Se hicieron acompañar a los lugares, que resultaron ser abrigos con pinturas rupestres, no muy distantes, aunque las separe la imponente garganta del río Júcar, de las famosas de Bicorp. Inmediatamente dieron noticia del hallazgo al inspector de Magisterio, don J. J. Senent Ibáñez, al que se le debían ya otros señalamientos de pinturas y estaciones diversas en las tierras valencianas. El fue quien, generosamente, comunicó el hallazgo al S. I. P.

Era tan apasionante un nuevo hallazgo de arte rupestre en la región, que ya en el otoño de 1940 se organizó una expedición en la que tomaron parte, además del señor Senent, los señores Chocomeli, Alcácer y el prospector y capataz —¡cuántas cosas en una pieza!— Salvador Espí. Se visitaron los dos abrigos, llamados "Cinto de Las Letras" y "Cinto de la Ventana"; para llegar a este último era obligado pasar ante la gran entrada de una cueva utilizada para refugio del ganado, conocida con el nombre de Cueva de La Cocina. Una rápida cata practicada por Espí mostró inmediatamente numerosos microlitos y cerámicas.

La doble importancia de tales yacimientos hizo que se incluyera su estudio entre las tareas a realizar por el S. I. P. el año siguiente, invitándose a participar en él a don Juan Cabré, como experto en la copia y estudio del arte rupestre levantino.

Está bien grabada en mi memoria la llegada de don Juan Cabré y la reunión, en el domicilio de don Isidro Ballester, de los miembros de la expedición, en la que habían de figurar los señores Senent, Alcácer y Espí. Era el 23 de julio de 1941. Tras la visita al entonces ponente de Cultura de la excelentísima Diputación

de Valencia, don Fernando de Rojas, marqués de Algorfa, a quien tanto debe el S. I. P. por su decidida protección, salimos poco después de las cinco de la tarde hacia Dos Aguas.

Tan sólo unos cuarenta kilómetros de mala carretera separaban la capital de dicho pueblo, pero el cambio de ambiente era extraordinario. El habla era la castellana con dejes de arcaísmo que la ennoblecían. El caserío, sin electricidad y con una urbanización rudimentaria, con sus cuevas empedradas de guijarros, nos trasladaba a tiempos pretéritos. Nos recibieron el alcalde y el maestro, don José Iborra Izquierdo, que fueron en adelante excelentes colaboradores nuestros y que, lo mismo que las buenas gentes del lugar, se interesaron en seguida por nuestras tareas.

Pernoctamos en Dos Aguas, donde nos procuramos algunos obreros y los pertrechos necesarios, y en la mañana del 24 de julio emprendimos la caminata, no menos de tres horas de camino, para llegar a la casa de Cifre, un corral relativamente próximo a las pinturas y a la cueva. En él residimos en esta primera campaña, con escasa comodidad.

Cabré, Senent y Alcácer se dirigieron al "Cinto de las Letras", empezando la tarea de copiar las pinturas y, por mi parte, con Espi y varios obreros, me dirigí a la cueva. Tras una cómica, pero impresionante batalla con verdaderas nubes de pulgas que habían proliferado en la capa de estiércol que cubría buena parte del yacimiento, iniciamos la excavación en la zona sur de la entrada de la cueva. Esta fue explorada, dándonos cuenta de su extensión y posibilidades. Nos intrigó el paso a una cámara inferior. Pronto supimos que el lugar, tan apartado, había servido de refugio durante la última guerra civil. Más curioso es que hubiera servido de último refugio a los moriscos, como lo prueba el hallazgo, realizado a comienzos del siglo pasado, de unos cráneos, en dicha cámara inferior, datos que nos facilitó nuestro discípulo Ernesto Jiménez Navarro; el hecho está descrito en las memorias de la Real Academia de la Historia, en su tomo VI, página LXXXI.

Esta primera campaña duró hasta el 4 de agosto. Fue suficiente para darnos cuenta de que los materiales líticos tenían más importancia que las pinturas, ya que tanto las naturalistas como las esquemáticas que habíamos visto podían calificarse de mediocres, aunque siempre interesantes. También se logró, a los pocos días de excavación, descifrar la secuencia epipaleolítica con superposición de un viejo neolítico. Nos daba así la esperanza de poder, por fin, enlazar la cultura levantina, a través de la gran transformación en el utillaje, que separa paleolítico y neolítico.

Con la experiencia del Parpalló, desde el primer día cuidamos el lavado de las plaquitas de piedra que aparecían en los niveles antiguos. Dudosas manchas de pintura roja, incluso en el muro sur de la cueva, nos hacían sospechar la presencia de piezas pintadas de estilo aziliense. Una consideración elemental daba importancia a aquel indicio. La de que quienes pintaron en el "Cinto de la Ventana" no tenían otro lugar más adecuado para vivienda que la cueva de La Cocina, situada en el comienzo del mismo barranco, ante la cual era forzoso pasar para llegar al lugar de las pinturas. Era como si tuviéramos un yacimiento al pie de un abrigo pintado.

La segunda campaña de excavaciones tuvo lugar del 23 de julio al 9 de agosto de 1942, siendo mis colaboradores los señores Alcácer y Pla Ballester. Residimos en tiendas de campaña en el llano en que se inicia el barranco hacia

la cueva, en la era junto a la casa de Valle, propiedad de la familia Valle de la que varios miembros trabajaban en la excavación.

Una tercera campaña tuvo lugar en 1943, desde el 24 de julio al 13 de agosto, con los mismos colaboradores que en la anterior.

Del 28 de julio al 13 de agosto de 1945, realizamos la última campaña, acompañados por Francisco Jordá.

A partir de aquella cuarta campaña, diversas circunstancias nos impulsaron a interrumpir nuestros trabajos en zona tan alejada y difícil. Las campañas en la cueva de "Les Mallaetes" de Barig y luego en las de "Les Rates Penaes" y "Barranc Blanc", de Rótova, adquirieron tal importancia, que el proyecto de proseguir la excavación de la Cueva de La Cocina fue dilatándose y hasta el momento presente no ha sido posible reanudarla.

En 1946, en el segundo volumen de "Archivo de Prehistoria Levantina" publiqué una somera memoria que era suficiente para plantear los problemas más salientes y dar a conocer tan importante yacimiento. En mis numerosos trabajos de síntesis utilicé los datos que La Cocina me había proporcionado y los especialistas europeos citaron con frecuencia tales resultados.

Y aún el esquema que elaboré me parece adecuado, excepto en lo que se refiere al capsense que por entonces se hundió definitivamente.

Mas los años no pasan en balde y mis ilusiones de completar la excavación y publicación de La Cocina, desmoronadas por tantas complejas tareas, científicas o no, por tantos avatares y desengaños, inexorablemente demolidores, como llevan consigo las vidas de los humanos, fueron desvaneciéndose. Cuando un discípulo de mi discípulo y colaborador en la última campaña de la Cueva de La Cocina, Francisco Jordá —ahora colega bien querido— empezó a estudiar el epipaleolítico español, no podía razonablemente pedirle que esperara mi estudio minucioso y definitivo de mis excavaciones en La Cocina. Con gusto, con el gozo anticipado de que mi labor y mis esfuerzos —y conmigo, los de mis colaboradores— servirían para el progreso de la ciencia, a la que consagré mi vida, acepté que el autor de este libro, Javier Fortea, estudiara los materiales y los publicara en la forma más completa posible.

El lector se dará cuenta de que la elección fue acertada y que la semilla de la enseñanza impartida por Jordá, había caído en buena tierra.

El plan del autor es ambicioso y no es fácil encontrar alguna faceta en el planteamiento de los problemas de la cueva de La Cocina que no haya tratado y sobre la que no haya elaborado una hipótesis plausible.

Podría a primera vista parecer superfluo el extenso capítulo en que se fija la nomenclatura. En realidad, es muy útil, precisamente en estos momentos en que tratamos de fijar, de una vez, la denominación del utillaje de sílex para el paleolítico español. El autor ha tomado como base la establecida por Tixier y ello sólo ya indica que se sitúa dentro de la escuela Bordes como hacen la mayoría de autores. Creemos que tal posición es la más prudente a pesar de que indudablemente otros métodos puedan tener bases, acaso, mejores. La aceptaremos, pues, con todas las reservas que se han hecho a una nomenclatura rígida en la clasificación de elementos culturales que, por ser obra de seres humanos, se han producido con una enorme variabilidad.

Estoy de acuerdo con la nomenclatura que aquí se presenta y tan sólo, acaso por mi visión ya retrasada de tales problemas, tendería a ciertas simplificaciones.

En definitiva, los cuadros estadísticos que se nos presentan en la obra suelen darnos tantos por cientos agrupando las piezas afines en grandes categorías de utillaje.

A base de esas minuciosas tablas será posible dibujar los gráficos acumulativos que nos servirán para enfrentarlos a los que otras industrias de países vecinos nos ofrecen. Toda una amplia perspectiva de correlaciones se nos presenta.

Acepta el autor la estratigrafía del yacimiento tal como se refleja en nuestros diarios de excavaciones que él ha tenido a su disposición, y le agradecemos sus palabras. Nadie como nosotros mismos conocemos mejor las deficiencias de nuestros trabajos hace 30 ó 40 años, en comparación con las técnicas actuales de excavación. Por fortuna, la amplia cueva de La Cocina, con sus depósitos en su mayor parte horizontales, no ofrecía graves dificultades y queda mucho todavía por excavar en ella.

Aparte los problemas cronológicos para situar en su más exacta posición estratigráfica general la etapa primera, resulta difícil también el separar adecuadamente los posibles niveles neolíticos. Por mi parte pensé durante la excavación que se daba un neolítico con cerámica anterior a la presencia de la técnica cardial, lo que hoy, con todo lo que sabemos de esas viejas cerámicas, no parece sostenible, aunque debe seguir indagándose sobre ello. En cambio creo que fuimos prudentes aceptando una cronología bastante alta o que lo parecía en aquel momento, ya que hoy, con las fechas de C-14 que suelen aceptarse, hay que ir todavía a fechas más remotas para esta fase.

A pesar del cuidado puesto en la excavación fue muy escasa la recogida de restos de fauna, con lo que nos falta un elemento de juicio esencial. En todo caso, la observada era banal. Entre los moluscos, clasificados por M. Vidal y López, se hallan especies de agua dulce, lo que se explica por la proximidad al cauce del Júcar. Restos faunísticos procedentes de esta cueva experimentaron la misma triste suerte que un cierto número de paquetes con fauna de la cueva del Parpalló, que se perdieron en la catastrófica riada que se abatió sobre Valencia en 1957.

Una segunda parte nos da una estadística por niveles de una de las zonas que el autor cree más claras en su estratigrafía. Debe, pues, tenerse en cuenta que no se han utilizado todas las piezas excavadas, lo que, sin embargo, no puede modificar las conclusiones del autor.

La estadística no hace sino confirmar lo que a simple vista se nos aparecía durante la excavación y en los primeros estudios de los materiales.

Después de estas dos partes puramente descriptivas vienen unos densos capítulos donde se plantean con amplia visión, propia de quien prepara su tesis doctoral sobre el epipaleolítico español, los problemas, innumerables, que la excavación de la cueva de La Cocina nos planteó ya. A treinta años de distancia es curioso volver a razonar sobre un tema tan complejo y sobre el cual nuestras ideas han evolucionado no poco.

No es nuestro propósito discutir punto por punto esos grandes temas. La forma en que los plantea el autor me parece sumamente correcta y hallarse apoyada por un conocimiento muy preciso y minucioso de las industrias epipaleolíticas del Occidente. Tan sólo voy a resumir algunos de los grandes temas tratados y a señalar mi posición actual ante ellos aún con el convencimiento de que corro el riesgo de quedarme en una posición excesivamente conservadora.

Aunque pueda parecer bizantina la polémica sobre epipaleolítico-mesolítico tiene, en realidad, un trasfondo importante por lo que sugiere en muchos aspectos cada una de tales voces. Creemos que el autor acierta al preferir la primera de ellas. Pero de la misma manera que puede haber ocurrido en otras Edades Medias que la historia conoce, en algunas regiones del Orbe cabe la posibilidad de aceptar una etapa para la que sea útil todavía la denominación de mesolítico.

Los grandes y oscuros problemas de correlación con otras industrias parecidas son analizados con mucho detalle por el autor. En especial la posible relación con el capsense. Hoy resulta fácil prescindir del capsense para explicar una industria hispana. Pero hay que situarse en la mentalidad de hace 30 años, cuando había sido una especie de artículo de fe la vinculación de nuestras culturas con las del norte de África y el papel predominante que se atribuía al capsense. Hoy me asombra que cayéramos entonces en algunas de las exageraciones señaladas, incluso cuando ya el Parpalló nos había convencido del predominio de las industrias europeas del paleolítico superior en las tierras levantinas de la península. Mis propias ideas de entonces me advierten continuamente del peligro de las afirmaciones demasiado rotundas en Prehistoria y el releer mis propios textos, treinta años después, es una llamada constante a la prudencia. Fortea llega al detalle de este problema y no puede dejar de reconocer algunas semejanzas en las industrias pétreas. Pero concluye, naturalmente, en la falta de pruebas de contactos directos. Acaso cabría insistir en ciertos detalles de paralelismo con la industria iberomauretánica que, por tener una difusión costera, tal vez puede haber dejado, mejor que la capsense, una huella en nuestras comarcas meridionales.

El análisis de las posibles relaciones con el sauveterriense y el tardenoisense y con las industrias epipaleolíticas italianas, es también acertado y hecho con gran cuidado. La obligada comparación con Muge, que ya hace treinta años habíamos intentado, es ahora más fructífera dados los trabajos de estos últimos tiempos sobre los concheros portugueses y su cronología por el C-14.

Todo ello confirma en unos casos y rectifica en otros y siempre amplía los horizontes y las posibilidades que mis primeras hipótesis abarcaban. Mi gratitud por haberlas recordado siempre y haberlas tratado con respeto, cosas ambas que no siempre se encuentran en ese áspero campo de batalla que es la Arqueología.

¿Volveremos algún día a revalorizar la hipótesis de contactos entre España y el norte de África en esa época? No parece que esto se halle en una perspectiva próxima, pero no hay que olvidar totalmente esa posibilidad. Las dataciones del C-14 dan fechas más elevadas de lo que habíamos supuesto para todas esas industrias africanas del paleolítico final y epipaleolítico. El misterio del hallazgo en suelo hispano de restos cromañoides en su variante africana, subsiste. Nunca nos atreveríamos, ante lo que hoy sabemos de navegaciones con medios rudimentarios, a negar travesías del estrecho de Gibraltar o de sus aguas cercanas.

Quede, pues, la puerta abierta para posibles nuevas hipótesis, reconociendo que las que el autor presenta son las más sensatas que hoy cabe elaborar.

Para la comparación con las industrias epipaleolíticas del Occidente europeo ocurre lo propio. En definitiva, es innegable la afinidad y contemporaneidad. ¿Basta para explicarlas la adaptación al medio ambiente postcuaternario? Vieja polémica la de la creación local por impulsos ecológicos y de ambiente frente a la hipótesis migratoria en que movemos a nuestro gusto pueblos y culturas con frecuencia demasiado alegremente. Y a pesar de que vemos los peligros de esta última, la preferimos y rechazamos la primera, la más cómoda.

Varias de las conclusiones del autor nos interesan especialmente. La posible relación con la Dordoña y la afirmación de un paralelo entre el sauweterriense y el nivel inferior de La Cocina. La de que La Cocina es más mediterránea que lo tardenoisiense continental. El parecido de Cocina I con el momento representado por Moita do Sebastiao, que aceptamos con la reserva de nuestra fase inicial, antigua, mientras el paralelismo se diluye en la etapa siguiente (Cocina II-Amoreira).

Momento también lleno de enigmas es el comienzo de la ocupación de La Cocina. Aquí cabría una larga polémica de la que no alcanzaríamos a deducir nada seguro. Acaso lo más prudente es lo que el autor, tras su minucioso estudio y comparación ha deducido. Pero sería insincero si no rompiera una lanza por una cronología más antigua. En cierta manera será reiterar lo que dije en mi artículo de 1945 y en el prólogo que puse en 1949 a la publicación de Jordá y Alcácer sobre la Covacha de Llatas. Y es evidente que el autor lo ha tenido en cuenta y lo ha citado ya.

Mi tesis se apoya en unos tenues lazos entre la fase más moderna del Parpalló y varios de los elementos que aparecen en el nivel inferior de La Cocina. En primer lugar, creemos en el paralelismo estilístico entre las plaquetas grabadas del nivel II de La Cocina y las de yacimientos azilienses de Francia, aparte el paralelo de los guijarros con huellas de pintura.

Si el nivel aziliense no es el más antiguo, cabe perfectamente un nivel paleolítico final (epigravetiense final en marcha hacia un creciente microlitismo). A este momento final del paleolítico correspondería una industria cuyo reflejo observamos en las capas superiores del magdalenense del Parpalló: microburiles, escalenos y otras formas microlíticas, microrraspadores circulares y macrolitos (caliza y cuarcita) en forma de grandes cepillos o de cuchillas (choppers). Además de las numerosas plaquitas grabadas del Parpalló, que van aumentando su proporción de grabados de rayado por zonas en contrapuestas direcciones.

Espero que puedan realizarse pronto nuevas excavaciones que aclararán sin duda el valor de esos indicios que si se reforzaran podrían dar un apoyo más sólido a esos argumentos que presento y que reconozco son asaz deleznable.

Insisto en la abundancia de una macroindustria en las fases más antiguas de ocupación. Estamos seguros de que una bella tarea para jóvenes arqueólogos, es la de perseguir las numerosas muestras de macroindustria atribuibles a esa época poco clara de decadencia técnica que es en cierto modo el epipaleolítico. Ese camino nos llevaría a las industrias halladas recientemente por Vilaseca, acaso al Montgrí y a una de las raíces del no menos enigmático asturiense.

Es imposible, tratándose de un yacimiento epipaleolítico valenciano no incidir en una presentación como ésta en el espinoso problema del arte rupestre levantino.

Digamos, al igual que hicimos cuando presentamos el riquísimo material artístico del Parpalló, que va por delante nuestra convicción de que lo que poseemos hasta ahora de La Cocina y que se refiere a este problema, no ofrece un argumento decisivo para ninguna de las teorías que se disputan encarnizadamente el campo. Pero en conjunto opinamos que los hallazgos de La Cocina refuerzan de algún modo nuestro punto de vista sobre esta cuestión.

Y, por tanto, con cierto temor apuntamos unas ideas que no nos parecen demasiado audaces, tras haber dado muchas vueltas a los argumentos que la excavación de La Cocina nos sugirió.

Para nosotros es claro que hay en las pinturas dos momentos, de mentalidad y de cronología totalmente diversas, lo que no es obstáculo a la posibilidad de una continuidad étnica, por lo menos para la masa de población.

Otro hecho que nos parece evidente es la unidad que forman las cuevas y los abrigos pintados. Es difícil apartar la impresión ambiental de que los pintores de los abrigos vivían en La Cocina, en el vestíbulo de una cueva muy abierta como corresponde a un clima ya post-glaciario.

Si en la industria apreciamos una etapa paleolítico-epipaleolítica frente a la neolítica, nos parece clara una dualidad semejante para el arte, el naturalista y el esquemático. Súmese a esas razones los detalles que hemos señalado de motivos de zonas rayadas en el momento final del Parpalló y uso de la pintura en los niveles antiguos de La Cocina.

La dificultad para llegar a una solución concreta es que las pinturas muestran esos dos estilos sucesivos, el naturalista propio del llamado arte levantino, y el esquemático propio del neolítico, según el criterio que aceptamos, con todo respeto por las teorías que disienten de la que sustentamos. Y, también, por su parte, las industrias cuyos vestigios se recogen en esta cueva ofrecen tres posibilidades: dos momentos del epipaleolítico, cuando menos, y uno o dos momentos del neolítico.

La misma importancia, por lo menos, damos al hallazgo en un segundo nivel (Cocina II) de plaquitas de piedra con zonas rayadas, de innegable paralelo con piezas semejantes del aziliense francés. Vemos en ellas la aparición de una mentalidad no del todo nueva pues no podemos olvidar que en el Magdaleniense Medio y Superior inicial de la cueva del Parpalló se daba esta tendencia de la que La Cocina ofrecería la culminación.

El autor proponía —rectificando últimamente— la denominación de cocinense para esa facies que la cueva de La Cocina nos muestra de manera tan relevante. Aparte de lo poco eufónica que suena la palabra, no puedo dejar de reiterar la posición que he mantenido largos años, negándome a proponer la denominación de *parpallense* o *parpallonense* para una industria que indudablemente tuvo resonancia mundial. Hoy pienso, sin embargo, que tal vez exageré mi postura, como reacción frente a la facilidad con que otros autores han lanzado nombres diversos para manifestaciones culturales afines. Y me hallo dispuesto a aceptar un nombre que designe la variante cultural de la que la cueva de La Cocina es muestra, esperando que el autor encuentre un nombre expresivo y eufónico, que no produzca confusiones.

El contraste con el ambiente arqueológico del Parpalló es evidente. No pueden ser contemporáneos, pero acaso reflejan secuencias que lo fueron. La Cocina está en tierra de beribraces, claramente distintos de los iberos de la zona marítima. Hoy todavía se habla aquí castellano frente al valenciano de las tierras bajas. Y, lo que es curioso y tiene una raíz prehistórica, las leyendas sobre la cueva y sus tesoros contrastan con las recogidas en el Parpalló, mientras ofrecen paralelos con las que habíamos podido escuchar en las comarcas gallegas en nuestras excavaciones en los castros.

Quisiéramos terminar expresando al amigo Fortea con qué interés he leído sus páginas. Ha tratado a ese fruto de una investigación mía juvenil con todo el mimo y cuidado deseable. A él le corresponde ahora continuar las excavaciones

con los métodos modernos. Sólo deseo tener todavía tiempo de ver los resultados y de confirmar o rechazar, en la medida que nuestra inestable ciencia permite, las hipótesis que hemos elaborado, con pasión, pues sin ella no habría estudio histórico, pero intentando ser prudentes. Y que el presente estudio forme una de las piedras fundamentales en el edificio del epipaleolítico hispano que nuestro amigo prepara.

L. PERICOT

ANTECEDENTES

En 1946 el doctor Pericot publicaba la cueva de La Cocina (*) y ofrecía dos novedades de trascendental importancia: por primera vez una secuencia completa, tanto desde un punto de vista cronológico como tipológico, de los materiales geométricos. Junto a ella, ofreció la curiosa e importantísima novedad de un arte geométrico que aunque con lejanos paralelos con otras plaquetas paleolíticas que el mismo autor también descubrió y publicó, reivindicaban para sí un puesto de primera fila.

Encontrándonos en la actualidad estudiando el Epipaleolítico del área mediterránea española, la cueva de La Cocina se convertía para nosotros en uno de los objetivos de mayor interés y para ello nos desplazamos a Valencia, donde durante un mes nos dedicamos a la tarea de estudiar los diarios de excavaciones y a la revisión, pieza por pieza, de los materiales de dicha cueva. En esta labor hemos sido objeto de las máximas atenciones por parte del doctor Pericot que, en un ejemplo del mayor desinterés y generosidad científica alentó nuestro trabajo y cuando en Gandía tuvimos ocasión de entrevistarnos largamente con él, satisfizo nuestras preguntas y aclaró las dudas. A don Francisco Jordá, colaborador de don Luis Pericot en la campaña de 1945, quien con sus recuerdos y conocimiento de los materiales, nuestras copias de los diarios, dibujos y fichas, nos revivió

(*) L. PERICOT: "La Cueva de La Cocina (Dos Aguas)". Archivo de Prehistoria Levantina. II. Valencia, 1945, págs. 39-71.

paso a paso, la excavación, y conocedor de los progresos y baches de nuestra investigación nos fue señalando el camino a seguir. Y finalmente, nuestro más profundo agradecimiento a don Domingo Fletcher y don Enrique Pla, cuya generosa atención puso a nuestra disposición todos los fondos del S. I. P. que quisimos consultar, nos permitieron fotografiar lo que deseamos y nos regalaron las xerocopias de los diarios que más interés nos ofrecieron. Ellos fueron los que nos pidieron esta publicación y nos hemos apresurado a satisfacerles por su generosidad al poner a nuestra disposición su espléndida organización y por la cortesía de su amistoso trato. A todos nuestro más profundo reconocimiento.

Pero no quisiéramos terminar sin exponer nuestra admiración por los diarios de excavaciones del S. I. P. Su meticulosidad y enorme precisión científica nos han dado muchas lecciones y han aclarado los problemas más graves de esta investigación. En aquel archivo se guardan páginas que por sí mismas y sin añadidos son preciosas monografías.

Finalmente queremos agradecer la amable atención de la señorita Francisca Pérez que mecanografió el original.

TIPOLOGIA

En un artículo precedente sobre la facies laminar o Epigravetiense del Epipaleolítico (1) expusimos las directrices que habíamos seguido en la elaboración de nuestra lista tipo. Volvemos a insistir en que hemos adoptado el método morfológico-descriptivo de Bordes (2) aplicado al Paleolítico superior por D. Sonneville-Bordes-Perrot (3), y fundamentalmente la extensión de éste hecha por Tixier para el Epipaleolítico norteafricano (4). No vamos a resumir aquí todo lo ya expuesto ni tampoco ampliarlo, por lo que únicamente pasaremos a definir y comentar los grupos y tipos que aparezcan como novedad en Cocina, aunque para mayor concisión repetiremos solamente la definición escueta de aquellos tipos que fueron estudiados en nuestro anterior trabajo.

(1) J. FORTEA PEREZ: "La Cueva de La Palica, Serrón (Antas). Avance al estudio del Epipaleolítico del SE. peninsular". Trabajos de Prehistoria, 27. Madrid, 1970, páginas 61-91.

(2) F. BORDES: "Principes d'une méthode d'études des techniques de débitage et de la typologie du Paléolithique ancien et moyen". L'Anthropologie, LIV. Paris, 1950, págs. 19-34.

(3) D. SONNEVILLE-BORDES et J. PERROT: "Essai d'adaptation des méthodes statistiques au Paléolithique Supérieur. Premiers résultats". Bulletin de la Société Préhistorique Française, L. Paris, 1953, págs. 323-333.

D. SONNEVILLE-BORDES et J. PERROT: "Lexique typologique du Paléolithique Supérieur". Bulletin de la Société Préhistorique Française, LI, págs. 327-335; LII, páginas 76-79; LIII, págs. 408-412 y 547-559. Paris, 1954-1956.

(4) J. TIXIER: "Typologie de l'Epipaleolithique du Magreb". Memoires du Centre de Recherches Anthropologiques, Préhistoriques et Ethnographiques, II. Paris, 1963.

RASPADORES

TIPOS:

Raspador simple sobre lasca

Lasca de dimensiones variables presentando en sus bordes un retoque continuo, frecuentemente laminar, que delimita un frente más o menos regularmente redondeado, denominado frente de raspador y que puede extenderse a la casi totalidad de la pieza salvo el talón.

Raspador sobre lasca retocada

Lasca presentando un frente de raspador y sobre un borde o sobre los dos retoques continuos diferentes de aquellos del frente de raspador.

Los retoques continuos han de ser necesariamente diferentes de los del frente de raspador y pueden variar desde un retoque muy sumario a otro importante.

Raspador nucleiforme o cepillo

Núcleo o pieza nucleiforme cuyo plano general de percusión ha sido transformado por una continua y bien marcada regularización en un frente de raspador convexo, raramente rectilíneo.

Raspador denticulado

Pieza generalmente gruesa presentando un frente de raspador obtenido por muescas simples adyacentes, lo que le confiere un aspecto denticulado.

Tipo no muy frecuente en el epipaleolítico, no aparece en la lista tipo de S. Bordes-Perrot y en la de Laplace se incluye entre los denticulados, tipo D. 4, raspador denticulado.

Raspador con muescas

Lasca, lámina o laminita presentando un frente de raspador y sobre un borde, o sobre los dos, una o varias muescas adyacentes o no al frente de raspador, pero sin formar morro u hocico.

Las muescas pueden ser ya simples (clactonienses) o retocadas y cuando son opuestas y simétricas en ambos bordes pueden formar un estrangulamiento que no hay que confundir con el raspador en hocico. Esta variante del tipo sólo aparece en las facies geométricas, tardenoides, del epipaleolítico peninsular.

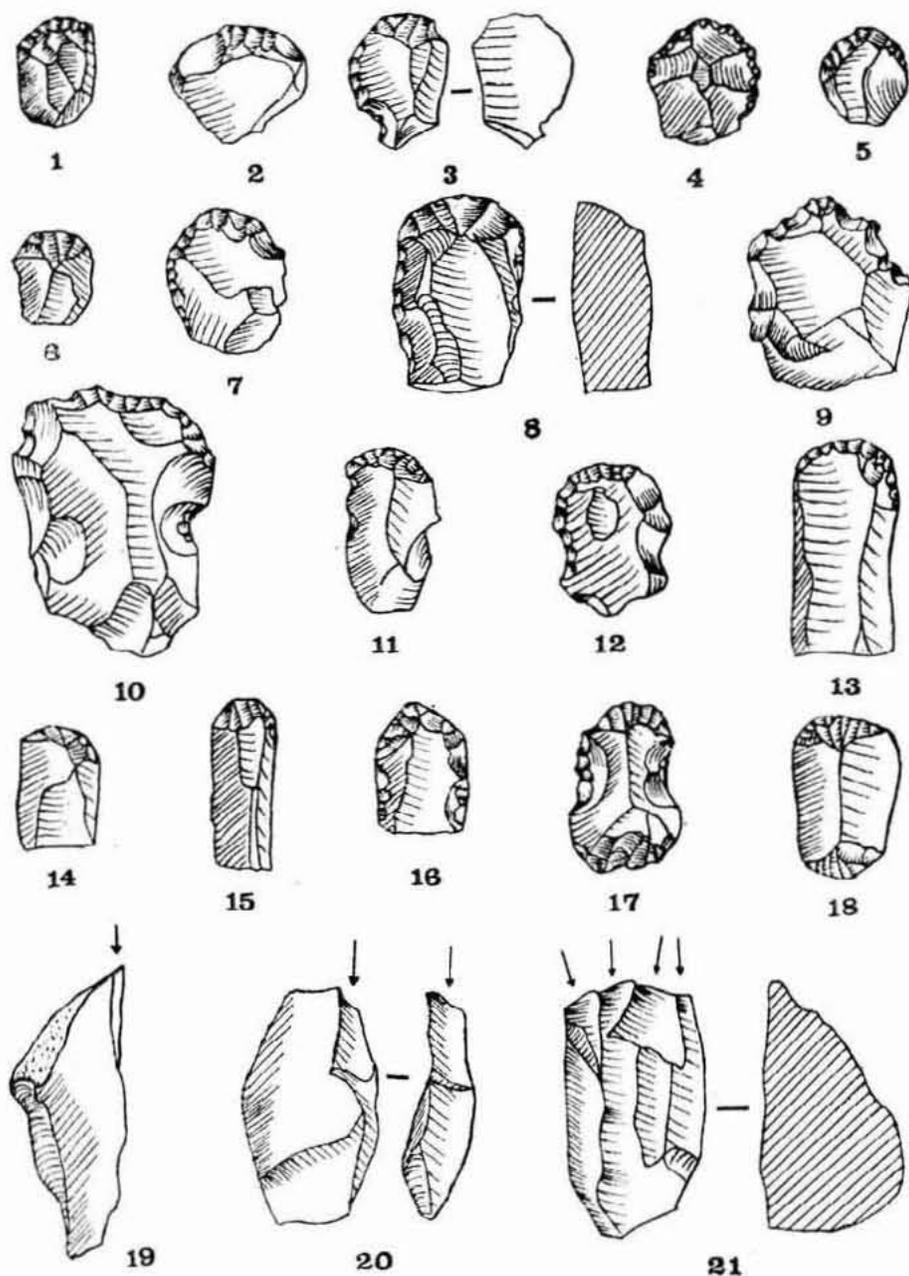


Tabla núm. 1. Núms. 1 a 6: raspadores sobre lasca. Núms. 7 y 8: raspadores sobre lasca retocada. Núm. 9: raspador denticulado. Núms. 10 a 12: raspador con muesca. Núms. 13 a 15: raspadores sobre lámina o laminita. Núm. 16: raspador sobre lámina retocada. Núms. 17 y 18: raspadores dobles. Núms. 19 y 20: buriles simples con un paño. Núm. 21: buril nucleiforme.

Raspador simple sobre lámina o laminita

Lámina o laminita presentando en una de sus extremidades un retoque continuo, frecuentemente laminar, que delimita un frente generalmente más o menos redondeado, raramente rectilíneo, denominado frente de raspador.

Raspador sobre lámina o laminita retocada

Lámina o laminita presentando en una de sus extremidades un frente de raspador y en un borde o sobre los dos retoques continuos, más raramente discontinuos.

En el artículo precedente habíamos introducido el término combinado para expresar mejor la asociación de un raspador más un retoque lateral. Siendo esta precisión innecesaria, creemos conveniente suprimirla.

El retoque lateral puede variar desde el más sumario al escaleriforme o al ultraabrupto y será siempre distinto del que constituye el frente de raspador. En el caso de que sea discontinuo puede ocupar una posición proximal, mesial, o distal. Teóricamente posible, el retoque francamente abrupto lateral es raro en el epipaleolítico peninsular, por lo que no puede establecerse el tipo de raspador sobre lámina con borde abatido, frecuente en las series capsenses. Sin embargo, es relativamente abundante, sobre todo en las facies epigravetienses, el raspador grimaldiense descrito por Peyrony y Smith.

Raspador doble

Lasca, lámina o laminita presentando dos frentes de raspador opuestos no adyacentes.

Examinamos la posibilidad de introducir el nuevo tipo de raspador doble con retoque o muesca, pues nos parece lógico que si esas dos particularidades diferencian dos tipos de raspadores, lo mismo debe ocurrir con el doble cuando las presente, pero como objeto de no aumentar innecesariamente la lista, incluiremos a las muescas y retoques dentro del mismo tipo raspador doble, con muesca o retoque.

BURILES

TIPOS:

Buril simple con un paño

Arista formada por la intersección en ángulo diedro de una faceta de buril, o grupo de facetas de buril, con una superficie natural o de tallado de la pieza.

Buril nucleiforme

Lasca o lámina gruesa a la cual la multiplicidad de facetas de buril le da un carácter de buril múltiple y un aspecto de núcleo.

El buril nucleiforme no es, por tanto, un «buril sobre núcleo» (5), sino una lasca o lámina gruesa a la cual da un aspecto nucleiforme la repetida aplicación de la técnica del «golpe de buril» obtenido mediante la percusión por contragolpe. Si a la definición añadimos que la pieza ha de mostrar una parte importante de la lasca o lámina, muy pocos de los buriles nucleiformes serían auténticos. No obstante, la presencia relativa de núcleos prismáticos o piramidales que ofrecen en el plano de percusión una serie de extracciones cortas, que crean una cornisa en la arista del plano, podría hacerlos clasificar, morfológicamente, entre los buriles nucleiformes. Nosotros nos inclinamos por la consideración de extracciones laminares frustras, aunque solamente la lupa binocular podrá afirmar si estas piezas tuvieron la función de buril.

LASCAS Y LAMINAS CON BORDE ABATIDO

TIPOS:

Lámina con borde abatido

Lámina con borde enteramente abatido por retoques abruptos, paralelos al eje de la pieza.

Simple lámina retocada siguiendo un plano de percusión paralelo al eje de la pieza. Su extremidad proximal conserva el talón y el bulbo de percusión y la distal puede ser cortical o con entrante o saliente distal. Es un tipo escaso en todo el epipaleolítico peninsular no pudiendo precisar por ahora si es más frecuente en una u otra facies.

Lámina con borde abatido parcial

Lámina cuyo borde ha sido parcialmente abatido por retoques más o menos abruptos.

Fragmento de lámina con borde abatido

Fragmento de lámina cuyo borde ha sido abatido por retoques más o menos abruptos.

(5) SONNEVILLE - BORDES et PERROT, op. cit. nota 3, ("Lexique typologique..."), pág. 412.

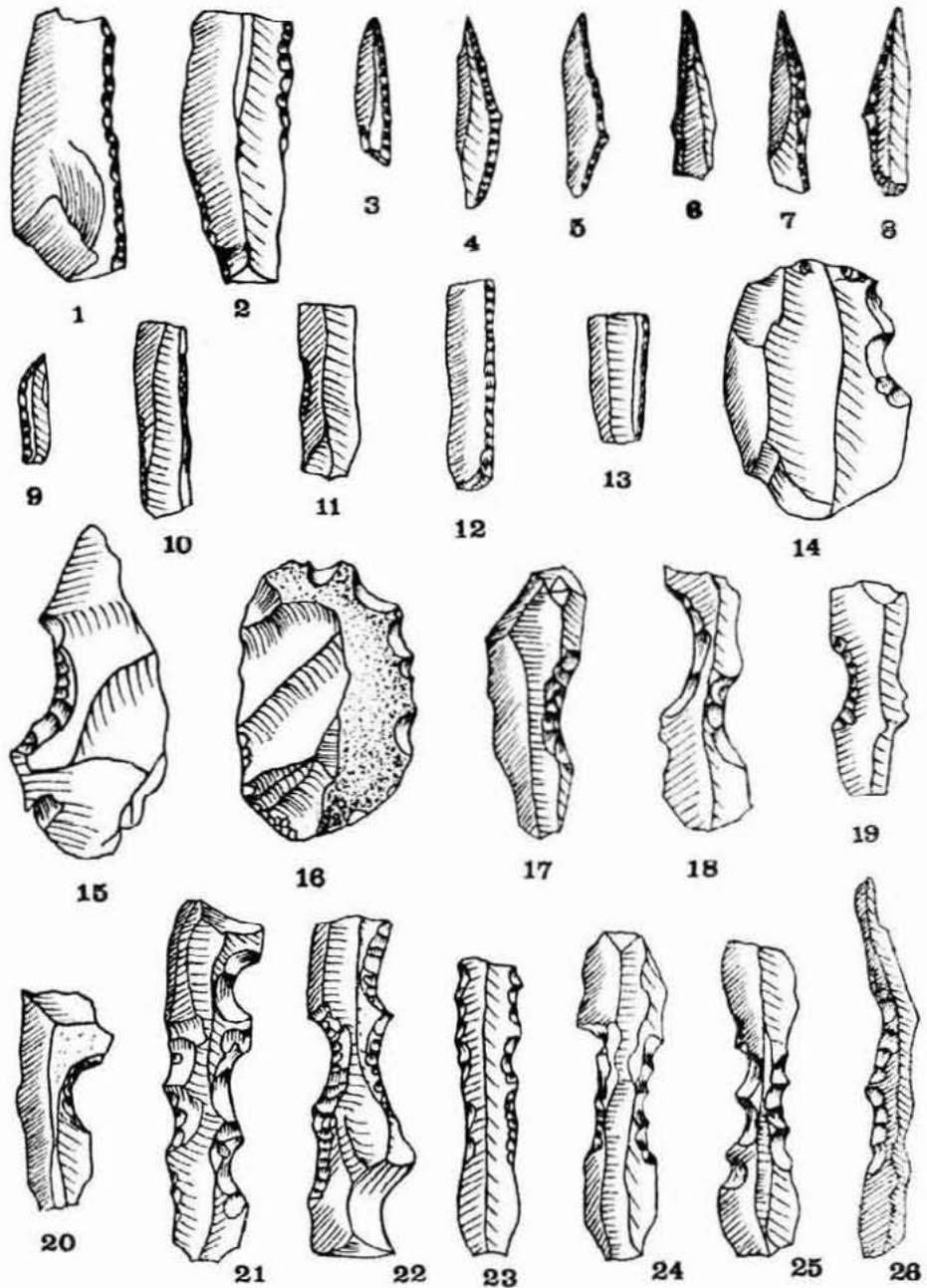


Tabla núm. 2. Núm. 1: lámina con borde abatido. Núm. 2: lámina con borde abatido parcial. Núm. 3: laminita apuntada con borde abatido rectilíneo. Núms. 4 a 8: laminitas apuntadas tipo Cocina. Núm. 9: laminita con borde abatido arqueado. Núms. 10 y 11: laminitas con borde abatido parcial. Números 12 y 13: fragmentos de laminita con borde abatido. Núms. 14 y 15: lascas con muesca. Núm. 16: lasca denticulada. Núms. 17 a 20: láminas con muesca. Núms. 21 a 26: láminas y laminitas denticuladas.

LAMINITAS CON BORDE ABATIDO

TIPOS:

Laminita apuntada con borde abatido rectilíneo

Laminita con borde enteramente abatido, rectilíneo o poco arqueado, obtenido por retoques abruptos, presentando una extremidad terminal apuntada distal o proximal.

Laminita apuntada con borde abatido rectilíneo y base adelgazada

Laminita apuntada con borde abatido, rectilíneo o poco arqueado, cuya extremidad basal presenta en la unión con el borde opuesto un adelgazamiento obtenido por retoques abruptos directos, más raramente inversos.

Si la extremidad basal es proximal, el adelgazamiento no suprime la totalidad del talón y del bulbo. La extremidad terminal puede ofrecer en el borde opuesto retoques inversos suplementarios para aguzar mejor la pieza. Enormemente raro en las facies geométricas, es tipo abundante en la epigravitiense.

Laminita apuntada con espina central (tipo Cocina)

Laminita apuntada o biapuntada con borde abatido rectilíneo o poco arqueado que presenta hacia la mitad del borde una pequeña espina.

Este tipo no ha de ser confundido con la laminita con borde abatido giboso, caracterizada por un potente saliente irregular, frecuentemente redondeado, en el dorso del borde abatido, mientras que la espina es un saliente minúsculo, regular, en forma de triángulo de lados generalmente cóncavos.

Nunca conserva la extremidad proximal con el talón y el bulbo.

Este tipo no existe en las facies Epigravetienses y es característico de Cocina III, nivel que discurre en un momento cronológicamente sincrónico del Neolítico.

Técnicamente quizás sea debido al estrechamiento y reducción del pedicelo lateral de los triángulos con dos lados cóncavos típicos de Cocina II.

Laminita con borde abatido arqueado

Laminita con borde abatido, netamente arqueado, obtenido por retoques abruptos.

Laminita con borde abatido parcial

Laminita cuyo borde ha sido parcialmente abatido por retoques abruptos.

Fragmentos de laminita con borde abatido

Fragmento de laminita cuyo borde ha sido abatido por retoques más o menos abruptos y no puede ser clasificada en los tipos anteriores.

MUESCAS**TIPOS:****Lasca con muesca**

Lasca presentando una o varias muescas simples o retocadas de las que ninguna es adyacente.

Lasca denticulada

Lasca presentando varias muescas simples o retocadas de las que al menos son dos adyacentes.

Lámina o laminita con muescas

Lámina o laminita presentando una o varias muescas simples o retocadas de las que ninguna es adyacente.

Lámina o laminita denticulada

Lámina o laminita presentando varias muescas, simples o retocadas de las que al menos dos son adyacentes.

FRACTURAS RETOCADAS**DEFINICION DEL GRUPO:**

Conjunto industrial de láminas y laminitas, muy raramente lascas, caracterizadas por la posesión de una línea normal, oblicua, cóncava o convexa obtenida por «retoques continuos, regulares, casi siempre abruptos, formando dos ángulos más o menos netos con los bordes de la lámina o de la laminita» (6).

(6) TIXIER, op. cit. nota 4, págs. 125-126.

Las fracturas retocadas son muy abundantes en las facies geométricas del epipaleolítico. Indudablemente tienen que estar relacionadas con la fabricación de los trapecios y triángulos por lo que su procedimiento de fabricación está ligado a la técnica del microburil. Muchas de ellas no son sino geométricos rotos, y su inclusión en este grupo acarrearía un gran confusiónismo, pues las auténticas fracturas retocadas, ligadas generalmente a la fabricación de buriles, no tienen nada que ver con las provenientes de la talla de los geométricos. No obstante, esta dificultad queda muy aminorada ante la casi nula presencia de ellas en las facies epigravetienses, por lo que por ahora, no dividiríamos este grupo en fracturas retocadas y fragmentos geométricos cuya distinción se haría, por otra parte, sumamente difícil.

TIPOS:

Pieza con fractura retocada

Pieza en la que una de sus extremidades (mucho más raramente las dos) presenta una fractura retocada normal, oblicua, cóncava o convexa (7).

Si la distancia que existe entre las dos fracturas retocadas, en el caso de haberlas, es mayor dos veces o más, que la anchura de la pieza, el instrumento en cuestión habrá de ser clasificado entre las piezas con doble fractura retocada y no entre los geométricos.

MICROLITOS GEOMETRICOS

DEFINICION DEL GRUPO:

Lámina o laminita de silueta semicircular, trapezoidal o triangular, por combinación de las diversas fracturas retocadas, que conservan por lo menos un filo sin retoque y una longitud inferior a dos veces su anchura.

Para que una pieza pueda ser incluida en este grupo, aparte de su silueta geométrica, serán necesarias tres condiciones:

- a) Presencia de un filo sin retocar, o cuando menos una parte importante de él.
- b) Longitud menor a dos veces su anchura. Todas las piezas que la tengan superior, serán incluidas por nosotros entre las fracturas retocadas dobles.
- c) Exclusión de toda traza del talón y bulbo de percusión de la lámina o laminita sobre la que se fabricó el microlito geométrico.

(7) Recogemos la definición de TIXIER, op. cit. nota 4, pág. 127, y damos al término normal la misma significación geométrica.

Estamos convencidos de que los microlitos geométricos del epipaleolítico peninsular fueron fabricados según la técnica del microburil, de la que más adelante nos ocuparemos.

Podemos anticipar que la mayor parte de los microlitos de los que nos ocupamos ahora fueron el resultado de una larga evolución que afectó a las fracturas retocadas o bordes de los trapecios, forma elemental que perdura durante toda la evolución y punto de partida de ellos.

Los microlitos geométricos están ausentes en la facies epigravetiense. En ella sólo cabe hablar de laminitas apuntadas con borde abatido arqueado a relacionar con las puntas azilienses, algunas próximas al segmento (particularmente en un sólo yacimiento), pero difíciles de precisar como imprecisa es la definición de la punta aziliense.

Las formas son segmentos o medias lunas, trapecios y triángulos. Los rombos, por ahora, no han aparecido.

Con objeto de mayor precisión, conviene que detallemos algunos términos referentes a la morfología de los geométricos:

a) Filo(s) es la parte sin retocar de la lámina o laminita sobre la que se talló el microlito geométrico. En los segmentos o medias lunas la llamaremos cuerda. Los trapecios muestran generalmente dos filos paralelos o subparalelos, aunque en las fases avanzadas de su evolución se pueden reducir a uno por retoque de la base pequeña.

b) Lado o borde es la fractura retocada que confiere a la pieza su silueta geométrica. En los trapecios y triángulos los bordes son dos, y en los segmentos o medias lunas, una, que denominaremos arco.

c) Base(s) es el filo o filos de los triángulos y trapecios. El filo en los triángulos aparece necesariamente sin retocar (retoque abrupto). En los trapecios, el filo largo forma la base grande, y el corto la base pequeña. En fechas avanzadas la base pequeña de los trapecios puede mostrar un potente retoque abrupto.

d) Vértice es en los triángulos el ángulo formado entre los dos lados.

e) Ancho o alto es en los triángulos la distancia existente entre la base y el vértice, en los trapecios la que hay entre sus dos bases y en las medias lunas la máxima existente entre su cuerda y arco.

f) Largo es en los microlitos geométricos la distancia máxima existente entre sus lados.

Las piezas de este grupo pueden estar retocadas con la técnica ya comentada y descrita (8) del doble bisel. La importancia que reviste este

(8) M. ALMAGRO: "Los problemas del Epipaleolítico y Mesolítico en España". Ampurias, VI. Barcelona, 1944, págs. 1-38.

F. JORDA y J. ALCACER: "La Covacha de Llatas (Andilla)". Trabajos Varios del S. I. P., núm. 11. Valencia, 1949.

hecho es trascendental pues, como luego veremos, en el estado actual de nuestros conocimientos dicha técnica puede constituirse en un elemento cronológico de inapreciable valor para fechar a los microlitos que la presentan en un momento eneolítico o neolítico, aunque hay más datos para que su generalización sea eneolítica. A veces el retoque de una de sus caras puede ser francamente invasor señalando una cronología indudablemente eneolítica. Este hecho obligaría a separar los microlitos geométricos de retoque abrupto de los de doble bisel o doble bisel invadiente con objeto de que en las listas tipo y ulteriores gráficas quedara expresado lo puramente epipaleolítico de lo epipaleolítico adaptado. Pero el doble bisel puede afectar a todos los microlitos geométricos y ello traería como consecuencia la multiplicación por dos de toda su larga tipología con las consiguientes incomodidades. Por consiguiente preferimos no tener en cuenta el retoque, que sí habrá de ser cuidadosamente anotado en los índices, el de retoque abrupto y el de doble bisel.

La variada tipología de los geométricos puede parecer prolija. No lo vamos a negar. Pero si somos minuciosos lo hacemos por dos razones: De una parte preferimos seguir la tipología de Tixier que nos permitirá en el futuro comparar cómodamente las industrias españolas y norteafricanas. De otra, nuestra lista se ha basado en los pocos yacimientos peninsulares que existen. No queremos resumir cuando el conocimiento es impreciso y en el momento en que nuevas excavaciones nos permitan una visión más global, nosotros seremos los primeros en cribarla porque a veces tanta precisión y tanto número sólo conduce a detalles preciosistas de un valor relativo. Junto a la rigurosísima tipología de Tixier, hemos seguido también a la sistematización propuesta por el grupo de estudios del epipaleolítico-mesolítico (9).

TIPOS:

Segmento o media luna

Microlito geométrico con la silueta de un segmento de círculo o de una media luna.

El arco se obtiene con retoques abruptos, o de doble bisel, con el intermedio de la técnica del microburil (fig. 2, núm. 18), mientras que el filo permanece sin retocar.

Condición absolutamente necesaria es la no presencia del talón y bulbo de la lámina o laminita sobre la que se fabricó. El arco tiene que ser

(9) GROUPE D'ETUDE DE L'ÉPIPALEOLITHIQUE-MESOLITHIQUE: "Épipaleolithique-Mesolithique. Les microlithes géométriques". Bulletin de la Société Préhistorique Française, LXVI. Paris, 1969, págs. 355-366.

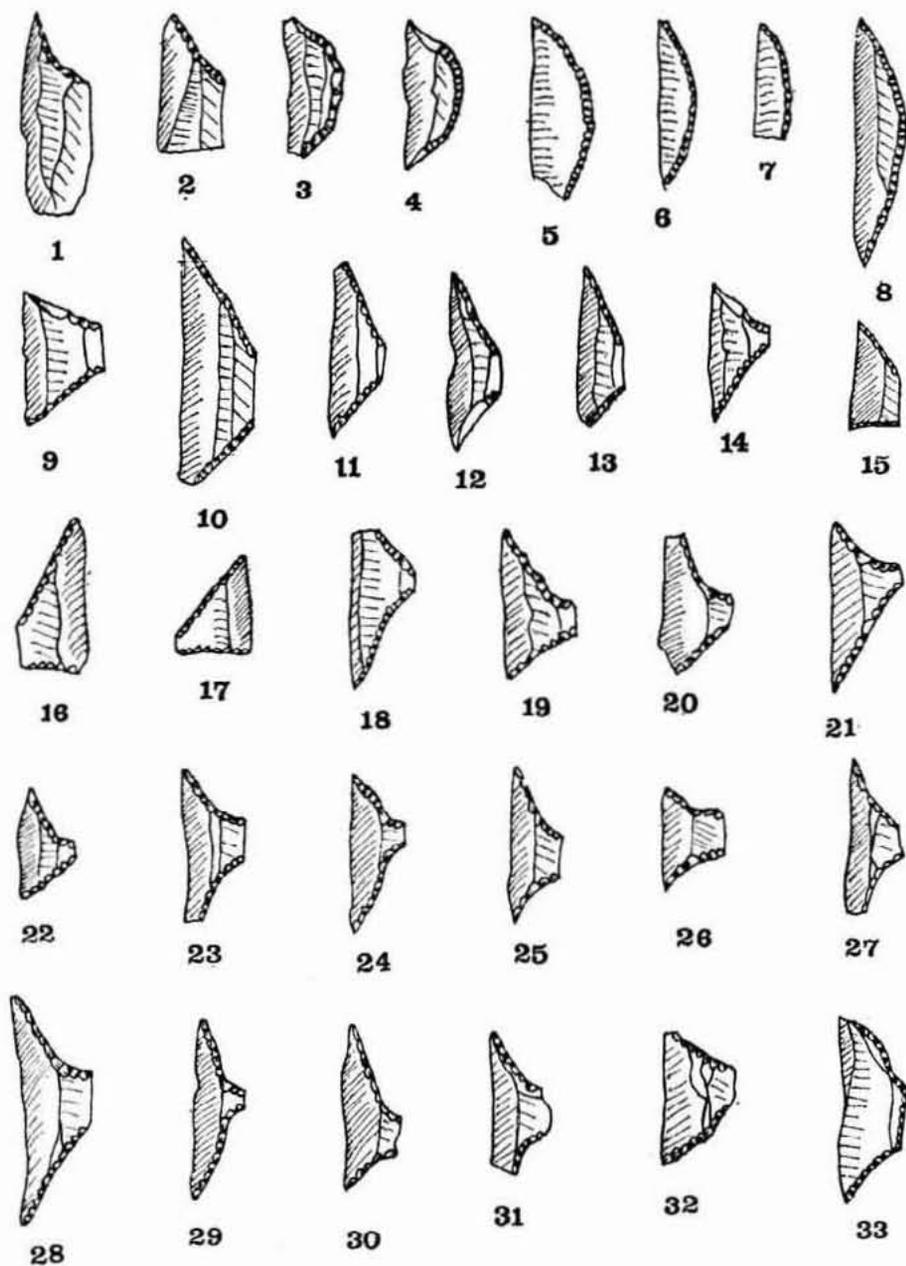


Tabla núm. 3. Núms. 1 y 2: piezas con fractura retocada. Núms. 4 y 5: medias lunas. Núms. 6 a 8: segmentos. Núm. 9: trapecio simétrico. Núms. 10 a 14: trapecios asimétricos. Núms. 15 a 17: trapecios rectángulo. Núms. 18 a 22: trapecios con un lado cóncavo. Núms. 23 a 31: trapecios con dos lados cóncavos. Núm. 32: trapecio con un lado convexo. Núm. 33: Trapecio con la base pequeña retocada.

regular, pero en su defecto, para no confundir con la laminita de borde arqueado, habrá que fijarse en la presencia o no de las particularidades técnicas de la extremidad proximal de toda lámina o laminita.

Reservamos el término segmento para aquellas piezas cuya anchura máxima sea inferior a un tercio de su longitud y el de media luna (nombre más tradicional entre los prehistoriadores españoles que el de semicírculo) para aquellos cuya anchura máxima sea igual o superior a un tercio de su longitud.

Trapezio simétrico

Trapezio cuyos lados son rectilíneos e igualmente inclinados sobre las bases.

Forma presente, pero rara.

Trapezio asimétrico

Trapezio cuyos lados son rectilíneos diferentemente inclinados sobre las bases.

Trapezio rectángulo

Trapezio asimétrico con un lado aproximadamente perpendicular a las bases.

Trapezio con un lado cóncavo

Trapezio con un lado rectilíneo y otro cóncavo.

El lado cóncavo debe ser patente pues de lo contrario alguno de estos trapecios puede ser clasificado entre los simétricos y asimétricos. Forma típica desde la primera fase de las facies geométricas epipaleolíticas.

Trapezio con dos lados cóncavos

Trapezio con sus dos lados cóncavos igual o diferentemente inclinados sobre las bases.

En el epipaleolítico peninsular aparecen también los dos subtipos establecidos por Tixier (10): Trapecio con lados regularmente cóncavos y «trapezio con pedúnculo».

Junto con la anterior, será la forma más típica de la primera fase epipaleolítica.

(10) TIXIER, op. cit. nota 4, pág. 132.

Trapezio con un lado convexo

Trapezio con un lado rectilíneo y el otro convexo.

Trapezio con la base pequeña retocada

Trapezio cuya base pequeña tiene un retoque igual o diferente al de los lados.

El retoque puede ser del tipo Fére (11), o igual que el de los lados. Por ahora este trapezio aparece en la tercera fase geométrica y se extiende por la cuarta.

Hemos tenido en cuenta únicamente el retoque de la base pequeña y no la diferente morfología de los lados, que nos hubiera obligado a multiplicar por dos la lista de trapezios.

Lo incluimos provisionalmente por su significación cronológica.

Triángulo isósceles

Triángulo cuyos dos lados son iguales.

Triángulo isósceles alargado

Triángulo isósceles cuya base es igual o superior a cuatro veces su altura.

Triángulo isósceles con vértice redondeado

Triángulo isósceles en el que la teórica unión angular de sus dos lados se ha suprimido por otra redondeada.

Importa mucho que sus lados sean rectos salvo en el vértice con objeto de no confundir a este tipo con las variantes irregulares de las medias lunas.

Por ahora aparece con retoque en doble bisel, ofreciendo un testimonio de cronología reciente.

Triángulo escaleno

Triángulo cuyos lados y base son desiguales.

La base ha de tener siempre una longitud mayor que la del lado mayor para no confundirlo con la laminita apuntada con borde abatido rectilíneo y base adelgazada.

(11) Op. cit. nota 9, pág. 356.

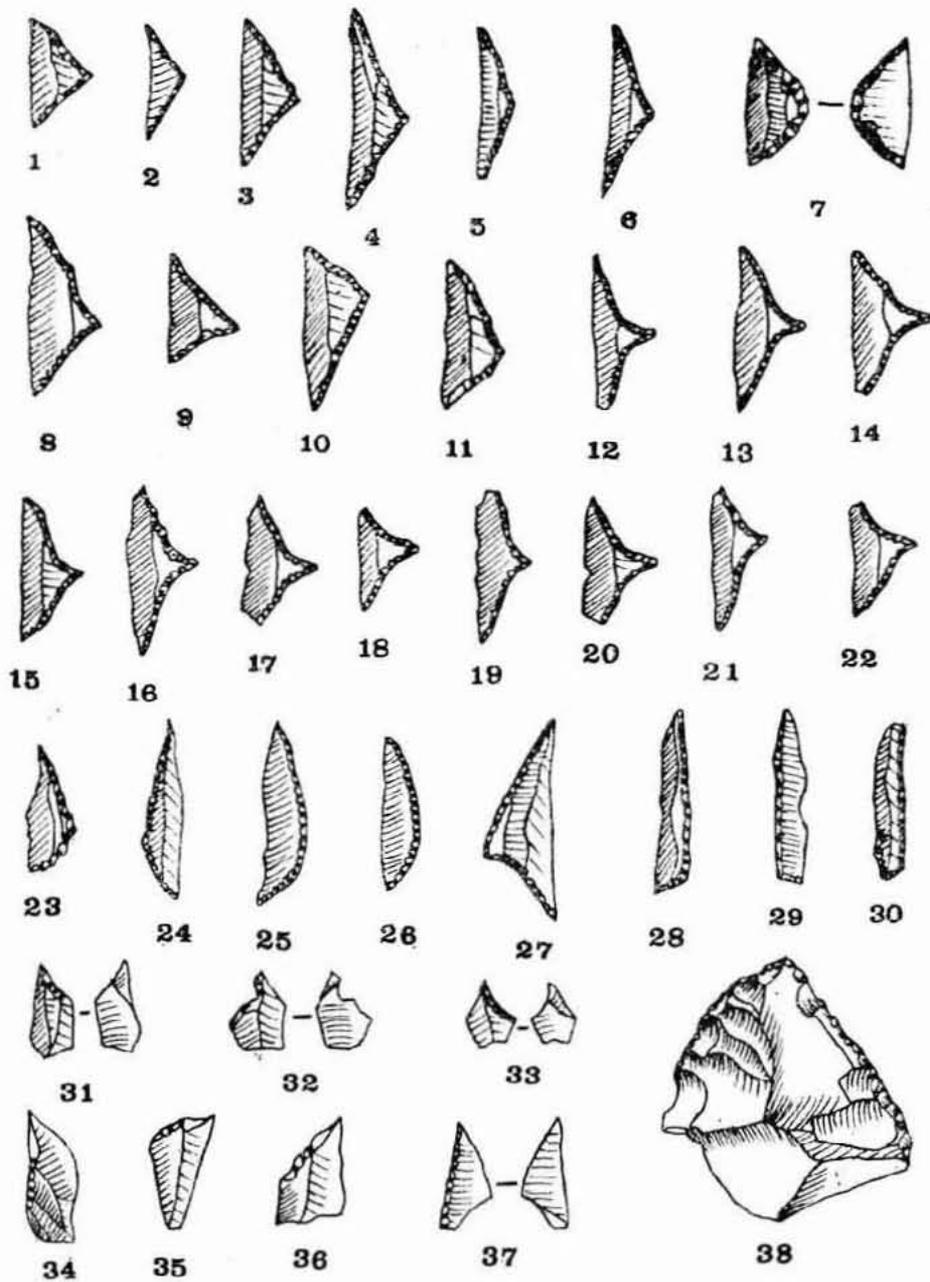


Tabla núm. 4. Núms. 1 a 3: triángulos isósceles. Núms. 4 a 6: triángulos isósceles alargados. Núm. 7: triángulo isósceles con vértice redondeado. Núms. 8 a 10: triángulos escalenos. Núms. 12 a 22: triángulos con dos lados cóncavos tipo Cocina. Núm. 23: triángulo escaleno con el lado pequeño convexo. Núms. 24 a 26: triángulos escalenos alargados con el lado pequeño convexo. Núm. 27: triángulo escaleno con el lado pequeño cóncavo. Núms. 28 a 30: triángulos escalenos alargados con el lado pequeño corto. Núms. 31 a 33: microburiles. Núms. 34 a 36: ápices triédricos. Núm. 37: microburil de Krukowski. Núm. 38: pieza con retoque continuo.

Triángulo con dos lados cóncavos (tipo Cocina)

Este tipo fue descrito por primera vez en la península por Pericot (12): «Triángulo con un apéndice o pedúnculo... en el dorso».

El acierto y concisión de esta definición nos mueve a incorporarla. Efectivamente se trata de triángulo isósceles o escaleno en los que la unión de sus dos lados cóncavos forman un apéndice o pedúnculo.

Es la forma típica y definitoria del nivel medio de Cocina, y como luego veremos de la segunda fase de las facies geométrica del epipaleolítico peninsular. Dicho tipo aparece en Muge y fue consagrado en sus variedades cortas y alargadas con los nombres de triángulo de Muge y triángulo de Muge alargado, denominaciones aceptadas e incorporadas por el G. E. E. M. Dado el tipismo de la variedad corta en el geometrismo epipaleolítico peninsular (Cocina) y la ausencia en él de la variedad alargada propondríamos al G. E. E. M., la sustitución del triángulo de Muge por triángulo de Cocina y la del triángulo de Muge alargado por la de triángulo de Muge, para que en la sistematización del geometrismo europeo occidental quedaran bien expresadas las particularidades de dos yacimientos tan claros para su interpretación como los precedentes.

Triángulo escaleno con el lado pequeño convexo

Triángulo escaleno con un lado rectilíneo y otro convexo.

En los casos extremos puede haber una gran dificultad en diferenciarlo de ciertos segmentos irregulares.

Triángulo escaleno alargado con lado pequeño convexo

Triángulo escaleno con el lado pequeño convexo cuya base es igual o superior a cuatro veces su altura.

Iguals observaciones que para el tipo anterior.

Triángulo escaleno con el lado pequeño cóncavo

Triángulo escaleno con un lado rectilíneo y otro cóncavo.

Según Pericot este tipo podría ser un recuerdo, a modo de derivación, de los puntos de muesca de tradición auriñaciense del paleolítico superior.

Triángulo escaleno alargado con el lado pequeño corto

Triángulo escaleno alargado cuyo lado pequeño es igual o inferior a un tercio de la base.

(12) L. PERICOT: "La Cueva de La Cocina (Dos Aguas)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, II. Valencia, 1945, pág. 50.

Según el G. E. E. M. este tipo es extremadamente raro en la cuenca de París y se encuentra con dimensiones reducidas en el Midi en relación estratigráfica con el triángulo de Montclus (13).

En Martinet y Cuzoul aparece en los niveles sauveterrienses y tardenoisenses iniciales. Igualmente existe en el Sauveterriense y el Episauverriense de transición al Castelnoviense de Montclus.

En la península aparece en la base de la estratigrafía geométrica.

TECNICA DE MICROBURIL

DEFINICION DEL GRUFO:

«Técnica especial de fractura de una lámina o de una laminita» (14), mediante el «golpe de microburil».

Con la presente definición, vertemos el interés hacia la consideración del microburil (15) epipaleolítico como paso previo de la fractura de una lámina o laminita con vistas a la fabricación de un microlito geométrico. Como ya hemos dicho, en Cocina existen pruebas suficientes, aunque no queremos excluir totalmente la posibilidad de que en algún momento del paleolítico tuviera un valor como útil en sí mismo. Sobre la polémica a este respecto creada, volveremos en otra ocasión.

No vamos a repetir las descripciones y estudios de esta técnica que hoy no ofrece dificultades, pues es muy fácil de obtener experimentalmente. Fue descubierta por Chierici (16) quién la relacionó con los trapezios. Siret y Krukowski (17) la redescubrieron a su vez, y Octobon (18), Vignard (19), Daniel y Vignard (20) y Tixier (21) le dedicarían tan detallados estu-

(13) Op. cit. nota 9, pág. 357.

(14) TIXIER, op. cit. nota 4, pág. 39.

(15) Término creado por H. BREUIL: "Observations à propos de l'hiatus entre le Paléolithique et le Néolithique". L'Anthropologie, XXXI. Paris, 1921, págs. 349-354.

(16) G. CHIERICI: "Le selci romboidali". *Bulletino di Paleontologia Italiana*, I. Parma, 1875, págs. 2-6.

(17) L. SIRET: "L'Espagne préhistorique". *Revue des Questions Scientifiques*. Bruselas, 1893, págs. 41-70.

L. SIRET: "La taille des trapezes tardenoisienes". *Revue Anthropologique*, XXXIV. Paris, 1924, págs. 115-134.

(18) E. OCTOBON: "Le burin tardenoisien. Ses attaches. Ses caracteristiques. Ses survivances". *Revue Anthropologique*, XXXVI. Paris, 1926, págs. 361-367.

E. OCTOBON: "Recherche sur la technique du "coup du burin". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, XXII. Paris, 1935, pág. 483.

(19) E. VIGNARD: "Les microburins tardenoisiens du Sebilien. Fabrication. Emplois. Origine du microburin". X Session du Congrès Préhistorique de France. Nimes-Avignon, 1934, págs. 66-106.

(20) R. DANIEL et E. VIGNARD: "Tableaux synoptiques des principaux microlithes géométriques du Tardenoisien français". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, L. Paris, 1953, págs. 314-322.

(21) TIXIER, op. cit. nota 4, págs. 39-42 y 137-142.

dios que hoy poco resta a decir, salvo en precisiones muy particulares, especialmente, y ésta muy importante, sobre los microburiles paleolíticos, problema importante que Bordes (22) afronta directa y sugestivamente.

TIPOS:

Microburil

Técnicamente: Lámina o laminita fracturada en su parte proximal, mesial o distal por la aplicación de la técnica del «golpe de microburil».

Morfológicamente: Intersección en ángulo diedro, casi siempre agudo, de la faceta ventral del «golpe de microburil» y una parte de una muesca, generalmente la más profunda.

Todo «golpe de microburil» deja una faceta que puede dividirse en faceta ventral, esto es, la que aprecia desde la cara ventral o inferior de la lámina o laminita, y faceta dorsal, o la que se ve desde la cara dorsal o superior de la lámina o laminita. La faceta ventral aparecerá siempre en el microburil y la dorsal en el ápice triédrico.

Los microburiles dobles no existen, por ahora, en el Epipaleolítico peninsular.

La faceta ventral, o genéricamente faceta de «golpe de microburil», ha de mostrar en el microburil las siguientes características:

- a) Oblicuidad con relación a las caras y eje de la lámina o laminita.
- b) Características de una cara de lascado:
 - Bulbo de percusión, a veces sólo visible con lupa, y según Daniel y Vignard (23), los estigmas del contragolpe del percutor durmiente.
 - Ondas de percusión, aunque raramente bien marcadas.
 - Según Tixier (24) señaló por primera vez, que la arista que la faceta de fractura forma con la cara superior de la lámina o laminita muestra un redondeamiento, mientras que la misma, vista en el ápice triédrico, ofrece una cornisa que engancha la uña.
 - Por último, también según este último autor, es frecuente la presencia de finos retoques directos situados en la unión de la faceta y la muesca en la cara superior de la lámina o laminita. Totalmente involuntarios, sobre estos retoques se quiso ver el valor funcional intrínseco del microburil (25).

(22) F. BORDES: "La signification du microburin dans le Paléolithique Supérieur". *L'Anthropologie*, LXI. París, 1957, págs. 578-582.

(23) DANIEL et VIGNARD, op. cit. nota 20, pág. 317.

(24) TIXIER, op. cit. nota 4, pág. 41.

(25) TIXIER, op. cit. nota 4, pág. 41.

Apice triédrico (26)

Técnicamente: Lámina o laminita presentando en una de sus extremidades las trazas de un «golpe de microburil».

Morfológicamente: Lámina o laminita presentando en sección longitudinal una porción de muesca y la faceta dorsal del «golpe de microburil».

La faceta dorsal acaba —de ahí «ápice»— en un ángulo triédrico formado por la intersección de ella y las dos caras de la lámina o laminita

Microburil de Krukowski

Técnicamente: Extremidad de una lámina o laminita desprendida por la aplicación de la técnica del «golpe de microburil» en su borde abatido.

Morfológicamente: Angulo diedro formado por la intersección del dorso de un borde abatido con la faceta ventral del «golpe de microburil».

Pueden ser accidente de talla (27) o pieza verdaderamente intencional.

DIVERSOS**DEFINICION DEL GRUPO:**

Piezas que por sus características morfológicas no pueden ser incluidas entre los grupos anteriormente reseñados.

Pieza astillada

«Pieza generalmente rectangular o cuadrada, a veces de muy pequeñas dimensiones, presentando en cada una de sus extremidades (raramente una sola) astillamientos frecuentemente bifaciales, debidos a percusión violenta» (28).

Descrita por primera vez por Bardon y Bouyssonie (29), merecieron un largo comentario por Tixier, para quien la utilización de estas piezas no parece ser la de cincel, quedando de función desconocida. Recientemente Escalón las ha relacionado con la obtención de núcleos de lascas laminares espesas (30).

Piezas extremadamente raras.

(26) Término ideado por el Dr. JORDA ante la presencia del Dr. PERICOT y nuestra en una discusión sobre el paleolítico valenciano, en Gandía.

(27) BORDES, op. cit. nota 22, pág. 582.

(28) TIXIER, op. cit. nota 4, pág. 146. Recogemos la definición propuesta por este autor.

(29) L. BARDON et A. et J. BOUYSSONIE: "Outils écaillés par percussion", *Revue de l'Ecole d'Anthropologie de Paris*, XVI. París, 1906, págs. 170-175.

(30) M. ESCALON DE FONTON: "La pièce esquillée. Essai d'interprétation", *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LXVI. Comptes rendus des séances mensuelles, núm. 3, Mars. París, 1969, pág. 76.

Pieza con retoque continuo

Lasca, lámina o laminita presentando retoques continuos, ni abruptos ni planos, cubrientes, que no forman muesca o denticulación y no puede clasificarse entre las raederas o las piezas foliáceas apuntadas.

Raedera

Lasca o lámina presentando sobre un borde (raedera simple) o sobre los dos bordes (raedera doble) retoques continuos, regulares, que determinan un filo semicortante derecho, convexo o cóncavo, sin muesca ni denticulación voluntarias (31).

Lámina o laminita con cresta

Láminas guías para preparación de núcleos, comentadas en nuestro artículo citado en nota 1.

(31) SONNEVILLE-BORDES et PERROT, op. cit. nota 3 ("Lexique typologique..."), pág. 552.

ESTRATIGRAFIA Y MATERIALES

Según Pericot, en la Cueva de la Cocina se practicaron cuatro campañas desde 1941 a 1945, que permitieron hacerse una idea de las condiciones de depósito y estratigrafía de la cueva. Pese a lo reducido del área excavada, pudo determinarse una capa de arcilla estéril que al interior de la cueva afloraba muy pronto, mientras que en la parte de la entrada no se alcanzaba hasta los 4'50 metros. Innumerables losas caídas dificultaban la apreciación estratigráfica y alteraron la disposición de los niveles. Otra de las particularidades que pudieron observarse fue la horizontalidad de superposición de los estratos al interior de la cueva, particularmente en la cata de 1943, de la que es elocuente testimonio la fotografía D de la lámina número 1 del citado artículo de Pericot. Por el contrario, al exterior de la cueva el buzamiento de los estratos era muy fuerte (32).

Considerando la Cocina como uno de los yacimientos claves para el estudio de las facies geométricas del Epipaleolítico mediterráneo español y quizás el más elocuente para la interpretación del tránsito Epipaleolítico-Neolítico, de todas las campañas elegimos la de 1945, donde se llegó a algo más de 4'50 metros, y que ofrecía no sólo una buena secuencia industrial geométrica preneolítica, sino también una no menos elocuente representación neolítica, aunque, como luego veremos, en nuestra opinión

(32) PERICOT, op. cit. nota 12, lámina I-D y pág. 45.

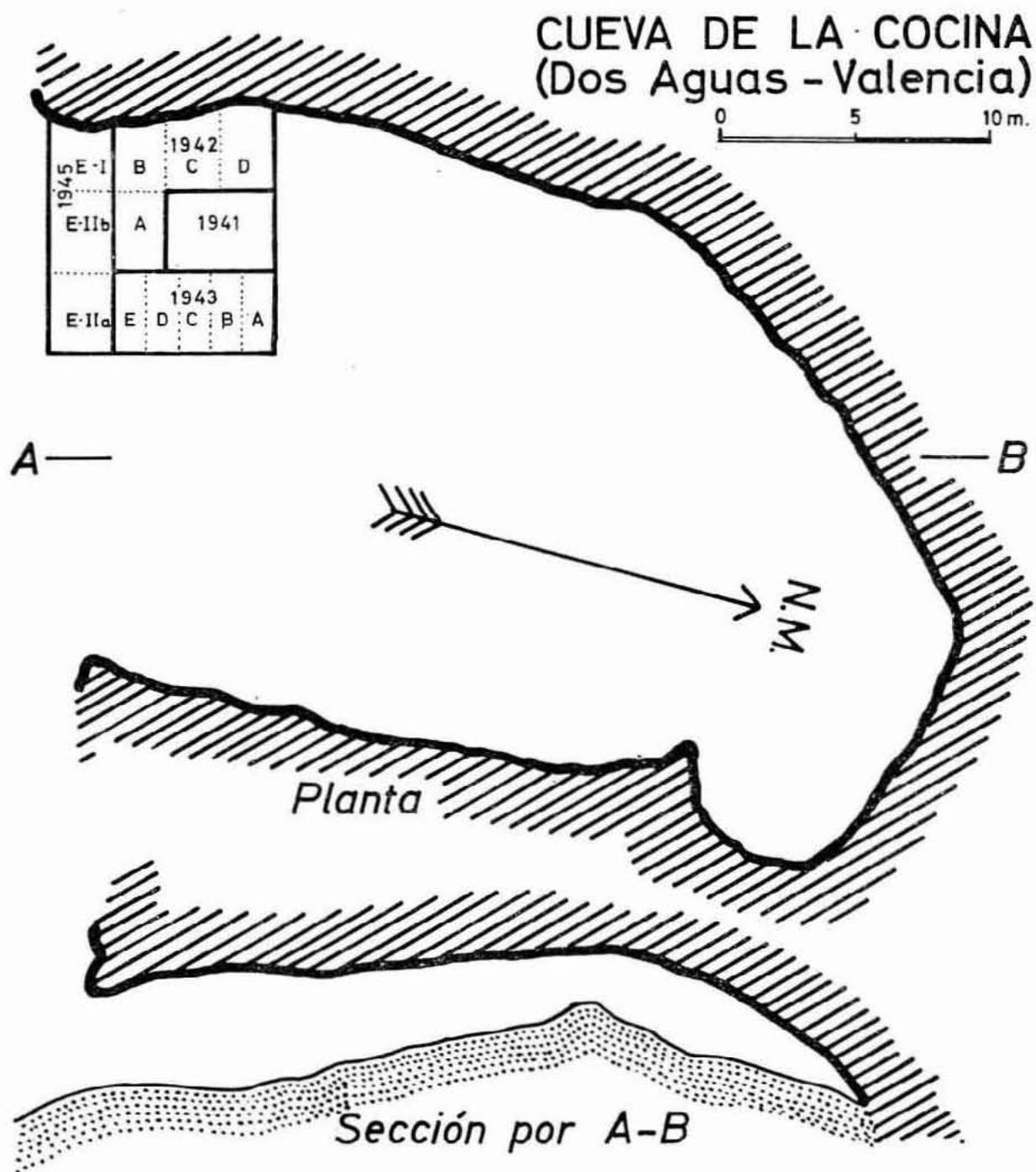


Fig. 1

al nivel I, neolítico de Pericot, hay que dividirlo en dos, uno Neolítico con cerámica cardial y otro Eneolítico con cerámica peinada.

Aunque por estas razones nuestra atención se vertió en dicha campaña, no dejamos de examinar los materiales de las demás, aunque no con el mismo detenimiento, pues contábamos con la valiosa ayuda de la enorme meticulosidad de los diarios del S. I. P., cuyo sólo examen detenido permite tener una idea casi completa de las particularidades industriales de los yacimientos a que se refieren.

En la campaña de 1945 se efectuaron dos sondeos, denominados en el diario E I y E II, ambas contiguas, pero separadas entre sí por una cuadrícula que no se excavó por la gran cantidad de losas caídas que encerraba, dificultando enormemente la excavación.

Según el diario de excavaciones, la estratigrafía de E I se mostraba sensiblemente horizontal, pues tan sólo ofrecía un ligero inclinamiento hacia el exterior de la cueva; de este modo la excavación por capas se hizo cómoda y segura. Por el contrario, en E II los estratos mostraban una fuerte inclinación en el mismo sentido, buzamiento que en el nivel de las tierras oscuras era de cerca de un metro de desnivel.

En E I se practicaron 17 capas de excavación, alcanzándose los 4'70 metros de profundidad, y en E II se plantearon 13, que llegaron hasta los 3'85 metros aproximadamente. Los materiales de estas capas fueron unificados por Pericot en tres niveles que, en resumen, ofrecían las siguientes características (33):

Nivel I: Calificado de Neolítico antiguo, ofrece cerámica de diversos tipos, y entre el sílex los tipos más frecuentes son las medias lunas, los triángulos y las hojas cuchillo retocadas. Más escasos son los microburiles y las hojas con muesca. En este nivel apareció una punta casi romboidal de aletas y pedúnculo muy incipiente. Su profundidad máxima llegó a 1'70 metros.

Nivel II: Puede subdividirse en II A, que va desde 1'70 a 2 metros, y II B, de 2'30 a 2'70 metros, separados entre sí por una capa de losas caídas.

Está caracterizado por una industria abundante y monótona, compuesta casi exclusivamente por triángulos con un apéndice o pedúnculo lateral muy acusado a veces, microburiles y hojas con muesca. La cerámica se muestra ausente.

Lo verdaderamente importante en este nivel es la presencia de plaquetas grabadas, que en número de 38 ocupan el nivel II A.

Nivel III: A su vez puede dividirse en dos, por la diversidad de hallaz-

(33) PERICOT, op. cit. nota 12, págs. 46-57.

gos. Estos son frecuentes entre 3 y 3'50 metros, y se hacen muy escasos de 3'50 al final, donde los microlitos geométricos escasean para dar preferencia a un instrumental grande y de aspecto arcaico.

La tónica industrial la dan los trapecios, los triángulos escalenos de base recta o escotada, posible derivación de las puntas escotadas del entonces denominado Auriñaciense, y la rarefacción de los microburiles. Lo más característico del nivel son los macrolitos, algunas plaquetas pintadas y ciertas microgravettes de la base de la estratigrafía.

Con vistas al tipo de estudio que pasaremos a realizar, creemos conveniente la explicitación descriptiva y gráfica, capa por capa, de los materiales encontrados. Aparte de ganar en precisión, las evaluaciones porcentuales y las conclusiones que luego expondremos y utilizaremos tendrán una base probativa mayor. Por otra parte, tal pormenorización es casi una exigencia de la cueva, pues, como luego veremos y hasta que nuevos datos enriquezcan a los que en la actualidad poseemos, la Cocina es el yacimiento más importante de las facies geométricas del Epipaleolítico mediterráneo español, hasta tal punto que puede ser considerado como un hilo conductor y quizá haya argumentos para considerarla como el yacimiento epónimo de la facies más extendida geográficamente del geométrismo epipaleolítico.

Los materiales hallados son los siguientes:

E I, CAPA SUPERFICIAL

Material lítico

- 1 Raspador simple sobre lasca auténtico microrraspador (figura 2, núm. 1).
- 3 Lascas con borde abatido.
- 2 Láminas con muesca. Retoque de presión (fig. 2, núm. 2).
- 2 Piezas con fractura retocada.
- 1 Microburil proximal (fig. 2, núm. 3).
- 1 Punta eneolítica de silueta romboidal con pedúnculo y aletas muy incipientes. Retoque invasor (fig. 2, núm. 4).
- Total 10.

E I, CAPA I

Material lítico

- 2 Lascas con borde abatido.
- 1 Fragmento de media luna (fig. 2, núm. 6).
- 2 Piezas con retoque continuo. Retoque de uso (fig. 2, núm. 5).
- 1 Microburil proximal (fig. 2, núm. 7).
- Total 6.

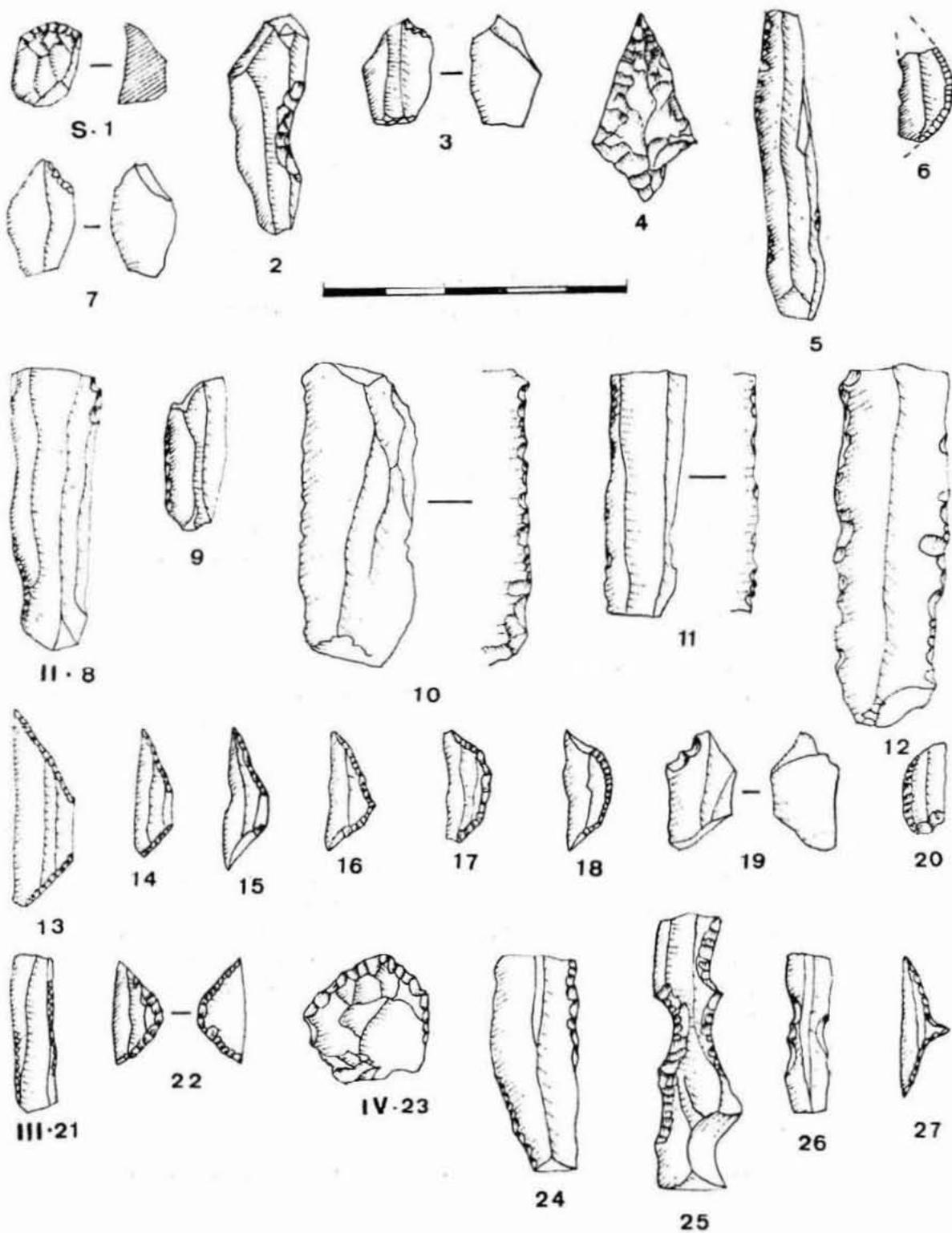


Fig. 2. — Cocina, sector E I, materiales de las capas superficial a IV.

Cerámica

Fragmentos de campaniense A.

E I, CAPA II

Material lítico

- 1 Raspador nucleiforme. Fuerte talla.
 - 2 Láminas con borde abatido parcial. Retoque abrupto sumario (fig. 2, núm. 8).
 - 1 Fragmento de laminita con borde abatido. Retoque abrupto sumario y parcial (fig. 2, núm. 9).
 - 1 Laminita con borde abatido arqueado.
 - 1 Lámina con muescas.
 - 3 Piezas con fractura retocada.
 - 3 Medias lunas. En la número 18 se observa en ambas extremidades los ápices triédricos (fig. 2, núms. 17, 18 y 20).
 - 3 Trapecios asimétricos. En la número 15 se conserva el ápice triédrico (fig. 2, núms. 13-15).
 - 1 Triángulo escaleno (fig. 2, núm. 16).
 - 1 Microburil (fig. 2, núm. 19).
 - 6 Piezas con retoque continuo. Hojas cuchillo con retoque no abrupto, oblicuo, algo invasor, formando una ligera denticulación. Piezas similares son típicas del Eneolítico (fig. 2, números 10-12).
- Total 23.

Cerámica

Cien fragmentos. Pasta grosera mal cocida y cuarteada. Sólo dos fragmentos conservan el borde y corresponden al tipo de tazón de bordes sencillos, sin entrantes ni exvasamientos. En cuanto a las decoraciones, tres fragmentos muestran respectivamente una ornamentación de acanalados, de trazos peinados que se entrecruzan y de cordón longitudinal (Lám. II, 2).

E I, CAPA III

Material lítico

- 1 Laminita con borde abatido parcial. El retoque abrupto es sumario (fig. 2, núm. 21).

- 1 Triángulo isósceles, casi equilátero, con vértice redondeado. Retoque en doble bisel (oblicuo alterno), que no hay que confundir con el bipolar o alternante (fig. 2, núm. 22).

Total 2.

- 1 Cristal de calcita.

Cerámica

- 1 Fragmento de cerámica de decoración peinada. Pasta ocre muy grosera con desengrasante de cuarzo, muy cuarteada (Lámina III, 1).
- 1 Fragmento de cerámica de pasta ocre con desengrasante grueso decorado con un cordón con incisiones (Lám. III, 2).

E I, CAPA IV

Material lítico

- 2 Raspadores simples sobre lasca. Uno de ellos se aproxima en cierto modo al raspador ojival (fig. 2, núm. 23).
 - 1 Lámina con borde abatido parcial (fig. 2, núm. 24).
 - 1 Laminita apuntada, tipo Cocina (fig. 3, núm. 1).
 - 2 Laminitas denticuladas (fig. 2, núms. 25 y 26).
 - 1 Triángulo isósceles atípico.
 - 1 Triángulo escaleno alargado con el lado pequeño convexo (figura 3, núm. 3).
 - 1 Triángulo con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 2, núm. 27).
 - 4 Medias lunas (fig. 3, núms. 2 y 4).
 - 1 Microburil frustrado (fig. 3, núm. 5).
- Total 14.

Cerámica

- 1 Fragmento de cerámica de pasta ocre, fina, algo alisada. Borde simple decorado con un cordón con impresiones de palillo formando un puntillado (Lám. IV, 1).
- 2 Fragmentos de pasta grosera.

E I, CAPA V

Material lítico

- 1 Raspador simple sobre lasca (fig. 3, núm. 6).
- 1 Raspador simple sobre lasca roto en su parte proximal en un

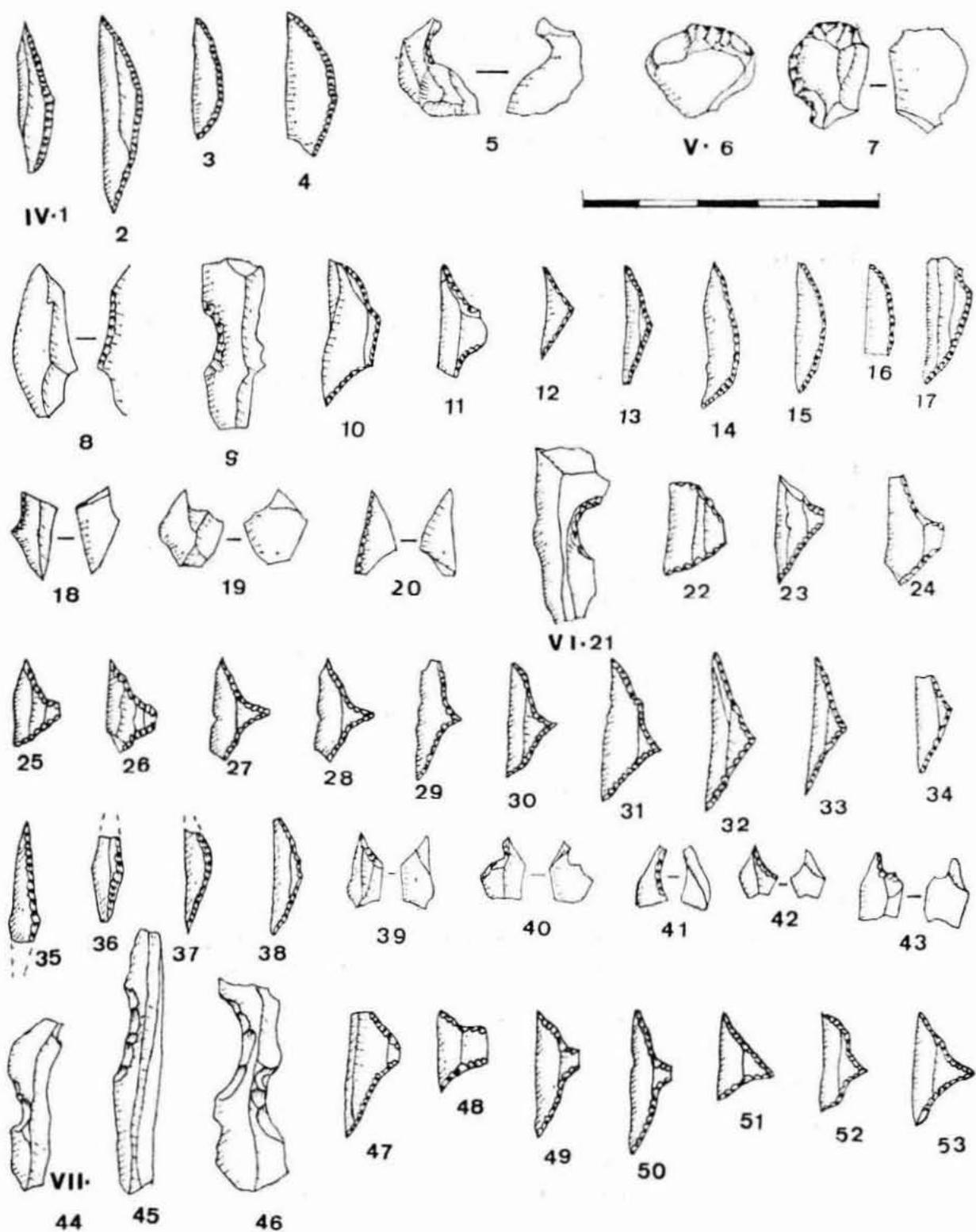


Fig. 3. — Cocina, sector E I, materiales de las capas IV a VII.

microburil frustró. Podría denominarse raspador-microburil (figura 3, núm. 7).

- 1 Fragmento de laminita apuntada tipo Cocina.
- 1 Fragmento de laminita con borde abatido.
- 1 Laminita con borde abatido parcial. Retoque abrupto inverso (fig. 3, núm. 8).
- 2 Laminitas con muesca (fig. 3, núm. 9).
- 1 Trapecio con dos lados cóncavos (fig. 3, núm. 11).
- 1 Trapecio con la base pequeña retocada (fig. 3, núm. 10).
- 2 Triángulos isósceles (fig. 3, núm. 12).
- 1 Triángulo isósceles alargado (fig. 3, núm. 13).
- 1 Triángulo escaleno alargado con lado pequeño convexo (figura 3, núm. 14).
- 4 Medias lunas (fig. 3, núms. 15 y 16).
- 3 Piezas con fractura retocada.
- 4 Microburiles (fig. 3, núms. 17, 18 y 19).
- 1 Microburil de Krukowski (fig. 3, núm. 20).
- Total 25.
- 1 Hacha de fibrolita de sección aplanada (Lám. V, 2).
- 1 Piedra de molino (Lám. V, 1).
- 1 Percutor o bola (Lám. VI, 1).
- 1 Guijarro roto con restos de ocre rojo (Lám. VI, 1).

Cerámica y hueso

- 4 Fragmentos de cerámica de tonos grisáceos y desengrasante, menos grueso que los fragmentos de las capas anteriores. Uno de ellos (Lám. IV, 2) muestra borde simple, forma de cuenco y una incisión longitudinal.
- 1 Punzón de hueso.

E I, CAPA VI

Material lítico

- 2 Laminitas apuntadas, tipo Cocina (fig. 3, núms. 35-36).
- 2 Laminitas con muescas (fig. 3, núm. 21).
- 3 Piezas con fractura retocada.
- 3 Trapecios asimétricos (fig. 3, núms. 22, 23 y 26). En el número 23 se aprecia el ápice triédrico.
- 2 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 3, núms. 24-25).
- 3 Triángulos isósceles alargados (fig. 3, núms. 32-34).
- 1 Triángulo escaleno (fig. 3, núm. 31).

- 8 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 3, números 27-30).
- 2 Segmentos de círculo (fig. 3, núms. 37-38).
- 13 Microburiles (fig. 3, núms. 39-43).
- 3 Núcleos.
- Total 42.
- 1 Plaqueta grabada, rota de antiguo, decorada con paralelas verticales, de las que nacen trazos paralelos horizontales (Lámina VIII, 2).
- 1 Plaqueta grabada, rota de antiguo, decorada en una cara por pequeños trazos contiguos encerrados o no por dos paralelas, de las que parten trazos radiales. En la otra cara la decoración está compuesta exclusivamente por trazos contiguos pequeños sin cerrar (Lám. VII, 1).
- 1 Plaqueta pintada previamente de rojo y posteriormente grabada con trazos paralelos (Lám. VII, 2).

E I, CAPA VII

Material lítico

- 3 Laminitas con muesca (fig. 3, núms. 44-46).
- 1 Trapecio con un lado cóncavo (fig. 3, núm. 47).
- 2 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 3, núms. 48-50).
- 1 Triángulo escaleno (fig. 3, núm. 51).
- 7 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 3, números 52-53, y fig 4, núms. 1-4).
- 3 Microburiles (fig 4, núms. 5-7).
- Total 17.
- 1 Canto rodado con pintura roja.

E I, CAPA VIII

Material lítico

- 2 Fragmentos de laminita con borde abatido. Retoque abrupto sumario (fig. 4, núm. 21).
- 12 Laminitas con muesca (fig. 4, núms. 8-10).
- 2 Trapecios asimétricos (fig. 4, núms. 11 y 13). Presentan el ápice triédrico.
- 2 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 4, núms. 12 y 14). Presentan el ápice triédrico.

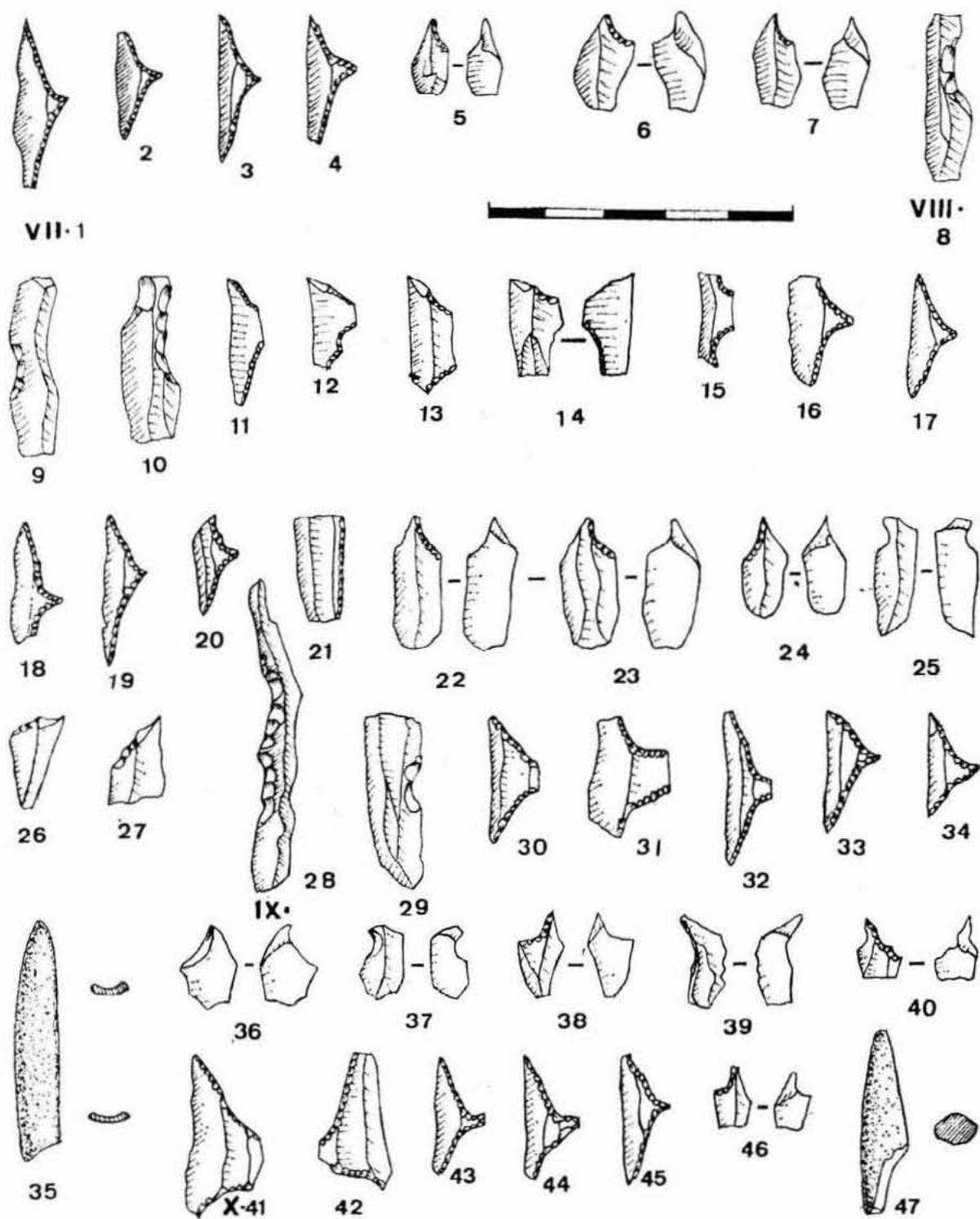


Fig. 4. — Cocina, sector E I, materiales de las capas VII a X.

- 6 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 4, números 16-20).
- 10 piezas con fractura retocada.
- 39 Microburiles (fig. 4, núms. 15 y 22-25).
- 3 Apices triédricos (fig. 4, núms. 26-27).
- Total 76.

E I, CAPA IX

Material lítico

- 1 Laminita con muesca (fig. 4, núm. 29).
- 1 Laminita denticulada (fig. 4, núm. 28).
- 1 Trapecio asimétrico (fig. 4, núm. 30).
- 2 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 4, núms. 31-32).
- 3 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 4, números 33-34).
- 14 Microburiles (fig. 4, núms. 36-40).
- 2 Laminitas con cresta.
- Total 24.

Hueso

- 1 Punzón de hueso, fragmento de caña de sección curvada, adelgazada para formar una extremidad terminal algo aguzada. La extremidad basal está rota (fig. 4, núm. 35).

E I, CAPA X

Material lítico

- 3 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 4, núms. 41-42).
- 4 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 4, números 43-45).
- 9 Microburiles (fig. 4, núm. 46).
- Total 16.

Hueso

- 1 Punzón de hueso roto de sección oblonga (fig. 4, núm. 47).

E I, CAPA XI

Material lítico

- 5 Laminitas con muesca (fig. 5, núms. 1-3). Los números 1 y 3 tienen las muescas contiguas y forman una estrangulación.
 - 2 Trapecios disimétricos (fig. 5, núms. 4-5).
 - 1 Trapecio con un lado convexo (fig. 5, núm. 6).
 - 2 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 5, núms. 7-8). El número 8 muestra un retoque en escama en la base grande. Por esta particularidad podría clasificarse dentro de los «microtranchets», pero no estamos seguros de que dicho retoque sea intencional o un signo de podolitización. El hecho de que tanto en E I como en E II sea el único ejemplo nos inclina por esta última hipótesis.
 - 3 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 5, núms. 9-11).
 - 3 Microburiles (fig. 5, núm. 12).
 - 4 Núcleos. Dos de tipo sauveterriense y otros dos de tipo tardenosense.
- Total 20.

E I, CAPA XII

Material lítico

- 1 Buril simple con un paño. En el borde izquierdo la pieza tiene una muesca (fig. 5, núm. 13).
 - 2 Lascas denticuladas (fig. 5, núm. 18).
 - 4 Láminas y laminitas con muesca (fig. 5, núms. 14-17).
 - 1 Laminita denticulada.
 - 2 Piezas con fractura retocada.
 - 1 Trapecio rectángulo (fig. 5, núm. 20).
 - 1 Trapecio asimétrico (fig. 5, núm. 19).
 - 2 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 5, núms. 21-22).
 - 4 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 5, núms. 23-26). El número 23, con el ápice triédrico.
- Total 18.

E I, CAPA XIII

Material lítico

- 4 Raspadores sobre lasca (fig. 6, núms. 5-7).
- 1 Buril simple con un paño (fig. 6, núm. 10).

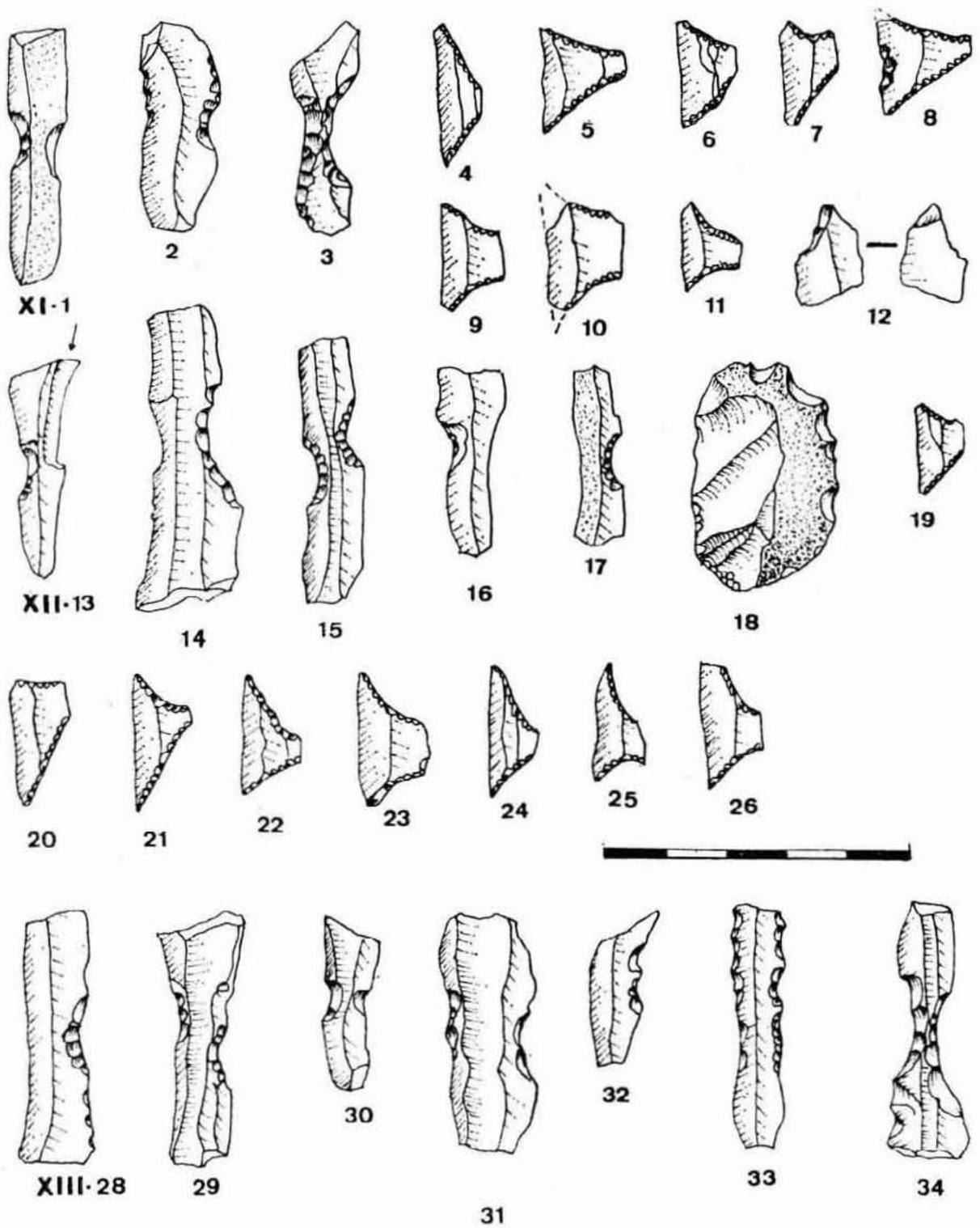


Fig. 5. — Cocina, sector E I, materiales de las capas XI a XIII.

- 1 Lámina con borde abatido (fig. 6, núm. 9).
 - 3 Laminitas con borde abatido (fig. 6, núm. 8).
 - 19 Láminas y laminitas con muesca (fig. 5, núms. 28-30 y 34, fig. 6, núm. 3-4).
 - 4 Laminitas denticuladas (fig. 5, núms. 31-33, y fig. 6, núm. 1).
 - 6 Piezas con fractura retocada (fig. 6, núms. 30 y 31).
 - 12 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 6, núms. 11-20). El número 16 muestra en sus dos lados el ápice triédrico.
 - 14 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 6, núms. 21-28).
 - 1 Triángulo escaleno con el lado pequeño cóncavo (fig. 6, número 29).
 - 11 Núcleos de fuerte talla generalmente prismáticos (fig. 6, número 32).
 - 1 Pieza astillada.
- Total 77.

E I, CAPA XIV

Material lítico

- 1 Laminita con borde abatido parcial (fig. 6, núm. 36).
 - 1 Lasca laminar con muesca (fig. 6, núm. 33).
 - 1 Laminita con muesca.
 - 1 Laminita denticulada (fig. 6, núm. 34).
 - 1 Trapecio asimétrico (fig. 6, núm. 39).
 - 1 Trapecio con un lado convexo (fig. 6, núm. 38).
 - 1 Trapecio con un lado cóncavo (fig. 6, núm. 35).
 - 1 Trapecio con dos lados cóncavos (fig. 6, núm. 37).
 - 1 Raedera.
 - 1 Núcleo prismático (fig. 6, núm. 40).
- Total 10.

E I, CAPA XV

Material lítico

- 1 Raspador con muesca. Sobre laminita con dos muescas simples en el borde izquierdo (fig. 7, núm. 6).
- 1 Raspador nucleiforme.
- 1 Lámina con muesca (fig. 7, núm. 3).
- 1 Laminita denticulada (fig. 7, núm. 5).
- 1 Pieza con fractura retocada. Laminita con fractura retocada, cóncava distal (fig. 7, núm. 4).

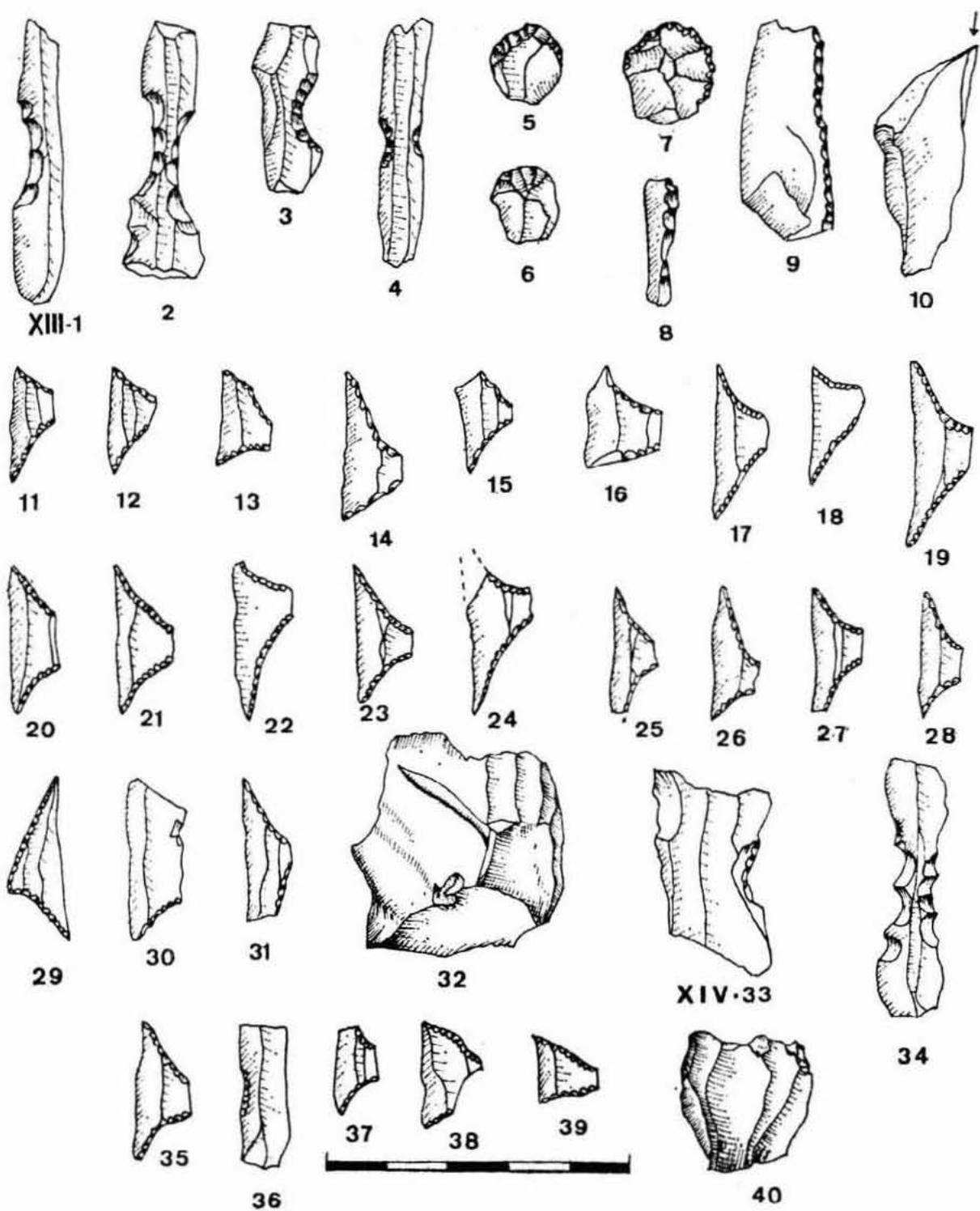


Fig. 6. — Cocina, sector E I, materiales de las capas XIII a XIV. Los números 32 y 40 reducidos a 4/5.

1 Lasca retocada. Silueta apuntada que recuerda a la punta musteriense (fig. 7, núm. 1).

1 Núcleo (fig. 7, núm. 2).

Total 7.

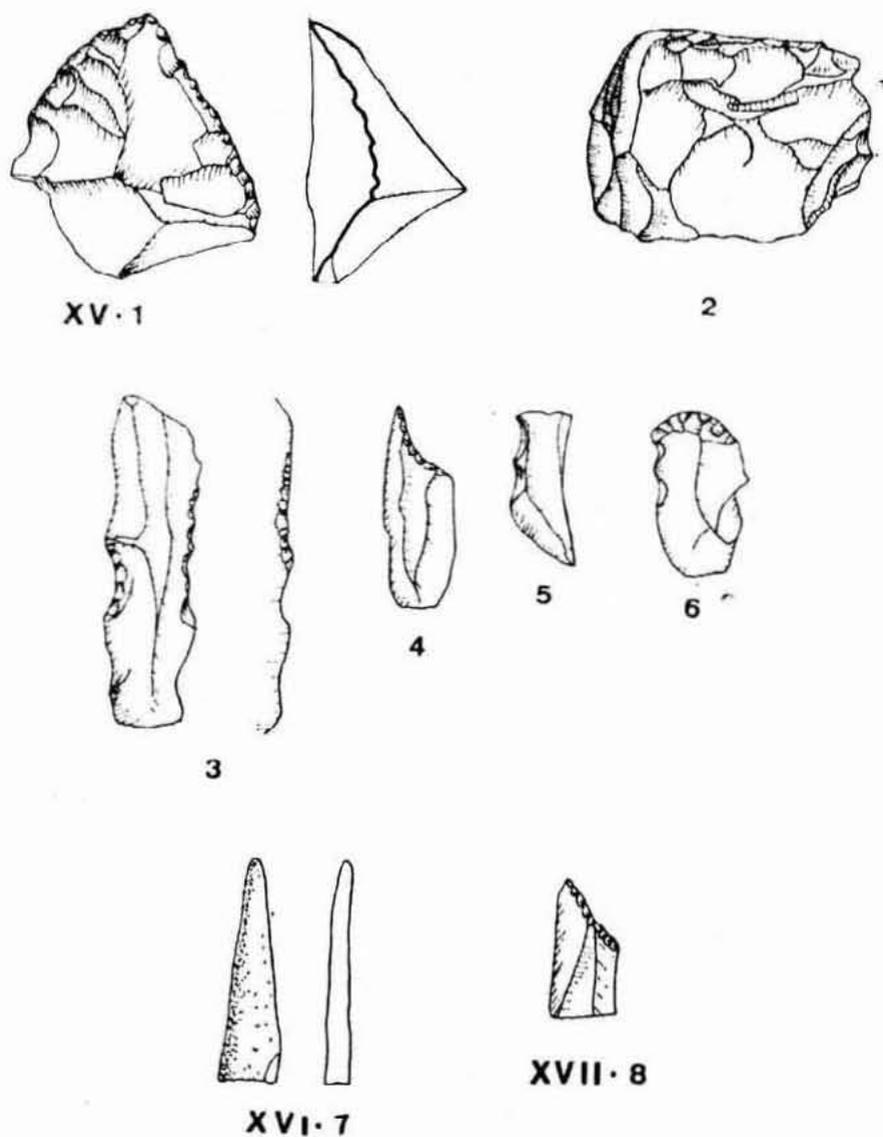


Fig. 7. — Cocina, sector E I, materiales de las capas XV a XVII. El número 2 reducido a 1/2.

E I, CAPA XVI

Hueso

- 1 Punzón. Astilla de hueso adelgazada (fig. 7, núm. 7).

E I, CAPA XVII

Material lítico

- 1 Pieza con fractura retocada oblicua sobre laminita (fig. 7, número 8).

Total 3

Con esta última capa se llegó a una profundidad de 4'70 metros.

En la zanja E II, contigua, apareció el siguiente material:

E II, CAPA SUPERFICIAL

Material lítico

- 1 Raspador con muesca. Lasca asociando un raspador y una muesca en el borde derecho (fig. 8, núm. 1).
- 1 Lasca con muesca (fig. 8, núm. 7).
- 1 Laminita con muesca (fig. 8, núm. 2).
- 1 Laminita denticulada (fig. 8, núm. 3).
- 1 Trapecio con dos lados cóncavos (fig. 8, núm. 4).
- 1 Triángulo isósceles alargado (fig. 8, núm. 5).
- 1 Segmento de círculo (fig. 8, núm. 6).

Total 7.

Cerámica

Revuelta, de diferentes épocas históricas y prehistóricas.

E II, CAPAS I, II Y III

Bolsada estéril de tierras rojas.

E II, CAPA IV

Material lítico

- 1 Laminita apuntada, tipo Cocina (fig. 8, núm. 11).
- 3 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 8, números 8, 9 y 10).

Total 4.

E II, CAPA V

Material lítico

- 1 Raspador sobre lasca (fig. 8, núm. 20).
 - 1 Laminita con borde abatido parcial. El retoque está situado en la parte distal para aguzar la pieza.
 - 7 Laminitas con muesca (fig. 8, núms. 12-13).
 - 1 Lámina denticulada (fig. 8, núm. 14).
 - 1 Pieza con fractura retocada.
 - 2 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 8, núms. 15 y 16).
 - 3 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 8, números 17-19).
 - 5 Microburiles (fig. 8, núms. 21-22).
- Total 21.

Cerámica

- 1 Fragmento de cerámica de borde ligeramente exvasado. Pasta ocre granulosa con grueso desengrasante. Decorado con un cordón con incisiones y un dentado en el borde (Lám. IX, 2).
- 1 Fragmento de cerámica de borde ligeramente exvasado. Pasta negruzca granulosa. Decorado con un dentado en el borde (Lámina IX, 1).
- 1 Fragmento de pasta de iguales características al anterior decorado, con trazos paralelos (Lám. IX, 2).
- 8 Fragmentos de pastas groseras, entre los que se destacan uno perteneciente a un cuenco de bordes simples y otro peinado.

E II, CAPA VI

Material lítico

- 1 Raspador denticulado (fig. 8, núm. 23).
- 1 Raspador doble, en ambos bordes muestra sendas muescas (figura 8, núm. 24).
- 1 Lasca con borde abatido.
- 2 Láminas con muesca (fig. 8, núms. 25-26).
- 1 Lámina denticulada (fig. 8, núm. 27).
- 1 Trapecio simétrico (fig. 8, núm. 28). Conserva el ápice triédrico.
- 1 Trapecio asimétrico (fig. 8, núm. 29).
- 5 Trapecios con dos lados curvos (fig. 8, núms. 30-32).
- 1 Triángulo escaleno (fig. 8, núm. 33).

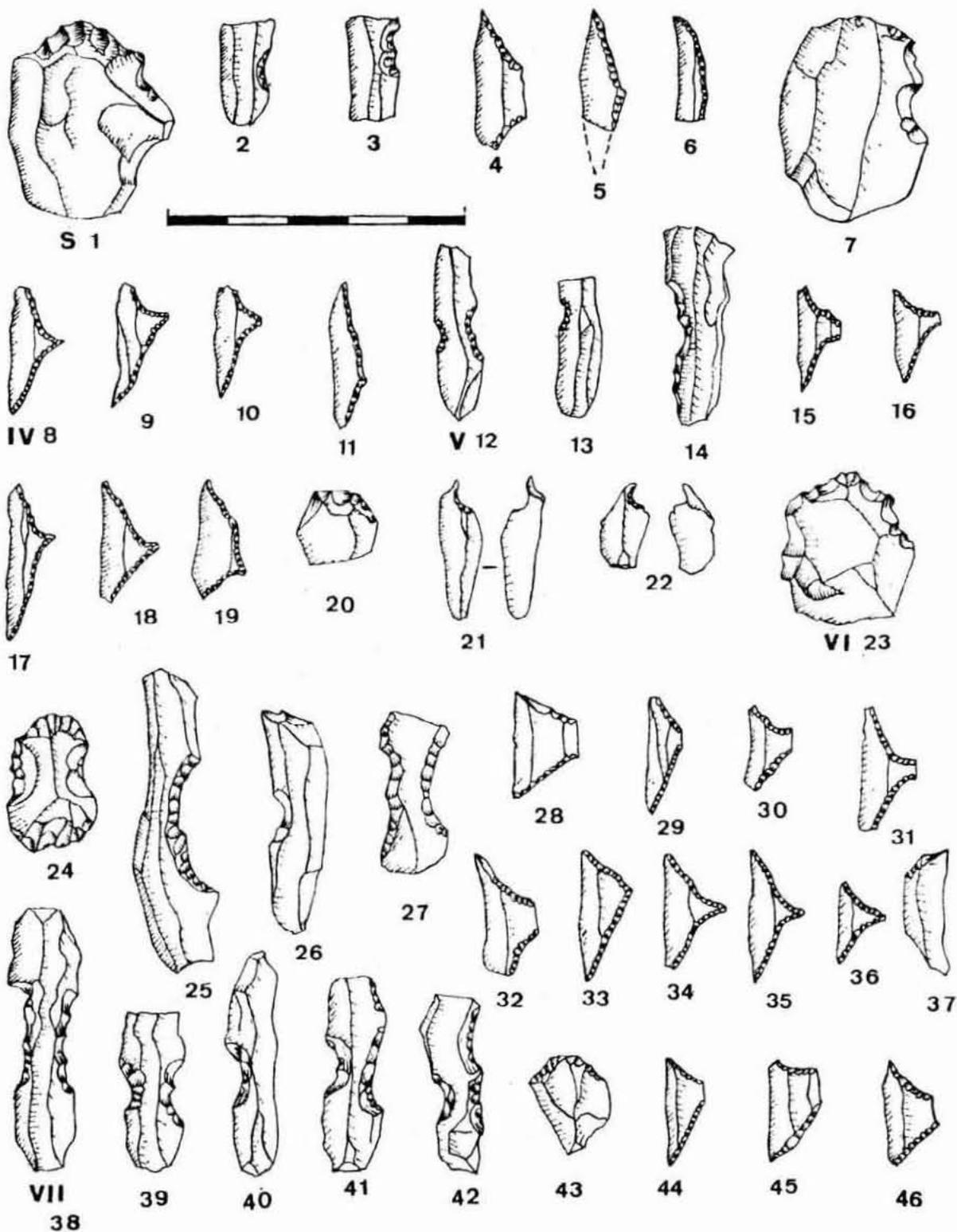


Fig. 8. — Cocina, sector E II, materiales de las capas superficial a VII.

- 10 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 8, números 34-36).
- 1 Apice triédrico (fig. 8, núm. 37).
- 7 Microburiles.
- Total 32.

Cerámica

- 9 Fragmentos de pasta grosera sin forma reconocible ni decoración.

E II, CAPA VII

Material lítico

- 2 Raspadores sobre lasca (fig. 8, núm. 43).
- 1 Laminita apuntada, tipo Cocina (fig. 9, núm. 14). Aparte de la protuberancia característica, ofrece una base redondeada por retoques abruptos.
- 1 Fragmento de laminita con borde abatido (fig. 9, núm. 15).
- 12 Láminas y laminitas con muescas, de ellas seis ofrecen estrangulación (fig. 8, núms. 39-41).
- 5 Laminitas denticuladas (fig. 8, núms. 38 y 42)
- 10 Piezas con fractura retocada.
- 2 Trapecios asimétricos (fig. 8, núm. 44).
- 6 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 8, núms. 45-46, y fig. 9, núm. 1).
- 16 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 9, núms. 2-5).
- 1 Trapecio con un lado convexo.
- 1 Triángulo escaleno con lado pequeño convexo (fig. 9, núm. 6).
- 20 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 9, números 7-13).
- 32 Microburiles (fig. 9, núms. 16-18 y 22).
- 1 Raspador con retoque plano o invasor (fig. 9, núm. 19).
- 1 Pieza con el mismo retoque del anterior. Probable estadio de formación de una punta de flecha (fig. 9, núm. 20).
- Total 111.

Cerámica

- 1 Fragmento de pasta rojiza al exterior, con intrusiones de cuarzo como desengrasante. Bordes simples decorados con impresiones de palillo (fig. 9, núm. 21).

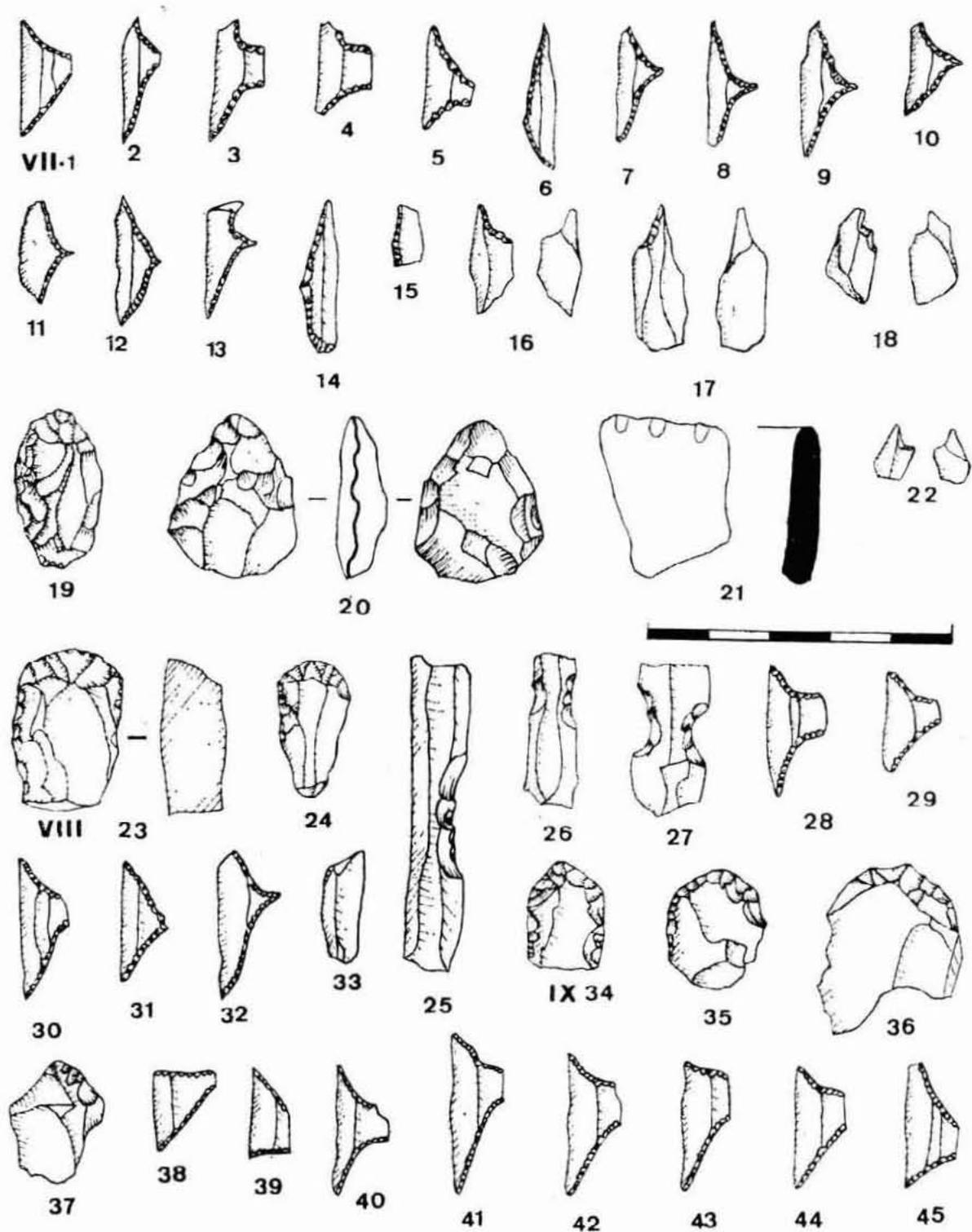


Fig. 9. — Cocina. sector E II. materiales de las capas VII a IX.

- 1 Fragmento de pasta porosa con abundante cuarzo. Decorado con cordones verticales (Lám. X, 1).
- 1 Fragmento de cerámica alisada con espátula (Lám. X, 2).
- 1 Fragmento de pasta porosa con cuarzo abundante. Decorada con dos trazos paralelos (Lám. X, 2).
- 24 Fragmentos con características similares en cuanto a la pasta. Sin forma ni decoración reconocible.

E II, CAPA VIII

Material lítico

- 1 Raspador sobre lasca retocada. Lasca laminar con retoque en ambos bordes (fig. 9, núm. 23).
- 1 Raspador simple sobre lámina.
- 1 Raspador sobre laminita retocada (fig. 9, núm. 24).
- 1 Laminita apuntada con borde abatido rectilíneo y base adelgazada.
- 1 Lasca denticulada.
- 2 Laminitas con muesca, estranguladas (fig. 9, núms. 26-27).
- 1 Lámina denticulada (fig. 9, número 25).
- 3 Trapecios con dos lados curvos (fig. 9, núms. 28-30).
- 1 Triángulo isósceles (fig. 9, núm. 31).
- 1 Triángulo con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 9, núm. 32).
- 1 Apice triédrico (fig. 9, núm. 33).
- 1 Laminita con cresta.
- Total 15.

Cerámica

- 3 Fragmentos de pasta oscura con grueso desengrasante, porosa y cuarteada. Decorados con trazos paralelos formando acanaladuras. Uno de ellos muestra además tres puntuaciones (Lám. XI, 1).
- 12 Fragmentos con las mismas características de pasta.

E II, CAPA IX

Material lítico

- 3 Raspadores sobre lasca (fig. 9, núms. 36-37).
- 1 Raspador sobre lasca retocada (fig. 9, núm. 35).
- 1 Raspador ojival (fig. 9, núm. 34).
- 2 Laminitas apuntadas, tipo Cocina (fig. 10, núms. 4-5).

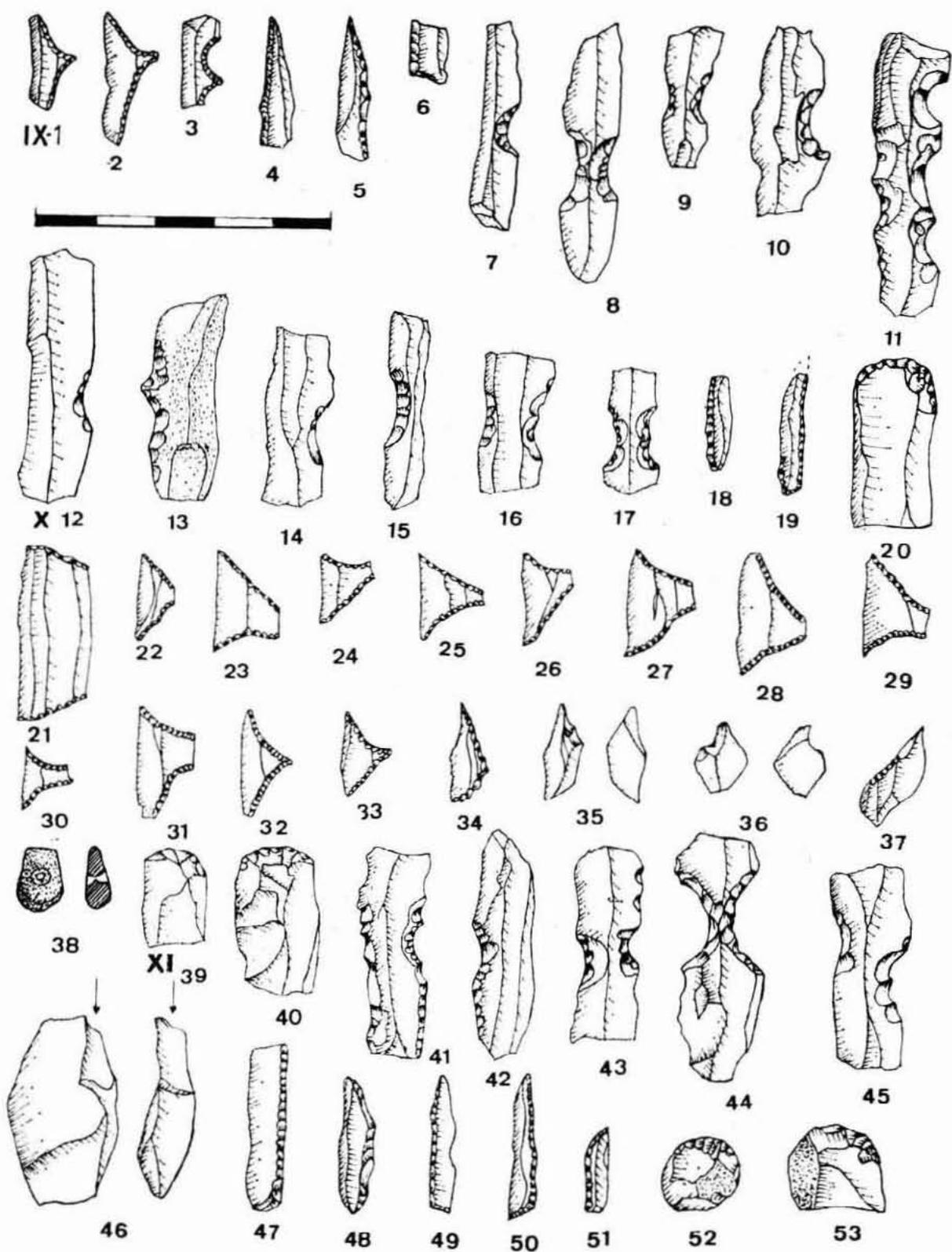


Fig. 10. — Cocina, sector E II, materiales de las capas IX a XI.

- 2 Fragmentos de laminita con borde abatido (fig. 10, núm. 6).
 - 3 Lascas con muesca.
 - 6 Láminas y laminitas con muesca. (fig. 10, núms. 7-10). Los números 9 y 10 son estranguladas.
 - 5 Láminas y laminitas denticuladas (fig. 10, núm. 11).
 - 5 Piezas con *fractura retocada*.
 - 2 Trapecios rectángulos (fig. 9, núms. 38-39).
 - 8 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 9, núms. 43-45).
 - 8 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 9, núms. 40-42).
 - 3 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 10, números 1-3).
 - 2 Microburiles.
- Total 51.

Cerámica

- 4 Fragmentos con pastas oscuras, porosas, con abundante cuarzo, decorados con puntuaciones, cordones y mamelones con incisiones de palillo (Lám. XI, 2).
- 1 Fragmento con asa horizontal de mamelón aplastado (Lámina XI, 3).
- 8 Fragmentos similares en la pasta.

E II, CAPA X

Material lítico

- 1 Raspador sobre lámina (fig. 10, núm. 20).
- 1 Raspador sobre lámina retocada.
- 1 Lasca con borde abatido.
- 1 Laminita con borde abatido (fig. 10, núm. 18).
- 1 Lasca con muesca.
- 14 Láminas y laminitas con muesca (fig. 10, núms. 12 y 14-17).
- 2 Laminitas denticuladas (fig. 10, núm. 13).
- 2 Trapecios simétricos (fig. 10, núm. 21).
- 1 Trapecio asimétrico (fig. 10, núm. 22).
- 12 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 10, núms. 23-26).
- 8 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 10, núms. 27-31).
- 1 Triángulo escaleno alargado, con el lado pequeño corto (figura 10, núm. 19).
- 2 Triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina (fig. 10, números 32-33).

- 1 Triángulo escaleno, con el lado pequeño convexo (fig. 10, número 34).
- 1 Apice triédrico (fig. 10, núm. 37).
- 4 Microburiles (fig. 10, núms. 35-36).
- Total 53.
- 1 Cuenta de collar con perforación bicónica (fig. 10, núm. 38).
- 1 Plaqueta grabada con trazos paralelos oblicuos (Lám. XII, 3).

Cerámica

- 1 Fragmento de cerámica de pasta clara, porosa, con grueso desengrasante. Decorada con un mamelón aplastado horizontal (Lámina XII, 1).
- 1 Fragmento de tono oscuro, pasta similar, decorada con dos series de unguilaciones (Lám. XII, 2).
- 2 Fragmentos de cerámica impresa de tipo cardial. Pasta rojiza, bruñida, de muy buena calidad. Decorada con franjas horizontales y verticales por impresión de cardium (Lám. XIII).

E II, CAPA XI

Material lítico

- 3 Raspadores simples sobre lasca (fig. 10, núms. 52-53).
- 2 Raspadores sobre lámina y laminita (fig. 10, núms. 39-40).
- 1 Buril simple con un paño (fig. 10, núm. 46).
- 1 Laminita con borde abatido arqueado (fig. 10, núm. 51).
- 1 Laminita apuntada con borde abatido, tipo Cocina (fig. 10, número 48).
- 1 Fragmento de laminita con borde abatido (fig. 10, núm. 47).
- 1 Lasca con muesca.
- 4 Láminas y laminitas con muesca (fig. 10, núms. 42-44).
- 3 Láminas y laminitas denticuladas (fig. 10, núms. 41 y 45).
- 2 Piezas con fractura retocada.
- 1 Trapecio asimétrico (fig. 11, núm. 1).
- 1 Trapecio con un lado cóncavo (fig. 11, núm. 2).
- 3 Trapecios con dos lados cóncavos (fig. 11, núms. 3-5). El número 5 podría clasificarse como flecha de filo transversal.
- 2 Triángulos escalenos alargados, con el lado pequeño corto (figura 10, núms. 49-50).
- Total 26.

E II, CAPA XII

Material lítico

- 1 Raspador simple sobre lasca.
 1 Raspador doble. Lasca laminar (fig. 11, núm. 6).
 2 Raspadores con muesca (fig. 11, núms. 7 y 9).

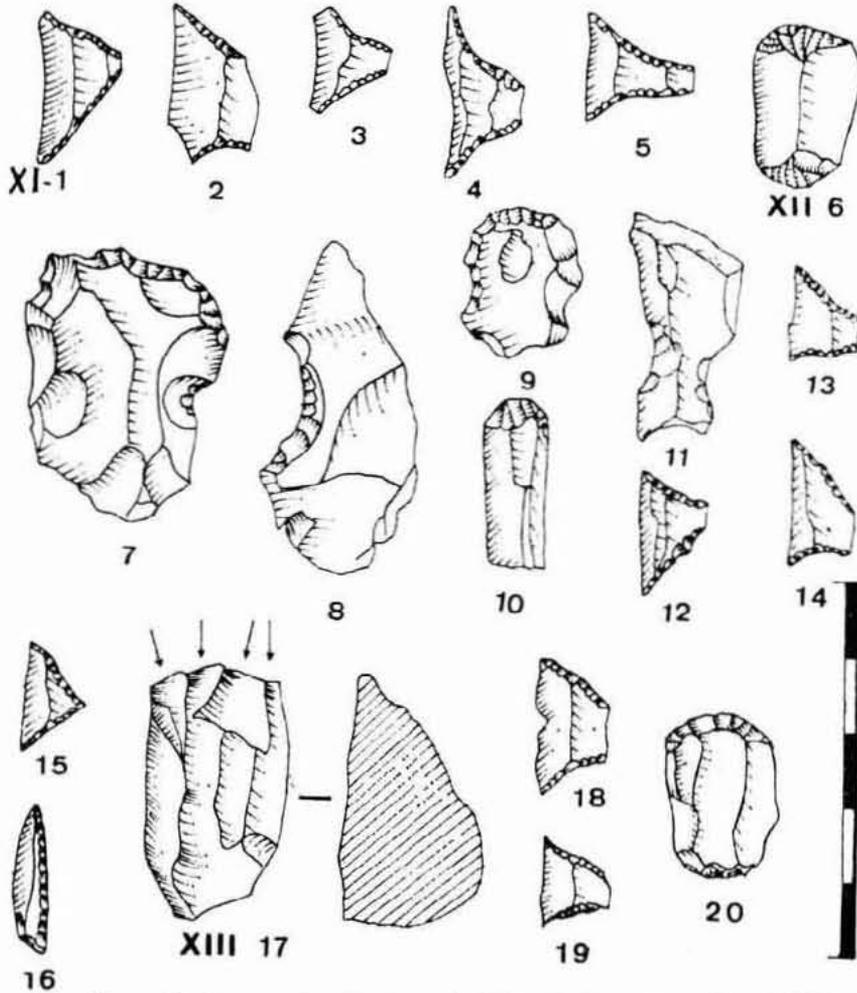


Fig. 11. — Cocina, sector E II, materiales de las capas XI a XIII.

- 1 Raspador simple sobre laminita (fig. 11, núm. 10).
 2 Lascas con borde abatido.
 1 Laminita apuntada borde abatido rectilíneo. Rota en la base.
 (figura 11, núm. 16).

- 1 Lasca con muesca (fig. 11, núm. 8).
 - 2 Láminas con muescas, una estrangulada (fig. 11, núm. 11).
 - 2 Piezas con fractura retocada.
 - 2 Trapecios asimétricos (fig. 11, núm. 12-13).
 - 1 Trapecio con un lado cóncavo (fig. 11, núm. 14).
 - 1 Triángulo isósceles (fig. 11, núm. 15).
 - 1 Núcleo prismático.
- Total 18.

E II, CAPA XIII

Material lítico

- 1 Raspador sobre lámina (fig. 11, núm. 20).
 - 1 Buril nucleiforme (fig. 11, núm. 17).
 - 2 Trapecios con un lado cóncavo (fig. 11, núms. 18-19).
 - 2 Núcleos.
- Total 6.

IV

EL DESARROLLO INTERNO DE LA COCINA

Para el estudio que pasaremos a realizar, hemos utilizado únicamente los materiales hallados en la E I y los de las capas XII y XIII de la E II, que se vieron afectadas en poca medida por el fuerte buzamiento que caracteriza la disposición estratigráfica del depósito en la entrada de la cueva, particularidad ya señalada por Pericot y que en la E II es muy intensa.

No obstante conviene precisar la situación en la que se encontraron los dos fragmentos de cerámica cardial. En el detalladísimo diario de excavaciones se dice que la cerámica de la capa X apareció en su parte izquierda, límite externo de la capa, en un último reducto de tierras negras que allí había. En estas tierras negras, nivel I de Pericot, apareció la cerámica tanto en la E II como en la E I. Dichas tierras se diferenciaron de las subyacentes, de color rojizo y sin cerámica. Por consiguiente, gracias a la minuciosidad del diario, puede establecerse sin lugar a dudas que la cerámica cardial apareció en la base del nivel I de Pericot, inmediatamente superpuesta a las tierras rojizas sin cerámica y con un componente industrial caracterizado fundamentalmente por los triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina. Con ello se logra un testimonio cronológico seguro hacia la mitad del depósito de la Cocina.

Poco se puede añadir a la división de la cueva hecha por Pericot, que recogió las pautas del desarrollo industrial de la cueva. Desde entonces acá el conocimiento de las cerámicas prehistóricas ha avanzado mucho,

aunque del Neolítico antiguo tengamos pocas noticias más. Es por esa razón por la que hemos podido dividir el nivel I de la antigua publicación, quedando así nuestra visión de los niveles de la cueva:

COCINA I: Capas XVII a XI. Trapecios y macrolitos.

COCINA II: Capas X a VI. Triángulos tipo Cocina y trapecios.

COCINA III: Capas V a IV. Cerámica cardial y medias lunas.

COCINA IV: Capas III a superficial. Cerámica peinada y técnica de retoque en doble bisel.

A) EL DESARROLLO INDUSTRIAL

Con objeto de hacer más comprensible el presente estudio, hemos realizado una serie de índices de los grupos industriales que a nuestro juicio pueden caracterizar mejor a las industrias de la cueva.

Antes de pasar a comentarlos, hemos de señalar que la particularidad que más llama la atención de Cocina I es la pobreza de las capas XV a XVII, entre 4 y 4'75 metros, que totalizan entre todas ocho piezas líticas de entre las 135 que tiene todo el nivel. Con mucho, la capa más abundante es la XIII, con 80 piezas, pudiendo afirmarse que Cocina IV se encuentra representada prácticamente entre las capas XI a XIV.

En cuanto a los índices, en Cocina I resalta la precaria presencia del grupo de los buriles (1'4 por 100). Algo mejor representadas están las laminitas con borde abatido (2'9 por 100), y los raspadores (4'4 por 100), que se encuentran en la mitad inferior del nivel. Por el contrario, las muescas y denticulados tienen una buena presencia a lo largo de todas las capas proporcionalmente a la disparidad de número de piezas de cada una. Su porcentaje (29'6 por 100) de la totalidad de la industria es francamente elevado, pero aún lo es más el de los geométricos (35'5 por 100), repartidos a lo largo de las capas y constituyendo el tercio de la industria del nivel. Dado que los microlitos geométricos son elemento característico de la industria de la cueva, hemos creído conveniente desglosarlos en una serie de índices por tipos fundamentales. La presencia de triángulos es mínima (0'7 por 100), puesto que el tipo geométrico dominante es el trapecio, con todas sus variantes, que ocupa el 34'8 por 100. La técnica de microburil también es muy pequeña (2 por 100) y reducida a las capas superiores, pero el ápice triédrico está presente en los microlitos geométricos de las inferiores (fig. 5, núm. 23, y fig. 6, núm. 16).

Resulta muy arriesgado incluir en estos porcentajes a las piezas de las capas XII y XIII de la E II, pues al no poder utilizar todas las piezas del mismo nivel en dicha capa, corremos el riesgo de alterar profundamente las medias industriales. No obstante, su presencia es indicativa y no puede ignorarse. Utilizando otros medios más tradicionales de evaluación global

de las industrias, no por ello menos significativos, resulta que las laminatas con borde abatido, los raspadores y los buriles quizás pudieran aumentar algo en sus porcentajes, aunque sin salirse de una proporción bastante pequeña con relación a los trapecios y muescas o denticulaciones. Igual idea nos hace concluir la consulta de los diarios de excavaciones de las demás campañas. Los triángulos, escasos en Cocina I (0'7 por 100), aparecen igualmente poco representados en la capa XII (fig. 11, núm. 15), y quizás se puedan añadir los triángulos escalenos alargados con el lado pequeño corto de la capa XI (fig. 10, núms. 49-50), que, revistiendo un especial interés, trataremos de ellos posteriormente. Del mismo modo, los triángulos escalenos con un lado cóncavo, tipo únicamente presente en E I, parecen existentes en las capas inferiores de las demás campañas, lo que justifica la inclusión, hecha por Pericot, de los triángulos como piezas típicas de este nivel, pero hemos de concluir que dichos tipos son muy escasos con relación a los trapecios.

En suma, Cocina I se encuentra caracterizada por un utillaje macrolítico, sobre todo por la gran abundancia de muescas y trapecios y una pequeña representación de buriles, laminatas con borde abatido y raspadores, siendo estos últimos los únicos tipos que alcanzan una presencia relativa.

En Cocina II parece asistirse a una disminución de los tipos aparecidos en Cocina I. Los raspadores y los buriles no están representados. Las laminatas con borde abatido y las laminatas con borde abatido tipo Cocina ofrecen respectivamente una proporción despreciable (1'1 por 100). Los únicos tipos que muestran una presencia considerable son las muescas y denticulados y el grupo de los geométricos, respectivamente el 10'8 por ciento y el 30'28 por ciento, porcentajes, sin embargo, inferiores a Cocina I, sobre todo en el grupo de las muescas y denticulados, que ven una disminución de casi los dos tercios.

En la desmembración del grupo de los geométricos se observa la exigua cantidad de los triángulos isósceles o escalenos con sus variantes (2'3 por 100) y de los segmentos de círculo (1 por 100). Por el contrario, los triángulos tipo Cocina y los trapecios ocupan la casi totalidad del grupo, aunque con un mayor porcentaje para los triángulos tipo Cocina (16 por ciento de triángulos y 10 por 100 de trapecios). Es importante señalar que en Cocina II los trapecios ofrecen una proporción considerable.

Algún comentario nos detiene la presencia de las laminatas tipo Cocina y de los segmentos de círculo en las capas correspondientes a Cocina II. Su escasa representación se circunscribe únicamente a la capa VI inmediatamente preneolítica. Es muy extraño que no se encuentren en las capas VII a X, sobre todo en la VIII, que por sí sola libró más del tercio de la totalidad industrial de Cocina II. Este hecho y la constata-

ción de que ambos útiles serán típicos y abundantes en los niveles superiores neolíticos, nos lleva a la consideración de que quizás la capa VI corresponda a un estrato de industrias mixtas en el que se hubieran introducido algunas piezas del estrato neolítico que se define en la capa V.

Pero lo verdaderamente importante de Cocina II es la fortísima representación de la técnica de microburil, que alcanza algo más del 45 por ciento de la industria. El aumento del porcentaje con relación a Cocina I es francamente sorprendente en una industria que no ha supuesto ninguna solución de continuidad con aquélla en lo referente a la evolución tipológica. Resulta claro que la presencia frecuente del ápice triédrico en los microlitos geométricos de Cocina aboga fuertemente por la suposición de que éstos se obtenían mediante la técnica de microburil. Si no fuera porque para la obtención de un trapecio o de un triángulo se necesitan teóricamente dos microburiles, la diferencia porcentual entre los geométricos (30 por 100) y los microburiles (45 por 100) nos llevaría a la consideración de que el microburil tenía un valor intrínseco como instrumento y no como mero desecho de talla. No obstante, aunque estamos convencidos de que el microburil es un paso previo para la formación de los microlitos geométricos epipaleolíticos, aún podría asignársele un valor de útil consciente en tanto que observaciones con lupa binocular lo afirmen o nieguen.

En resumen, en Cocina II se nota una fuerte especialización industrial hacia las formas geométricas: geométricos y microburiles constituyen el 75 por ciento de su industria. Si hemos de suponer a estos microlitos como los sucedáneos de los dientes de arpón magdaleno-azilienses, la actividad de las gentes de Cocina II se vertiría hacia la caza y pesca con armas arrojadas. Los instrumentos de raigambre paleolítica están ausentes o casi ausentes. Las muescas y denticulaciones continúan presentes, pero en disminución con Cocina I, y esta línea decreciente ya no se abandonará en las capas superiores.

En otro orden de elementos, Cocina II asiste en su capa VI, preneolítica, a un curioso fenómeno artístico de plaquetas grabadas con ornamentación geométrica. Dicha capa está separada del resto de las componentes de Cocina II por una de losas caídas, la VII, que, si bien no es estéril, muestra un relativo abandono de la cueva. La totalidad de sus piezas es de 18, frente a las 41 de la capa VI y las 77 de la capa VIII.

Con Cocina III llegamos al nivel neolítico cardial. Paradójicamente, el «pulso paleolítico» que se había perdido en Cocina II, empieza a recobrase. Los raspadores vuelven a hacerse presentes en un porcentaje aún superior al de Cocina I (10 por 100). Las laminitas con borde abatido y las laminitas tipo Cocina ofrecen respectivamente el 5 por ciento, proporción superior a la del nivel precedente, que daba para las laminitas

con borde abatido el 2'9 por ciento. Sin embargo, la forma quizás más «paleolítica» del Epipaleolítico mediterráneo español, y también la menos frecuente en las facies epigravetienses, el buril, no acusa ninguna presencia.

Las muescas y denticulaciones aparecen en número sensiblemente igual a la de Cocina II (10 por 100), equiparándose a los raspadores. Como era de esperar, el utillaje más netamente representado es el de los geométricos, que aquí, con un 43 por ciento, sobrepasa considerablemente a los dos niveles anteriores. Su desmembración ofrece un 15 por ciento de triángulos, un 2'5 por ciento de triángulos tipo Cocina y un cinco por ciento de trapecios. Presentes estos dos últimos tipos, ofrecen no obstante una proporción muy inferior a Cocina II. Los triángulos de tipo Cocina han cedido paso a formas variadas de los triángulos isósceles y escalenos. No se observa ningún triángulo con un lado cóncavo. Junto a ellos, los segmentos de círculo ofrecen una proporción muy considerable, para constituirse en el elemento más representativo de la Cocina neolítica y en los microburiles se nota un fuerte descenso (15 por 100).

En suma, Cocina III parece indicar un fuerte impacto. Por una parte vuelve a recobrase la tradición paleolítica al par que se produce un brusco frenazo, pero no una solución de continuidad, en la evolución lítica de los niveles precedentes: los trapecios y triángulos tipo Cocina se postergan ante la formas de los triángulos isósceles y escalenos y, sobre todo, ante las medias lunas. Pero estos últimos tipos estaban contenidos en la evolución tipológica de los niveles precedentes. Por otra parte, el floreciente episodio artístico se interrumpe totalmente, para quedar quizás como un lejano recuerdo en algunos huesos grabados de La Sarsa (34). Quizás todo ello sea debido a una adaptación a condiciones ecológicas nuevas y a una ulterior segregación frente a los recién llegados, que por entonces se asentaban en la región mediterránea occidental.

Con Cocina IV se asiste a una continuación de las peculiaridades industriales de la precedente. Todos los tipos presentes o ausentes en las capas IV y V siguen perviviendo, aunque en una línea de decrecimiento. Así, el índice de raspadores baja al 4'8 por ciento, los buriles siguen ausentes, las laminitas con borde abatido descienden poco (4'8 por 100), algo menor es el porcentaje de las muescas y denticulaciones (7'3 por 100) y el grupo geométrico desciende casi a la mitad (21'9 por 100). Entre estos últimos los trapecios ofrecen un ligero aumento con relación a Cocina III (7'3 por 100), mientras que las medias lunas, segmentos y trián-

(34) SAN VALERO: "La cueva de La Sarsa (Bocairente, Valencia)". Trabajos Varios del S. I. P., núm. 12. Valencia, 1950, lámina I.

gulos, en proporción descendente, ofrecen un 9'7 y un 4'8 por ciento. Los microburiles se han rarificado (7'3 por 100).

Pero lo verdaderamente importante de este nivel es la asociación de cerámica peinada en las capas II y III, con el retoque en doble bisel de la capa III. Si nos hubiéramos atenido a un puro análisis porcentual de las industrias de Cocina, la exigua proporción de ambos elementos hubiera hecho que los consideráramos como despreciables. Pero bien que pocos, están ahí con toda su significación y en el capítulo IV nos detendremos en la extrema importancia que a ellos atribuimos.

En conclusión, Cocina IV asiste a una presencia de las formas «paleolíticas», como los raspadores y laminillas con borde abatido, aunque en signo descendente, lo que no tiene de extrañar, pues dichos tipos tienen un valor universal a lo largo de toda la prehistoria y se encuentran en yacimientos de cronología tan reciente como los talleres líticos de superficie tarraconenses (35).

Lo más significativo parece ser el empobrecimiento de las formas más especializadas, los geométricos, que, ante las novedades de Cocina III, habían experimentado un resurgimiento, y, junto a ello, la asociación cerámica peinada-doble bisel. Parece ser que estamos ante la última decantación y empobrecimiento de las viejas industrias geométricas, que en este momento tendrían asegurada su supervivencia en otros yacimientos neolíticos y eneolíticos puros, como un préstamo de lo único que podría servir de las antiguas industrias a gentes de estructura cultural radicalmente distinta, préstamo transformado quizás por especialización dentro de una misma función, como parece indicar el aumento de tamaño de los microlitos geométricos de ciertas estaciones neolíticas y eneolíticas.

Podríamos continuar este estudio realizando ahora una interpretación del desarrollo global de los distintos tipos, desde las capas inferiores a las superiores. Pero creemos que ya es hora de poner fin a esta larga y enojosa lista de tantos por cientos, que por otra parte quedan claramente expresados y de fácil consulta en el siguiente cuadro (fig. 12).

Concluiríamos exponiendo la idea de que Cocina II es a Cocina I lo que la IV es a la III. El nivel de los triángulos tipo Cocina supone un empobrecimiento general con relación al de los trapecios y el del retoque en doble bisel representa lo mismo para con Cocina III. Pero en ningún momento se pierde la veta geométrica epipaleolítica pura iniciada en la base de la estratigrafía: los trapecios (con su función de dientes de arpón) y las muescas y denticulaciones (ligadas quizás a la preparación de ástiles), que inauguraron una tipología propia y una actividad vital, perviven con

(35) S. VILASECA: "Las industrias del sílex tarraconenses". C. S. I. C. Instituto Rodrigo Caro. Madrid, 1953.

INDICE DE LOS PRINCIPALES GRUPOS TIPOLOGICOS DE LA CUEVA DE LA COCINA	COCINA IV			COCINA III			COCINA II			COCINA I		
	TOTAL DE PIEZAS = 41			TOTAL DE PIEZAS = 39			TOTAL DE PIEZAS = 175			TOTAL DE PIEZAS = 135		
TIPOS		Nº de piezas	%		Nº de piezas	%		Nº de piezas	%		Nº de piezas	%
Raspadores		2	4'87		4	10'25		0	0'00		6	4'44
Buriles		0	0'00		0	0'00		0	0'00		2	1'48
Laminitas de borde abatido		2	4'87		2	5'12		2	1'14		4	2'96
Laminitas de borde abatido tipo Cocina		0	0'00		2	5'12		2	1'14		0	0'00
Muestras y denticulaciones		3	7'31		4	10'25		19	10'85		40	29'62
Geométricos	Triángulos	2	4'87	6	15'38	5	2'85	1	0'74			
	Triángulos tipo Cocina	0	0'00	1	2'56	28	16'00	0	0'00			
	Trapezios	3	7'31	2	5'12	18	10'28	47	34'81			
	Medias lunas y segmentos	4	9'75	8	20'51	2	1'14	0	0'00			
	<i>Total geométricos</i>		9	21'95	17	43'58	53	30'28	48	35'55		
Técnica de microburil		3	7'31	6	15'38	81	46'28	3	2'22			
Otros tipos		22	53'66	4	10'25	18	10'28	32	23'70			
Doble bisel		1	2'43	0	0'00	0	0'00	0	0'00			

Fig. 12. — Indices de los grupos tipológicos de Cocina, salvo el de doble bisel, índice técnico. Los porcentajes de Cocina IV y III son puramente indicativos.

tipología idéntica a través de todas las capas en un signo constante de empobrecimiento, que quizás venga a indicarnos la decantación del primitivo régimen de vida epipaleolítico.

Por tanto, en Cocina asistimos a un curioso y elocuente desarrollo industrial, reflejo de los momentos cronológicos y culturales que atravesó. ¡Cuánto hubiéramos deseado poder haber utilizado datos de polen, fauna, etcétera, que nos hubieran permitido sobrepasar el estrecho cauce cultural de los análisis tipológico-industriales, para no caer en lo que Pericot, haciéndose eco de los prehistoriadores rusos, denomina «reliquiología»! (36).

B) EL DESARROLLO TECNICO-TIPOLOGICO

Estamos firmemente convencidos de que este desarrollo se realiza en Cocina, sobre la base de la técnica de microburil, a partir de sucesivas evoluciones que tienen como tipo directriz al trapecio, marcando una serie de pautas tanto tipológicas como cronológicas. A este respecto tenemos elaborado y en vías de perfeccionamiento un cuadro sinóptico, a la vez tipológico y cronológico, del desarrollo de los microlitos geométricos que en su día daremos a conocer.

Podemos anticipar aquí que todo parece operarse por reducción paulatina o retoque de la base pequeña de los trapecios. Así, la disminución progresiva de la base pequeña en los trapecios con dos lados cóncavos hasta su supresión, creará el triángulo tipo Cocina. La continuación del mismo proceso en estos triángulos, llevará a la cada vez más aumentada supresión del pedicelo, para finalizar ya en las laminitas con borde abatido tipo Cocina que lo conservan en mínima presencia, ya en los segmentos de círculo. Junto a ello, el retoque de la base pequeña en los trapecios isósceles, y aun más si tienen un lado convexo, finalizará en la media luna.

De ser cierta nuestra impresión, resalta a la vista la estrecha concatenación del desarrollo tipológico a partir de una forma primaria y nos parece el resultado de un proceso psicológico simple y elemental. La presencia de todos los nuevos microlitos que van apareciendo en las capas superiores, escalona, a nuestro juicio, el proceso y lo autentifica.

La primera conclusión que habría de deducirse de ello son una serie de consideraciones acerca de la importación o desarrollo in situ de los tipos industriales, que por ahora preferimos aplazar.

Unas pautas similares en el desarrollo geométrico ha expuesto Roche

(36) L. PERICOT: "Grandeza y miseria de la Prehistoria". Discurso leído en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona el 14-XV-1948. Barcelona, 1948, pág. 30.

para las industrias de Muge en lo referente a los triángulos y triángulos alargados tipo Muge y a los segmentos de círculo (37), y, según Parent también afecta a los triángulos de Fére y Chateauneuf (38), lo que niega, en líneas generales, que dicho desarrollo sea privativo de la Península (39), aunque es bien cierto que en Muge y Cocina es donde está mejor representado, y más que por estrechas relaciones de unos yacimientos con otros, abogaría por la simplicidad del proceso psicológico que afecta al microlitismo geométrico del Epipaleolítico y que trasluce unos rudimentos, seguramente intuitivos de una percepción geométrica.

Pero quede todo lo anterior como una mera hipótesis que, sin perjuicio de modificación y ulterior ampliación, desarrollaremos en nuestra tesis doctoral.

Hasta aquí, y aun a riesgo de parecer excesivamente prolijos, hemos procurado tratar con detenimiento el componente industrial de La Cocina, para que sus peculiaridades quedaran establecidas lo mejor posible. A continuación trataremos de situar los cuatro niveles dentro de una cronología relativa, y expondremos su importancia directriz para el Epipaleolítico mediterráneo español, facies geométricas. Pero, estando en curso de elaboración nuestra tesis sobre el mismo problema, ha de excusársenos que no nos detengamos en exceso sobre los múltiples problemas y matizaciones que ahora trataremos, pero sí vamos a procurar ser claros y precisos en las conclusiones.

(37) J. ROCHE: "Observations sur la stratigraphie et la chronologie des amas coquilliers mésolithiques de Muge (Portugal)". Bulletin de la Société Préhistorique Française, LXII. Paris, 1965, págs. 130-138.

(38) R. PARENT: "Le gisement tardénoisien de l'Allée Tortue à Fére-en-Tardenois (Aisne)". Bulletin de la Société Préhistorique Française, LXIV. Paris, 1967, págs. 187-208.

(39) J. ROCHE: "Le gisement mésolithique de Moita de Sebastiao (Muge, Portugal). Archeologie". Instituto de Alta Cultura. Lisboa, 1960, pág. 69.

LA CRONOLOGIA RELATIVA DE LA COCINA

Nuestro propósito lo intentaremos a través de una comparación con industrias geométricas de otras áreas, que en principio pertenecen a la misma facies industrial, sin que las similitudes tengan que implicar necesariamente una estrecha relación cronológica. Seguidamente trataremos en lo posible de establecer una serie de fósiles directores sacados de los datos que ofrece la misma cueva y otros yacimientos vecinos para fijar la cronología relativa de los cuatro niveles.

A) COMPARACIONES CON OTRAS INDUSTRIAS

Las industrias capsienes

En general el Epipaleolítico norteafricano se encuentra caracterizado por los siguientes rasgos (40):

1.—Desaparición casi total de la técnica musteriense sobre núcleos discoidales y de la técnica levallois de lascas.

2.—Generalización de la técnica sobre núcleos piramidales con dos planos de lascado, técnica presente, pero poco frecuente en el Musteriense y el Ateriense.

(40) TIXIER, op. cit. nota 4, págs. 20-21.

- 3.—Desarrollo de la técnica de láminas y laminitas, muy escasas en el Musteriense y Ateriense.
- 4.—Desaparición de los pedúnculos y bifaces.
- 5.—Descenso del porcentaje de raederas.
- 6.—Aparición y empleo frecuente del retoque abrupto.
- 7.—Aparición de nuevas formas:
 - Láminas y laminitas de borde rebajado.
 - Buriles diversos.
 - Microlitos geométricos.
- 8.—Aparición de la técnica del microburil y desarrollo de la del burilado.
- 9.—Microlitización considerable del utillaje para las industrias ibero-mauritánicas.

Junto a ello, toda industria epipaleolítica africana se caracterizará por la ausencia de los siguientes elementos:

- 1.—Trapeacios con retoque invasor que aparecerán después, derivados de los trapeacios del Capsiense superior.
- 2.—Cuchillos y raederas de retoque bifacial.
- 3.—Puntas de flecha de filo transversal y retoque invasor.
- 4.—Puntas de flecha (con o sin pedúnculo) y piezas foliáceas de retoque bifacial.
- 5.—Pulimento.

Expuesto así, ya se observa que algunos de sus rasgos definitorios no tienen posible cabida en el Epipaleolítico mediterráneo español, pero la mayoría de ellos sí ofrecen similitudes, aunque, desde luego, desde un punto de vista general.

En 1909 no existían conocimientos tan precisos del Epipaleolítico, pero sí las suficientes ideas como para permitir la creación de los términos Iberomauritánico (41) y Capsiense (42). La suma global de sus características más peculiares, unido a los vagos datos que Siret había ido hilvanando en sus exploraciones del sureste español, hicieron que, poco a poco, se fuera abriendo paso la idea de una relación entre España y el Norte de Africa (43), incluso como paso hacia el Tardenoiense, cuyo más fiel pos-

(41) P. PALLARY: "Note sur un gisement paléolithique de la province d'Oran". Bulletin Archeologique du Comité des Travaux historiques et scientifiques. 1909, páginas 341-342.

(42) J. de MORGAN: "Les premières civilisations". París, 1909, págs. 135-136.

(43) PALLARY se basó en los datos aportados por Siret (op. cit. nota 17, obra primera) para ver una relación entre España y Africa. De ahí el término Iberomauritánico. BOSCH GIMPERA y OBERMAIER fueron los primeros en realizar una síntesis estructurada del problema. Para el primero, las similitudes existentes entre los microlitos geométricos del mediodía peninsular y norteafricanos, le hicieron suponer que el origen de tales piezas tenía que estar en el norte de Africa. Tras haber cruzado el estrecho los

tuante era el mismo desdichado término de Iberomauritánico. Justo es reconocer que el mismo Siret nunca estuvo muy inclinado a aceptar una posible relación africana.

En la actualidad se conoce bastante bien al Capsiense y conviene que veamos su posible relación con Cocina desde un punto de vista porcentual referido a los tipos fundamentales y definitorios.

Naturalmente Cocina IV y III, con la presencia de cerámica tipificada, nos aparta de toda la posible correlación, que intentaremos buscar en los dos niveles inferiores. Nos ha parecido lógico comparar a Cocina I con el Capsiense típico y a Cocina I y II preneolítica con el Capsiense superior, igualmente preneolítico.

El Capsiense típico es una cultura fundamentalmente laminar, al igual que las que componen el Epipaleolítico peninsular, que, según Balout, encuentra una de sus mejores representaciones en el yacimiento de El Meckta (gran trinchera). Aquí, utilizando Balout los inventarios de Gobert (44), la ha podido definir de la siguiente manera:

Raspadores (6 por 100) (entre los que predominan los raspadores largos con bordes frecuentemente retocados sobre los raspadores cortos).

Abundancia de láminas con borde abatido, muchas de ellas de gran tamaño (28'5 por 100).

Abundancia de laminitas con borde abatido (33 por 100) que pueden suponer 1/4 o 1/3 del utillaje.

Buriles de ángulo que en El Meckta ofrecen una proporción modesta (18 por 100), predominando entre ellos los grandes buriles sobre fractura retocada (45).

pueblos capsienes colonizarían el sur de España y fueron extendiendo hacia el norte la fabricación de los microlitos geométricos.

Cf. por ejemplo P. BOSCH GIMPERA: "La prehistoria africana y el origen de los pueblos camitas". Anuario de Prehistoria Madrileña, I. Madrid, 1930, págs. 11-28.

P. BOSCH GIMPERA: "Etnología de la Península Ibérica". Barcelona, 1932.

OBERMAIER, con la creación del término Capso-tardenoisense, expresaba claramente su postura africanista, luego muy matizada.

Cf. H. OBERMAIER: "El hombre fósil". Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Memoria núm. 9. Madrid, 1925.

H. OBERMAIER: "Das Capsien-problem im westlichen Mittelmeergebiet". Germania, XVIII. Berlín, 1934, págs. 165-173.

H. OBERMAIER: "Estudios prehistóricos en la provincia de Granada". Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, Homenaje a Mérida, I. Madrid, 1934, págs. 255-273.

(44) L. BALOUT: "Prehistoire de l'Afrique du Nord". París, 1955, págs. 407-408, según los inventarios de E. G. GOBERT: "El Mekta, Station princeps du Capsien". Karthago, III. París, 1951/52, págs. 1-79.

(45) TIXIER, op. cit. nota 4, pág. 42. El índice de buril en general es superior a 30 en el Capsiense típico para ir decreciendo hasta o a lo largo de la evolución capsiese.

J. TIXIER: "Procédés d'analyse et questions de terminologie concernant l'étude des ensembles industriels du Paléolithique récent et de l'Epipaleolithique dans l'Afrique du Nord-Ouest". Background to Evolution in Africa. Wenner-Green Foundation. Chicago, 1967, págs. 771-820.

Otros buriles (0'7 por 100).

Microburiles (8 por 100).

Grandes láminas estranguladas (0'35 por 100), que, aunque típicas, se muestran escasas.

De tal resumen resalta que lo más importante y definitorio del Capsiense típico es la gran abundancia de láminas y laminitas con borde abatido y de los buriles, junto a la parca representación de geométricos, que, lejos de ser un elemento extraño, forman parte del Capsiense típico. Cocina I ofrece justamente lo contrario en los porcentajes de sus 135 piezas. Aquí las láminas con borde abatido (46) apenas alcanzan el 1 por ciento, la laminitas el 2'9 por ciento y los buriles el 4 por ciento, como ya hemos indicado. Pero, junto a esto, las muescas y microlitos geométricos, con sus elevadas proporciones en Cocina, vienen a obstaculizar toda posible comparación con El Meckta (47).

Parece ser que Cocina y El Meckta se oponen mutuamente. Lo que en un yacimiento es importante en el otro no lo es, negando así cualquier tipo de relación filética. Pero no sólo expresan esta conclusión los índices de frecuencia de su industria, sino también su pura apariencia externa. Personalmente hemos podido estudiar en mano varias colecciones completas del Capsiense típico, y no podemos establecer ningún paralelismo. Basta por otra parte comparar las figuras que ofrecemos aquí con las de las diversas series Capsienses (48).

En cuanto al Capsiense superior, parece ser que en general esta industria se halla caracterizada de una parte por la disminución en tamaño y cantidad de las láminas de borde abatido y de los buriles laterales, y de otra por el acrecentamiento y diversificación de los microlitos geométricos, fundamentalmente los trapecios. Pero no todo resulta tan claro, pues parece ser que se pueden establecer una serie de facies según que en unos yacimientos se note una presencia importante del utillaje grande, mientras que otros parecen ser puramente microlíticos o con caracteres iberomau-

(46) Cf. supra inventario de la cata E I y la fig. 12.

(47) Sin embargo, TIXIER ha publicado recientemente estadísticas y gráficas de El Meckta. Los materiales proceden de un lugar próximo a la "gran trinchera" de GOBERT y sus porcentajes son diferentes de los publicados por BALOUT. En este trabajo TIXIER identifica una facies especial del Capsiense típico, que él denomina Capsiense de Bortal Fakher, representado por Ain Zannouch, Ain Sedes, Bortal Fakher y Relilai, que se aparta del Capsiense típico de Redeyef y El Meckta "bas". Según este autor ambas facies no se oponen "pues si las frecuencias son netamente diferentes, ellas interesan a los mismos tipos de útiles". Sobre estos nuevos porcentajes, debidamente actualizados por la sólida experiencia tipológica de TIXIER, volveremos en nuestro futuro trabajo. Podemos anticipar aquí que aún con más claridad vienen a negar la relación Cocina-Capsiense típico.

Cf. J. TIXIER: "Notes sur le Capsien typique", en *La Préhistoire, problèmes et tendances*. Centre National de la Recherche Scientifique. París, 1968, págs. 439-451.

(48) R. VAUFREY: "Préhistoire de l'Afrique, tome I. Le Maghreb". Institut des Hautes Etudes de Tunis, vol. IV. París, 1955.

ritánicos. Tan diversidad de facies parece ser, según Balout (49), el resultado de una colonización lenta con todas las mutaciones que importa el ir alejándose de la célula inicial y la adaptación a los nuevos géneros de vida con los que se entra en contacto.

Todo ello queda suficientemente expresado en el cuadro recogido por dicho autor:

	El Meckta %	Sidi Mansour % aprox.	Ain Khanga % aprox.
Grandes láminas con borde abatido	2'64	0'3	2
Buriles de ángulo	6'45	1'5	4
Laminillas borde abatido	25'74	21	28
Láminas con muesca	23'67	6	3'5
Escalenos	4'83	6'5	15
Trapecios	4'09	16'5	3
Microburiles	11'09	28	10

En él se aprecia que el utillaje de proporciones gruesas, casi ausente en Sidi Mansour, subsiste en El Meckta y Ain Khanga. Las laminillas con borde abatido dan la nota característica de los tres yacimientos, pero los microlitos geométricos acusan fuertes variaciones. En proporción similar con el Meckta, los trapecios son abundantes en Sidi Mansour, con detrimento de los triángulos, y todo lo contrario ocurre en Ain Khanga.

Expuesto ya que el yacimiento valenciano no tiene posible relación con el Capsiense típico, desde un punto de vista «Capsiense» parece ser que los materiales de los dos niveles inferiores de Cocina sí podrían tener un mayor parentesco con el Capsiense superior. Son elementos inherentes a éste: los microlitos geométricos de líneas curvas, los raspadores sobre lámina estrangulada y la proporción considerable de muescas y denticulaciones. El primero y el último de estos tipos constituyen el utillaje dominante de Cocina y los raspadores estrangulados, si bien no abundantes, existen (fig. 8, núm. 24, fig. 11, núm. 9), aunque su tipología deje que desear con relación a los Capsienses. Por todo ello, parece lógico que unamos a Cocina I y II en un solo nivel y veamos la viabilidad de sus comparaciones con el Capsiense superior. Los índices quedan transformados de la siguiente manera:

Cocina I y II

Raspadores (6 ejemplares)	1'93 %
Buriles (2 piezas)	0'64 %
Laminillas de borde abatido (8 ejemplares)	2'58 %
Muecas y denticulados (59 piezas)	19'02 %

(49) BALOUT, op. cit. nota 44, págs. 403-408.

Geométricos (101 piezas en total):	
Triángulos (6 piezas)	1'93 %
Triángulos tipo Cocina (28)	9'03 %
Trapeacios (65 ejemplares)	20'96 %
Medias lunas (2 piezas dudosas)	0'64 %
	32'57 %
Técnica de microburil (84 piezas)	27'09 %

(Se han tomado en consideración sólo los 260 ejemplares pertenecientes a los mencionados tipos, dejando fuera de este cuadro las 50 piezas de otros, que representan el 16'12 %.)

Si comparamos estos porcentajes con los expuestos para los tres yacimientos africanos, que resumen las variantes principales del Capsiense superior, resalta que los buriles son de dos y medio a diez veces más abundantes, mientras que los microlitos geométricos son siempre más abundantes en Cocina, incluso en comparación con Sidi Mansour, donde llegan al 23 por ciento. Pero lo más importante es la abundancia de laminitas con borde abatido en los tres yacimientos Capsienses frente a su mínima representación en Cocina, cosa que no deja de ser significativa, por tratarse de uno de los tipos más banales, de uso más continuado y de larga tradición, al menos en Europa.

Ya hemos señalado que en Sidi Mansour predominan los trapeacios y en Ain Khanga los triángulos. Sobre esta base quizás sea posible establecer una comparación entre el primero y Cocina I, y el segundo y Cocina II, Aun así, frente al 23 por ciento de geométricos de Sidi Mansour, se opone el 35 por ciento de Cocina, su enorme superioridad en las muescas y lo exiguo de su técnica de microburil. Algo parecido ocurre con Ain Khanga: dieciocho por ciento de geométricos frente al 30 por ciento de Cocina II, y la fuerte superioridad de las muescas y microburiles del segundo nivel del yacimiento valenciano.

Junto a estos datos, cabría señalar la no existencia en Cocina de las piezas más típicas del Capsiense superior, entre las que cabría señalar a los raspadores sobre láminas con borde abatido, las piezas con fractura retocada y base ojival retocada, la gruesa pieza con muescas o denticulaciones, etc. (50), constatación que sin lugar a dudas hemos podido exten-

(50) TIXIER, op. cit. nota 4, págs. 59-61, 63 y 127. Sin embargo, no deja de ser curiosa la convergencia en la estructura tipológica elemental que Cocina I ofrece con una de las facies del Capsiense superior, en concreto la representada por Medjez II superior. Pero un análisis más fino y otras consideraciones de orden cronológico-estratigráfico impiden ir más allá de la consideración de una curiosa, y relativa, convergencia a nivel básico. Sobre ello volvemos en el futuro. Cfr. G. CAMPS: "Le Capsien supérieur. Etat de la question". La Préhistoire, problèmes et tendances. Centre de la Recherche Scientifique. Paris, 1968, págs. 87-103.

der a los demás yacimientos peninsulares de la misma facies, junto con la ausencia en ellos de las formas de los escalenos-perforadores, típicos de la fase preneolítica del Capsiense superior.

No obstante, la antítesis Capsiense típico-Cocina no aparece ahora reflejada con trazos tan potentes, pero en el estado actual de nuestros conocimientos las posibles similitudes no aportarían base rigurosa para afirmarse por una posible relación entre la Península y el Norte de Africa, haciendo caso omiso de las diferencias, máxime cuando éstas son tipológica y porcentualmente muy superiores a los parecidos.

Por consiguiente, hemos de concluir en que el Capsiense, civilización continental e interior sin ligazón con la costa, no jugó ningún papel importante en la caracterización industrial de la facies geométricas del Epipaleolítico peninsular, y las similitudes habrían de quedar como fenómenos de convergencia entre facies industriales con un parecido grado de adaptación al medio postcuaternario. Con ello aducimos una prueba más a las hipótesis de los prehistoriadores franceses sobre la negación de un contacto fecundo entre Africa y la Península (51), que aun prescindiendo de los inconvenientes industriales que hemos señalado, tendría como apoyo la dificultad de establecer una navegación anterior al Neolítico (52). En esta línea se sitúa también Jordá (53).

Las industrias tardenoisienses

Frecuentemente se ha considerado a algunos de los yacimientos del Mediodía y Levante peninsular como etapas del Capsiense hacia el Tardenoisiense. Tal parece ser la opinión de Pericot (54) e hipótesis más ambiciosas situaban el punto de origen en Sebil (55). Obermaier, con la creación del término Capso-tardenoisiense era suficientemente explícito en este sentido, al igual que Pallary lo había sido con su Iberomauritánico.

El problema del Tardenoisiense sigue siendo en la actualidad enormemente complejo. La primera dificultad que se ofrece es precisar qué se entiende por tal término. Para Barrière sería una industria fundamental-

(51) R. VAUFREY, recensión a OBERMAIER (op. cit. nota 43, 2.^a obra) en *L'Anthropologie*, XLV, 1935, pág. 138-140.

BALOUT, op. cit. nota 44, págs. 414-448.

(52) L. BALOUT: "Rémarques sur l'extension géographique de certaines civilisations préhistoriques du Maghreb". I Congreso Arqueológico del Marruecos español (Tetuán, 1953). Tetuán, 1954, págs. 67-74.

(53) F. JORDA: "Anotaciones a los problemas del Epigravetiense Español". *Speleón*, VI, núm. 4. Oviedo, 1956, págs. 349-361.

(54) PERICOT, op. cit. nota 12, pág. 28. *Ibidem*, cf. nota 43.

(55) E. VIGNARD: "Les stations et industries sébiliennes du Burg-el-Makkasin". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LII. París, 1955, págs. 437-452.

E. VIGNARD: "Sur les civilisations tardenoisiennes en Europe Occidentale". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LII. París, 1955, págs. 207-209.

mente de microlitos geométricos, postpaleolítica, del occidente europeo. Por el contrario, Escalón, queriendo precisar las facies tardenoides del Mediodía francés, pretende arrinconarlo a sus yacimientos clásicos de Fère-en-Tardenois, que datan del 3000 antes de Cristo (56) y parecen venir de Bélgica (57). Sin embargo, esto no parece tan claro y en su día nos detendremos en ciertas consideraciones cronológicas sobre el Tardenoisense.

El segundo problema reside en que no hay un Tardenoisense, sino varios. A nosotros nos interesan fundamentalmente tres de ellos: el clásico de Fère-en-Tardenois y, en general el de L'Île de France, el de la región del Périgord y extensiones hacia el sur, los yacimientos clásicos y estratificados de Sauveterre-la-Lémance y el grupo meridional.

Barrière ha sintetizado la cronología tradicional de Coulonges (58) en cuatro etapas de desarrollo, que en sucesión cronológica son las siguientes: Pretardenoisense (Sauvetterriense), Tardenoisense puro, antiguo y evolucionado (Tardenoisense I y II de Coulonges), Post-Tardenoisenses (Tardenoisense III) y tradición Tardenoisense (59), que en otra ocasión resumiremos y comentaremos.

Tal y como este autor expone la evolución del Tardenoisense, ofrece analogías con las industrias de Cocina. Parece ser que de abajo a arriba se opera una disminución del utillaje de facies paleolítica, diametralmente opuesto al de la misma facies, pero más «gravetiense», del Capsiense, utillaje Tardenoisense que se puede relacionar formalmente con el de Cocina. Al par se va notando un paulatino aumento de los microlitos geométricos trapezoidales en detrimento de las formas triangulares sauveterroides. En líneas generales, ésa parece ser la evolución de Cocina, aunque no de suficiente base para establecer la ecuación Cocina-Tardenoisense.

Puesto que existen diferentes facies en las industrias tardenoisenses, conviene que lo analicemos regionalmente, según los yacimientos que más nos interesan. Los de L'Île de France tienen como gran inconveniente los de las estaciones de superficie. Barrière los sitúa en su Post-Tardenoisense. Es difícil que todos los materiales sean de cronología tan reciente, pero en L'Île de France parece haber una auténtica especialización hacia las puntas de Tardenois, de Sonchamp, de la Vieille y triángulos escalenos,

(56) J. HINOUT: "Gisements tardenoisens de l'Aisne". Gallia Préhistoire, VII. Paris, 1965, págs. 65-106.

(57) M. ESCALON DE FONTON: "Du Paléolithique supérieur au Mésolithique dans le Midi Méditerranéen". Bulletin de la Société Préhistorique Française, LXIII. Paris, 1966, pág. 166.

(58) L. COULONGES: "Les gisements préhistoriques de Sauveterre-la-Lémance (Lot-et-Garonne)". Archives de l'Institut de Paleontologie Humaine, memoria 14. Paris, 1935, pág. 55.

(59) C. BARRIERE: "Les civilisations tardenoisennes en Europe Occidentale". Bourdeaux, 1956, pág. 124.

que, junto a la presencia de puntas de flecha de pedúnculo y alétas, nos apartan a estos yacimientos de Cocina I y II.

En la región del Périgord y extensiones nos encontramos con los yacimientos estratificados que, aparte de su interés intrínseco, ofrecen el de que a partir de ellos Barrière hace arrancar la corriente del «Tardenoisense puro» de la Cocina. Se funda en que sus caracteres de base son los mismos de Martinet y en la presencia dentro del Sauveterriense del Martinet de un triángulo escaleno y un trapecio con los bordes cóncavos formando un pediceno lateral (60). Estando estos tipos individualizados en la base de Cocina y Amoreira, dicho autor concluye que el «Sauveterriense tipo Martinet es el punto de partida de la corriente de influencias que sigue a través de la cueva de la Cocina hasta los concheros de Muge» (61). Quizás pueda ser un tanto arriesgado hacer arrancar de Martinet el geometrismo peninsular contando sólo con dos piezas, máxime cuando en Cocina el geometrismo aparece abundante y formado como proveniente de un yacimiento en el que este fenómeno estuviera ya completamente logrado. Más importancia a este respecto ofrecen el Tardenoisense puro de Sauveterre y de Cuzoul, pero aquí vemos una especialización hacia las puntas de Vielle, de recurrencia basal y de Tardenois o de Fère, que aunque presentes las dos primeras en Cocina, no son su elemento característico. Aparte de que en Cocina no tenemos puntas de Tardenois ni la abundancia de laminitas con borde abatido de estos yacimientos franceses (62). Además ninguno de ellos ofrece una secuencia de triángulos tipo Cocina y, según vio Pericot, su evolución es distinta y conduce a un Tardenoisense que no es paralelo de Cocina (63). Pero aunque sea a través de otro hilo argumental, la idea de Barrière puede ser verosímil y sobre ello volveremos.

Recientemente Cauvin (64) ha estudiado los yacimientos de Le Martinet, Cuzoul, Borie del Rey, Le Peyrat, Le Betey, Rouffignac y Bloudou poniendo de manifiesto la rareza de los verdaderos geométricos en estos yacimientos Tardenoisenses, lo que contrasta con Cocina. Dado su interés, en el futuro volveremos sobre ello.

(60) COULONGES, op. cit. nota 58, fig. 8.

(61) BARRIERE, op. cit. nota 59, pág. 159.

(62) COULONGES, op. cit. nota 58, págs. 17-24, figs. 11-13.

R. LACAM, A. NIEDERLENDER et H. VALLOIS: "Le gisement Mesolithique du Cuzoul de Gramat". Archives de l'Institut de Paleontologie Humaine, memoire 21. Paris, 1944, págs. 18-31, figs. 10-23.

(63) PERICOT, op. cit. nota 12, pág. 30.

(64) M. C. CAUVIN: "Les industries post-glaciaires du Périgord jusqu'au début de l'Age du Bronze". Tesis doctoral defendida en 1967 que conocemos a través de la reseña sin firma en Bulletin de la Société Préhistorique Française, LXVI. Comptes rendus des séances mensuelles, núm. 3. Paris, 1969, pág. 69.

Finalmente nos queda por estudiar el Tardenoiense del Mediodía francés, cuidadosamente interpretado por Escalón de Fontón. Este autor ha podido determinar una industria epipaleolítica, el Montadiense, de posibles raíces mustero-levalloisienses, que por influencia del Sauveterriense y del Romaneliense va adquiriendo de más en más los microlitos geométricos (Ponateau) para desembocar en el Castelnoviense, industria muy opuesta al Tardenoiense según las razones que de Escalón ya hemos aducido. Junto a esta evolución, en regiones más al interior (Montclus) se realiza el paso desde un Sauveterriense al Castelnoviense a través de un Episauverriense de transición en las capas XV y XVI de este yacimiento.

El Castelnoviense se encuentra caracterizado, al contrario que el Tardenoiense de Tardenois, por la débil proporción de las láminas y laminillas de borde abatido, la ausencia de puntas de Tardenois y puntas de Sauveterre y la abundancia de trapecios con retoque cóncavo (65).

Dos de estos caracteres la abundancia de trapecios con retoque cóncavo y la escasez de las laminillas con borde abatido nos aproximan el Castelnoviense a Cocina I. Con objeto de precisar mejor estas afinidades hemos sacado los porcentajes del Castelnoviense de las capas F 8, C 8, F 7 y C 7 de Chateauneuf. Para ello nos hemos servido de los inventarios que Escalón ofrece en el artículo antes citado, restando las láminas y laminillas sin retocar al total de las piezas. Indudablemente las proporciones de las laminillas con borde abatido guardan estrecha relación con Cocina I, los buriles (3'3 %, en F 8) son ligeramente superiores aunque en C 8 sobrepasan francamente a Cocina I. Los geométricos son, por el contrario, mucho más abundantes en Cocina, pues en Chateauneuf sólo llegan a un 15'6 %, en C 8, igualmente ocurre con las muescas y el trazo que resalta más las diferencias son los raspadores, enormemente superiores en Chateauneuf con un 25 % aproximadamente salvo en C 8, donde descienten algo.

Todo lo que antecede pone de manifiesto dos conclusiones en cierto modo antitéticas. De una parte que las industrias geométricas de Cocina son de facies Tardenoide pese a las diferencias que un ajustado análisis puede patentizar. Pero son muchas las similitudes y sería ingenuo querer buscar el preciso foco difusor, el Sebil de Cocina. De otra parte, la gran singularidad de la evolución industrial cocinense que hace que no podamos encontrarle paralelo ajustado en las facies tardenoienses. De tal forma esto es así, que si el geometrismo de Cocina no fue invento

(65) M. ESCALON DE FONTON et H. LUMLEY: "Les industries à microlithes géométriques". Bulletin de la Société Préhistorique Française, LIV. Paris, 1957, páginas 170-172.

propio, y en la cueva aparece ya formado y nosotros no conocemos ninguna industria paleolítica o epipaleolítica mediterránea peninsular con una marcada tendencia geométrica (66), la respuesta a la interrogante acerca de dónde pudieron llegar sus microlitos geométricos la tiene que dar la base de la estratigrafía. Precisamente aquí la E I se mostró muy parca en hallazgos, pero en la base de E II hemos anotado la presencia de los triángulos escalenos alargados con el lado pequeño corto, piezas tipificadas que no pueden dejar de llamar la atención, y que no aparecen en Cocina II a IV (fig. 10 núm. 19-49 y 50). Tales triángulos son un elemento constante y definitorio del Sauveterriense de Martinet y Cuzoul, y del Tardenoiense puro antiguo de los mismos yacimientos (67). Pero también son piezas peculiares del Sauveterriense de Montclus capas 32 a 17 y de su industria de transición al Castelnoviense, capas 16 a 15 (68). Esto nos lleva a considerar seriamente la posibilidad de industrias Sauveterroides en las capas inferiores de Cocina, las más pobres en industrias y menos «geométricas». Pero la respuesta a este punto sólo la puede dar una nueva excavación con más fortuna en la densidad de piezas.

No obstante, si pudiéramos concluir que Cocina ve llegar el geometrismo ambiguamente ligado a un Sauveterriense o a una tradición Sauveterriense. Pero inmediatamente Cocina inicia su curso peculiar que ya no ha de abandonar hasta el final. El Tardenoiense I de Cuzoul se aparta de ella y aún más el de Martinet que continuará en una línea distinta. Pero las características de los microlitos geométricos del Episauveterriense de Montclus y del Castelnoviense, con su finalización en el triángulo de Chateauneuf por reducción de la base pequeña, guarda, siquiera desde el punto de vista más general en cuanto a la evolución industrial, un cierto y lejano parentesco con Cocina. En definitiva, parece ser que las industrias tardenoides de Cocina son mucho más mediterráneas que con-

(66) La presencia indicativa de escalenos en el Magdaleniense IV del Parpalló y en varios yacimientos más de área mediterránea peninsular no suponen un potente desarrollo geométrico, máxime cuando entre estos y los epipaleolíticos, que luego denominaremos cocinenses, existe el verdadero hiatus geométrico del Epigravetiense inicial. No obstante, los nuevos descubrimientos de Bordes hacen mucho más explicable la vieja teoría de que el geometrismo nació en el Paleolítico Superior europeo, teoría que se había defecado antes con buena intención, pero argumentos demasiado generalizadores conceptual, y cronológicamente. Pero probablemente el Mediterráneo español no jugó sino un papel receptor del geometrismo. Cfr. F. BORDES et P. FITTE: "Microlithes du Magdalenién Supérieur de la Gare de Couze (Dordogne)". *Miscelánea Breuil*, I. Barcelona, 1964, páginas 259-267. J. M. BARANDIARAN et D. SONNEVILLE-BORDES: "Magdalenién final et azilien d'Urriaga (Guipúzcoa): étude statistique". *Miscelánea Breuil*, I. Barcelona, 1964, págs. 163-171.

(67) COULONGES, op. cit. nota 58, figs. 4 y 8. LACAM, et alii, op. cit. nota 62, figs. 4, 5, 10 y 16. Es particularmente interesante la presencia del mismo tipo en el Magdaleniense de Martinet, fig. 4, dato a unir con los de Gare du Couze.

(68) ESCALON, op. cit. nota 57, fig. 68.

tinenciales. Nada más, pues en el estado actual de nuestros conocimientos no es posible asignar ninguna facies montadiense al epipeleolítico peninsular.

Los concheros de Muge

No vamos a entrar aquí a detallar las particularidades de los yacimientos de los alrededores de Muge. El paralelismo que pueden ofrecer con Cocina es particularmente interesante por cuanto que el carácter dominante de los trapecios en Moita do Sebastiao puede corresponderse con Cocina I y el de los triángulos de Amoreira con Cocina II. Y ello es más interesante puesto que los concheros portugueses tienen cronología absoluta de C-14.

Como no era de extrañar la similitud de la industria de Moita con Cocina I es considerable. En el siguiente cuadro creemos que queda suficientemente claro (69):

	Moita %	Cocina I %
Raspadores	0'64	4'44
Buriles	0'40	1'48
Laminillas con borde abatido ...	1'20	2'96
Muecas y denticulaciones	26'26	29'62
Geométricos	25'08	35'55
Triángulos... ..	0'81	0'74
Trapecios... ..	25'08	34'81
Segmentos... ..	0'—	0'—
Microburiles	10'88	2'22

Hay que reconocer que entre ambos yacimientos no hay absoluta identidad, que por otra parte sería difícil dada su distancia geográfica de más de 700 kilómetros, pero es de todas las industrias que hemos pasado revista la que más estrecha relación guarda con Cocina. En primer lugar resalta que el yacimiento valenciano muestra una abundancia algo mayor en todos los tipos salvo en los triángulos, donde es igual, y en los microburiles donde es francamente menor. Pero ya hemos dicho que los microlitos de Cocina I mostraban en algunos casos el ápice triédrico delatando la técnica de microburil. En segundo lugar hay que destacar la estrecha proporción que ambos yacimientos guardan entre sí. No hay

(69) Los porcentajes de Moita de Sebastiao y Cabeço de Amoreira se han sacado de J. ROCHE: "Balance de un siglo de excavaciones en los concheros de Muge". Ampurias, XXVIII. Barcelona, 1966, págs. 13-48.

piezas que aparezcan en un yacimiento y en otro no, como ocurría entre Cocina y el Tardenoisiense-Capsiense, y entre los mismos tipos de ambas estaciones no existen la fuerte diferencia que ya vimos en la comparación con otras. Todo ello debe de ser el exponente de una relación filética entre facies industriales que responden a las mismas necesidades y cuyas variantes o diferencia pueden abogar por la lejanía del foco difusor y ulteriores grados de adaptación al medio.

Por el contrario el paralelismo entre Amoreira y Cocina II podría establecerse al nivel de la capa profunda del yacimiento portugués, pues la capa superior nos muestra la personalidad de su evolución lítica, que se acusa en el siguiente cuadro:

	Amoreira: Capas profunda y superior %	Cocina II %
Raspadores	0'— - 0'25	0'—
Buriles	0'— - 0'—	0'—
Laminatas borde abatido y laminatas tipo Cocina.. ..	5'65 - 7'03	2'28
Muestras	20'74 - 9'89	10'85
Triángulos.. ..	29'24 - 43'66	18'85
Medias lunas... ..	0'94 - 4'39	1'14?
Microburiles	7'54 - 10'91	46'28
Trapecios.. ..	9'43 - 3'26	10'28

Las relaciones industriales entre ambos yacimientos no guardan ya el carácter tan proporcionado anterior. Sus diferencias se acusan ya en la capa profunda al nivel de las muescas, triángulos, microburiles, y medias lunas. En la capa superior asistimos al fuerte desarrollo triangular con tipos ajenos a Cocina como el de Muge alargado y al aumento de los segmentos, derivación quizás de aquel. Pero si bien estas diferencias nos obligan a ser mucho menos afirmativos que con el cuadro anterior, no ha de olvidarse que la evolución tipológica de los concheros parece marcar según Roche las pautas trapecio-triángulo de Muge-triángulo de Muge alargado-media luna, y que eso mismo es lo que ocurre en Cocina. Algunas de las laminatas tipo Cocina recuerdan próximamente a los triángulos alargados del yacimiento portugués, y las que denominamos tipo Cocina son idénticos a los triángulos de Muge.

Pero en rigor hay que anticipar que aunque el proceso de evolución tipológica sea el mismo, sus resultados finales son distintos y subsiste la impresión de que en Amoreira se actuó de modo más dinámico, que-

mando antes las etapas que podían estar también implícitas en Cocina (medias lunas o segmentos y triángulos de Muge alargados) y quizás por evolución «in situ».

Y ya para concluir, a lo largo de las páginas precedentes hemos visto las dificultades que hemos encontrado para establecer una relación entre nuestro yacimiento y en Capsiense. Concluimos después que las industrias de Cocina eran de facies Tardenoide aunque hemos expuesto las dificultades de encontrar un paralelo exacto al Tardenoisiense. Aducimos que la llegada del geometrismo quizás estuvo ligada ambiguamente a un carácter Sauveterroide. De ser cierto esto, su no presencia en Muge abogaría por una mayor antigüedad para el yacimiento valenciano y dejaría entrever una relación creadora de Cocina para con Moitudo Sebastiao que sentara aquí las bases de una ulterior y personalísima evolución. Pero ante todo lo más importante es la enorme originalidad que cada una de las facies epipaleolíticas alcanza a partir de unos procesos evolutivos que, en líneas generales, parecen tener mucho de común, afirmando más el desarrollo «in situ» que alambicados y siempre difíciles de probar difusionismos.

B) ESTABLECIMIENTO DE FOSILES DIRECTORES

La Cerámica

Para este propósito utilizaremos las publicaciones sobre la cueva de La Sarsa y sobre todo las de Carigüela y Nerja que son hoy por hoy las únicas secuencias estratigráficas amplias del Neolítico hispánico (70). Pero dado el carácter especial del Neolítico andaluz, puesto de relieve por Pellicer, será la Carigüela el yacimiento que más datos nos pueda proporcionar. En el futuro haremos referencias a yacimientos de estratigrafía menos amplia, fundamentalmente de Tarragona que ofrecen máximas garantías. Aquí también nos referiremos principalmente a las cerámicas de E I.

En Cocina III nos encontramos entre la cerámica impresa las variedades de cardial (Lam. XIV) y puntilladas sobre cordón. Aunque proveniente de E II, ya nos hemos referido a que su situación estratigráfica era muy precisa en la base de Cocina III inmediatamente posterior al nivel de los triángulos característicos sin cerámica. Su temática decorativa se asemeja al motivo núm. XV establecido por San Valero para

(70) SAN VALERO APARISI, op. cit. nota 34.

M. PELLICER: "El Neolítico y el Bronce en la cueva de La Carigüela del Piñar (Granada)". Trabajos de Prehistoria, XV. Madrid, 1964.

M. PELLICER: "Estratigrafía prehistórica de la cueva de Nerja". Excavaciones Arqueológicas en España, XVI. Madrid, 1963.

Sarsa. No contando con ninguna tabla evolutiva de la cerámica cardial, no podemos precisar en qué momento podrían situarse los fragmentos de Cocina, máxime cuando tanto en Sarsa como Or existen suficientes datos para pensar en una perduración de la técnica cardial hasta momentos eneolíticos sobre lo que enseguida volveremos. Pero las características de su decoración, de lo más típico en Or y Sarsa, la magnífica calidad de pasta, la cercanía de los grandes yacimientos cardiales valencianos y la situación estratigráfica de las piezas que comentamos, hace que podamos asignarle una cronología ligada con los inicios de la cerámica impresa en el país valenciano y abogaría fuertemente por una fecha dentro del Neolítico inicial para Cocina III. El restante fragmento de cerámica impresa de puntillado sobre cordón, y el inciso de trazo longitudinal, presentes en Carigüela en el Neolítico medio y final, aseguraría la presencia en el yacimiento valenciano de todo el Neolítico.

En Cocina IV, entre las cerámicas de decoración impresas nos encontramos con la especie característica de la cerámica peinada. En principio, puede tener una cierta similitud con el raspado cardial, definido por San Valero (71), pero hemos estudiado dicha variedad entre las piezas de Sarsa y Or depositadas en Valencia y Alcoy, pudiendo observar su diferencia notoria, aunque técnicamente respondan a una misma concepción. El raspado cardial se debe al arrastre sobre el barro blando de la parte exterior ondulada de la concha, produciendo una especie de acanalado potente y basto, mientras que la cerámica peinada ofrece un dibujo tenue y sutil a veces difícil de apreciar y su mismo nombre es explícito del instrumento que la pudo producir (Lám. I, II y III). Dicha cerámica aparece como típica de los niveles eneolíticos de la Ereta del Pedregal (72) y la hemos encontrado en otros yacimientos extranjeros en situación estratigráfica similar, aunque por ahora no nos atrevemos a ver más que un fenómeno de convergencia. Cerámicas con «impresiones de cestería» aparecen en el Bronce I y II de Carigüela. Las demás piezas de Cocina III son la incisa de acanaladuras (Lám. II, 2) y las de relieves de cordón sin decoración o incisos (Lám. II, 2 y III, 2) que en Carigüela son formas elementales que ocupan todo el Neolítico y el Bronce I, aunque el cordón con incisiones y el acanalado no aparezcan más que a partir del Neolítico medio hasta el Bronce II, inclusive, según la periodización y terminología de Pellicer (73).

Por consiguiente, podemos concluir en el carácter eneolítico de Co-

(71) SAN VALERO APARISI, op. cit. nota 34, pág. 14-15.

(72) D. FLETCHER: "La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX. Valencia, 1961, págs. 79-96.

(73) PELLICER, op. cit. nota 70 ("El Neolítico..."), págs. 55-78.

cina IV cuyo mejor defensor sería la cerámica peinada y la de acanalados. Las demás piezas de E II, mamelones aplastados, impresiones digitales, y bordes dentados, son formas banales que no contradicen la fecha neolítica y eneolítica que damos a Cocina III y IV. Es interesante el fragmento de surcos digitales (Lám. X, 1) que en Carigüela son típicos del Neolítico final y Bronce I.

El Material Lítico

Cocina I.

El elemento que nos puede dar un dato cronológico más preciso es el triángulo escaleno alargado con el lado pequeño corto, presente en el Sauveterriense de Martinet, Cuzoul, Montclus y en el Tardenoisiense I y Episauverriense de transición de dichos yacimientos. En Montclus el Sauveterriense se fecha en 6180 a. J. C. (74), fecha que no está en contradicción con las últimas del Tardenoisiense establecida en 6110 (Parent) y 5810 (Barrière). En este nivel aparece el triángulo escaleno con un lado cóncavo y los diferentes microlitos trapezoidales poco testimonio cronológico pueden dar al ser forma común en todos los niveles. El único dato de una validez cronológica relativa es su decrecimiento numérico desde las capas inferiores a las superiores.

Cocina II.

La forma característica de este nivel perdura en los superiores.

Cocina III.

Las novedades de este nivel son las laminitas tipo Cocina, los segmentos o medias lunas de retoque abrupto y los trapecios con la base pequeña retocada. La presencia de cerámica cardial obliga a fecharlos en un momento cronológico ligado al Neolítico inicial. Fuera de Cocina, los microlitos geométricos de Sarsa y Or son casi todos de retoque abrupto y en Casa de Lara las novedades de Cocina III tienen su respaldo en cerámicas impresas en general y específicamente cardiales (75).

(74) ESCALON DE FONTON, op. cit. nota 57, pág. 162.

(75) J. M. SOLER GARCÍA: "La Casa de Lara de Villena (Alicante). Poblado de llanura con cerámica cardial". Saitabi, XI. Valencia, 1961, págs. 193-200. Queremos testimoniar aquí nuestro agradecimiento al señor Soler por la amable acogida que nos dispuso y las facilidades que nos dio en la labor de examen detenido de todas las colecciones paleolíticas conservadas en el Museo de Villena, que llegó hasta el extremado desinterés de poner a nuestra disposición todos sus materiales inéditos.

Cocina IV.

Lo característico es la aparición de los microlitos geométricos con retoque en doble bisel. Su asociación con la cerámica peinada obliga a una fecha eneolítica. Esta conclusión se encuentra respaldada por los datos de otras cuevas y yacimientos de superficie. En Llatas el doble bisel se asocia a cerámicas de fuerte carena y de «chevrons» típicamente eneolíticas (76), en Ereta a peinada y otros elementos típicos de este momento, en Lagrimal (77) a puntas de flecha de aletas y pedúnculo, en Lara existe verdadera abundancia de doble bisel, cerámica peinada y puntas de aletas y pedúnculo (78) y en Tarragona los yacimientos de la facies microlítica donde aparece, son fechados por Vilaseca, en el Eneolítico (79). Por el contrario lo geométrico de Sarsa y Or es prácticamente todo de retoque abrupto, mientras que en el nivel neolítico de Lagrimal sólo aparece el abrupto. Otro dato en apoyo de esta baja cronología es la presencia de las láminas cuchillo retocadas, que no tienen nada que ver con la tradición laminar de Cocina y que son tan características del Eneolítico (fig. 2, núm. 10, 11 y 12), dejando aparte la punta romboidal de aletas y pedúnculo incipientes, claramente bifacial.

Todo ello da suficiente base para pensar que el retoque en doble bisel se generaliza en la Península en un momento ligado cronológicamente al Eneolítico. Nosotros creíamos que su aparición era eneolítica, pero la presencia de dos microlitos geométricos con este tipo de retoque en el cardial catalán y tres en la cultura neolítica catalana de los Sepulcros de Fosa (80), nos obligó a revisar pieza a pieza la industria lítica de Or, donde encontramos cuatro, lo cual hace un total de seis para el Neolítico inicial y tres para el final, cantidades que contrastan por su pobreza numérica con la gran cantidad de geométricos con retoque abrupto de ambos neolíticos y la extrema generalización del doble bisel en el Eneolítico.

(76) Aunque en la Covacha de Llatas no existe cerámica peinada, bastantes de los fragmentos que acompañan a los geométricos de doble bisel ofrecen las características técnicas de la cerámica peinada, por peine, tan diferente de la peinada de cardium.

La primera variedad aparece en las capas superiores de casi todos los yacimientos paleolíticos del país valenciano. Por debajo de ellas es sintomática la presencia de las cardiales. Piezas en mano hemos podido establecer de una parte la diferencia entre la peinada de Cardium y las de peine, y de otra la similitud de los fragmentos de esta última, aparecidos en los yacimientos paleolíticos, con los de la Ereta del Pedregal, yacimiento de cronología absoluta. En otro lugar demostraremos gráficamente esto.

(77) Sobre la importante estratigrafía, cuidadosamente excavada, del Lagrimal, J. M. SOLER sólo ha publicado un avance: "La cueva pequeña de la Huesa Tacaña y el mesolítico villenense". *Zephyrus*, XIX-XX. Salamanca, 1969, págs. 33-56.

(78) La identidad entre los segmentos con doble bisel de Llatas y Lara es absoluta.

(79) VILASECA, op. cit. nota 35, págs. 505-521.

(80) A. M. MUÑOZ: "Cultura neolítica catalana de los sepulcros de fosa". Instituto de Arqueología y Prehistoria. Publicaciones Eventuales, núm. 9. Barcelona, 1965.

Todo ello nos hace concluir que si bien esta técnica era conocida en el Neolítico, su uso y desarrollo se verifica en el Eneolítico (81).

Finalmente, todas las novedades de un nivel están incorporadas en el superior, no rompiéndose nunca una línea continuada de evolución industrial. Así, por ejemplo, el trapecio con la base pequeña retocada, que es neolítico en Cocina Or y los sepulcros de fosa, puede ser también posterior como lo demuestra su asociación con cerámica peinada en Les Mallaetes.

C) CRONOLOGIA RELATIVA DE LA COCINA

Pericot se planteó el dilema de aceptar una cronología corta o larga (82). En el primer caso, los niveles de la cueva entrarían en el Epipaleolítico y señalarían su periodización hasta el Neolítico, pudiendo establecerse una equivalencia con los períodos azilio-tardenoisenses de Francia. En el segundo caso, dicho autor supondría un paralelismo entre el nivel inferior y el paleolítico final, sincrónico del Magdaleniense de otros lugares de la Península, y el nivel medio, del Epipaleolítico, paralelo del Aziliense. El superior quedaría como Neolítico inicial, aunque posteriormente le asignarían un carácter protoneolítico (83). A esta segunda hipótesis le hicieron inclinarse los elementos de tradición paleolítica del nivel inferior y los cantos pintados de rojo y los disquitos raspadores del nivel medio.

Jordá ratificó esta cronología paralelizando las plaquetas grabadas del nivel medio con ciertos grabados azilienses de La Magdaleine, Les Eyzies, Raymondén y Mas d'Azil (84). Fletcher, incluyendo a este nivel en su Mesolítico II valenciano, sigue haciéndolo contemporáneo del Aziliense, aunque aboga por una cronología más amplia, haciéndolo llegar hasta el 5000 y lo relaciona con el Mesolítico avanzado de Francia, que ofrece numerosos trapecios. Pero en una publicación española sincrónica, especificaba que el nivel II de Cocina se extendería desde fines del VI mi-

(81) En nuestro futuro trabajo general especificaremos los yacimientos y situación estratigráfica de los microlitos con doble bisel, sus porcentajes exactos, que anticipamos mínimos con relación a la totalidad geométrica de aquellos yacimientos y una serie de consideraciones a que nos ha conducido el examen del material lítico de Or, en espera de que los excavadores publiquen la cueva.

(82) PERICOT, op. cit. nota 12, p. 20-23.

(83) PERICOT, prólogo a JORDA y ALCACER, op. cit. nota 8, págs. 7-8.

(84) JORDA, op. cit. nota 53, pág. 5-12, incluyendo a La Cocina en su Epigravetiense III, facies geométrica.

F. JORDA: "Gravetiense y Epigravetiense en la España Mediterránea". Publicaciones del Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesas, 4. Zaragoza, 1954, págs. 7-30.

lenio a fines del IV, lo que en líneas generales coincide bastante con la cronología que seguidamente esbozaremos para el mismo nivel (85).

Nosotros consideramos que puede resultar engañoso fechar un yacimiento por la presencia de elementos arcaizantes, pues las edades técnicas no son necesariamente cronológicas, y los paralelos con los grabados azilienses no son tan estrechos como para poder dar a Cocina su cronología, siguiendo el caudal de grabados geométricos que, según Pericot, va desde el Magdaleniense europeo al Capsiense africano, sin olvidar Romanelli (86).

A lo largo de todo lo que hemos expuesto hasta aquí y sobre todo en el apartado dedicado a los fósiles directores, tenemos suficiente base argumental para concluir la siguiente cronología relativa:

Cocina I. — Inaugura una industria de facies tardenoide para cuya delimitación cronológica tenemos, de una parte, sus posibles elementos sauveterroides, fechados en Montclus en 6180 a. J. C. y, de otra, sus analogías con Moita do Sebastiao, que data del 5400 a. J. C. (87). Con ello se perfila un marco en torno al pleno sexto milenio antes de la era para la localización del nivel inferior de la cueva, quedando como pura hipótesis a comprobar que pudiera remontarse al séptimo milenio.

Cocina II. — Queda con menos datos a interpretar, pero su posición ante cardial y las analogías más difusas que guarda con Amoreira, que sabemos se extiende entre el 5080 y el 4100 a. de C. (88), quizás nos permita suponer para su desarrollo el final del sexto milenio y la primera mitad del quinto. La temprana llegada del cardial frenó su posible evolución hacia formas más alargadas, señalándose en este momento la mayor separación con Amoreira. La quizás más tardía llegada del cardial a Portugal permitió el desarrollo máximo del rasgo más peculiar de Amoreira,

(85) D. FLETCHER: "Problèmes et Progrès du Paleolithique et du Mesolithique de la Région de Valencia (Espagne)". *Quartär*, 7/8. Bonn, 1956, págs. 66-90.

D. FLETCHER: "Estado actual del estudio del Paleolítico y Mesolítico valencianos". *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXII, 3. Madrid, 1956, págs. 841-876.

(86) La prueba quizá esté en que las plaquetas se encuentran en un nivel inmediatamente precardial, sin que medie con el estrato cardial el menor hiatus estratigráfico, manifestando los dos una continuidad tipológica, salvando, claro está, las novedades que el contacto con una economía neolítica pudiera producir en Cocina II. Ello, unido a las consideraciones que siguen, nos hace objetar el lógico paralelismo estipulado por Jordá. Pero habremos de volver sobre los problemas que presenta la peculiarísima manifestación artística de Cocina II superior.

(87) J. ROCHE: "Première datation du Mesolithique portugais pour la méthode du Carbone 14". *Boletín da Academia das Ciencias de Lisboa*, XXIX. Lisboa, 1957, páginas 292-296.

A. M. MUÑOZ: "La cronología de Radiocarbono en la Península Ibérica". *Pyrenae*, 3. Barcelona, 1967, pág. 11.

(88) ROCHE, op. cit. nota 69, págs. 13-47.

MUÑOZ, op. cit. nota 87, pág. 8.

que, por otra parte, ya había aparecido de forma clara en sus capas inferiores.

Cocina III. — Con sus cerámicas y el precioso testimonio de sus fragmentos cardiales, sus medias lunas y características laminitas, asiste a un desarrollo cronológico, pero no culturalmente neolítico.

Por último, Cocina IV, con su cerámica peinada y sus microlitos geométricos tallados en doble bisel, nos señala un momento claramente Eneolítico, ratificado por las láminas cuchillo y la punta de flecha bifacial (89).

(89) Sin embargo, es precisamente Pericot quien más se aproxima a esta cronología. En 1949, en el prólogo a "La Covacha de Llatas", pág. 6 (v. nota 8), afirmaba que tras el Aziliense, que duró hasta el 8.000, la mayor parte de España vio la llegada de elementos microlíticos africanos que se fundieron con lo indígena en el Epigraveto-capsiense. En un primer momento de esta etapa, situaba el nivel antiguo de Cocina y la fase antigua de Muge. Un segundo momento, que llegaba hasta el 5.000 abarcaría el nivel segundo de Cocina y la segunda fase de Muge. Posterior al 5.000 sería la tercera fase de Cocina. Hemos de destacar aquí la sagaz intuición de Pericot expuestas en las frases de dicho prólogo, al igual que hubiéramos deseado ver desarrolladas ulteriormente estas ideas, pues en trabajos posteriores este autor sigue creyendo al nivel II de Cocina paralelo al Aziliense. Cfr. L. PERICOT: "El Paleolítico y Epipaleolítico en España". IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Madrid, 1954, páginas 5-34. También en 1949 Jordá mantenía una postura parecida, distinguiendo tres etapas mesolíticas antes de la recepción del Neolítico en la cueva y que coincidían con los niveles IIIa, IIIb y II de Pericot, postura que, como hemos visto, cambiaría después. Cfr. F. JORDA: "Las formas microlíticas y geométricas de las estaciones valencianas". Saitabi, núm. 7, 1949, separata pág. 7.

En apoyo a la cronología baja que damos a la cueva no sólo vendría el paralelismo con Moita do Sebastiao y los fragmentos cardiales de la mitad de la estratigrafía, que confirman la fecha C-14 de Moita, sino las laminitas con muescas o denticulaciones, a veces estranguladas, que son abundantes desde el inicio de la estratigrafía de la cueva valenciana. Dichas piezas, con la denominación de "lamelles Montbani", son consideradas por Rozoy como propias del Tardenoisense final. Cfr. J. G. ROZOY: "Les lamelles Montbani". Bulletin de la Société Préhistorique Française. T. LXIV, Paris, 1967, págs. 249-260.

VI

MESOLITICO Y COCINENSE (*)

Cuando a finales del siglo pasado y a principios del presente se fue conociendo cada vez mejor la cultura prehistórica, se fue abriendo camino la idea de la profunda antítesis entre el Paleolítico superior y el Neolítico, su mutua negación en los conceptos y realidades que habían sido los elementos definitorios de una u otra cultura. Si a esto se añadía la constatación relativamente frecuente de capas estériles entre el Paleolítico y el Neolítico, se llegó a pensar en una huida en masa de las viejas poblaciones en pos de la fauna que la regresión glacial produjo. Nació entonces la idea de la despoblación de Europa, la teoría del hiatus, para explicar la superposición con ruptura de continuidad entre las dos culturas.

Pero no pasó mucho tiempo sin que la valoración de nuevas industrias postmagdalenienses o la constatación de rasgos antropológicos cromañoides en esqueletos neolíticos, empezara a negar la realidad del hiatus. Aquellas industrias rellenaban el vacío entre dos culturas sin relación posible y se creó para denominarlas el término de Mesolítico, que, como agudamente observa Barrière, no hizo sino crear dos nuevos hiatus, uno entre el Paleolítico superior y el Mesolítico, y otro entre éste y el Neolítico (90).

(*) Después de entregado este trabajo para su publicación, en enero pasado, hemos consultado a diversos especialistas, a los que agradecemos su opinión, la viabilidad del término "Cocinense". Razones de índole diversa han hecho que no tenga mucha audiencia. Su creación respondía al deseo de personalizar al máximo la peculiaridad de las industrias geométricas de Cocina, pero, por motivos que en breve expondremos, propondríamos su substitución por el de "Tardenoisiense ibérico".

(90) BARRIERE, op. cit. 59, pág. 8.

Pero conviene que exponamos qué es lo que exactamente entendemos por Mesolítico, para ver si puede ser rigurosa su aceptación en el marco que estudiamos. Cronológicamente entendemos por él lo que primariamente significó: período entre las dos edades de la piedra. Culturalmente supone la adaptación a un medio vital en vías de cambio por una suavización climática, un desarrollo de la flora y un decrecimiento de la gran fauna en favor de la del bosque y de la residual de bosque. Tipológicamente esta adaptación puede reflejarse en la microlitización y el geometrismo del utillaje mesolítico.

La creación del nuevo término cultural respondía a la faceta cronológica y era coherente dentro de una concepción prehistórica establecida a través de una sucesión temporal de pisos geológicos —como préstamo de la Geología, de quien la Prehistoria aún no se había desgajado completamente—, en la que importaba más el lugar en el tiempo que el desarrollo interno y sus posibles interconexiones.

Hoy parece haberse establecido la sucesión Aziliense-Sauveterriense-Tardenoiense, que, aunque simplista y sin valorar mucho el elemento mediterráneo, explica en líneas generales el desarrollo de las industrias postmagdalenenses. Se sabe también que en el Mediterráneo Oriental algunos postpaleolíticos llegaron a perfilar lo que se ha llamado «revolución neolítica» y que, llegados al Occidente, se superpusieron a aquellos «mesolíticos» que, probablemente, habían iniciado una evolución con el tiempo conducente a lo mismo, pero que, ante los recién llegados, optaron por una precaria continuación de sus tradiciones, aceptando paulatinamente algún que otro nuevo elemento, hasta que se produjo su total asimilación, constatable cultural y antropológicamente. Así, frente al concepto de Mesolítico, paréntesis más o menos relleno entre las dos edades de la piedra, se oponen hoy los de continuidad, inbricación y asimilación entre ellas. Con ello su primario significado perdió todas sus notas y quizás su misma realidad.

No había ruptura con el Paleolítico superior y también empezó a perfilarse que el mismo Mesolítico pudo ser el resultado de una evolución paleolítica.

Con relación al Neolítico, muchas industrias mesolíticas (las post-tardenoienses de Barrière) se le consideran sincrónicas, y aun después, aunque resulta claro que querer ver una disección tajante entre Mesolítico y Neolítico sería absurdo. Ello se ha encubierto con el término «tradición» (capsense, mesolítica, etc.), en el que nosotros vemos mejor Capsense con influencias neolíticas o en vías de neolitización, y lo mismo para el «Neolítico de tradición mesolítica» portugués, etc. Porque a veces la sola presencia de un elemento neolítico, la cerámica por ejemplo, ha hecho bautizar como neolítica a una industrias, y, a nuestro juicio,

habría que delimitar el concepto tipológico y cultural del Neolítico, para no confundirnos y no mezclar su diacronía y su sincronía, explicando mejor todo proceso de asimilación neolítica por una base cultural distinta.

Por consiguiente, el término mesolítico, con la significación primaria que tuvo, la verdadera intrínseca no tiene razón de existir. Cosa aparte es que cada autor lo utilice según lo que personalmente entienda por él, o que se quede únicamente con su comodidad cronológica.

Si quisiéramos aplicar dicho término a las industrias postmagdalenienses peninsulares, veríamos que el Epigravetiense es cronológicamente mesolítico, al menos en la fase de Mallaetes, pero no tipológicamente, pues supone la perduración de las viejas técnicas paleolíticas, incluso en una de sus fases de máximo desarrollo que es sincrónica de lo cardial. Quedaría mejor englobado, por tanto, dentro del término Epipaleolítico. Por el contrario, Cocina I y II serían tipológica y cronológicamente mesolíticas.

Con ello, dos industrias que discurren sincrónicas en gran parte del tiempo, habrían de ser denominadas una epipaleolítica y otra mesolítica, lo cual, en principio, no ofrece ningún inconveniente, aunque pudiera crear un cierto confusiónismo taxonómico. Pero el problema reside en si uno de los dos términos puede englobar al otro y resultar más riguroso. Por Mesolítico, según lo antes dicho, había que entender una brillante disección cronológica entre dos períodos, sin que, por su propia significación, aportara ninguna connotación con lo anterior y posterior. Así, también podríamos llamar «mesolítico» al Paleolítico Medio, como período intermedio entre dos edades de piedra: una nodular y de lascas, otra nuclear y de láminas. Pero el término Epipaleolítico ofrece la misma significación cronológica, cultural y tipológica, y tiene la gran ventaja de que en sí mismo nos muestra una relación filética con el Paleolítico superior que no ofrece dudas para el Epigravetiense y que es perfectamente coherente, según las últimas investigaciones, para las industrias del tipo de Cocina.

Aclarándonos las raíces de su origen, el Epipaleolítico nos deja libre su final, lo cual conviene, pues sus industrias en absoluto se extinguieron con la llegada de los primeros agricultores.

Por estas razones, preferimos Epipaleolítico a Mesolítico, como más idóneo y al que le daríamos un valor cultural y englobador de todas las industrias de las que nos ocupamos. Pero dentro del Epipaleolítico existen dos facies, la laminar de retoques abruptos y la geométrica. A la primera se le denomina desde antiguo Epigravetiense, que, aunque no sea absolutamente preciso, sí responde a la realidad técnico-tipológica de las industrias que denomina y está tan avalado por el uso que siempre es preferible a otros términos, como Tardigravetiense, Postgravetiense

y Neogravetiense, que no vienen a expresar mejor que el primero la realidad industrial que pretenden intitular.

Pero el problema reside en las facies geométricas. Descontada por el momento cualquier relación con el Capsiense, nunca la llamaremos Tardenoisense, porque ninguno de los yacimientos clásicos franceses ofrece un paralelo aceptable con Cocina y demás yacimientos de sus facies. Aunque la evolución de Cocina sí puede paralelizarse en **líneas generales** con Muge, ya hemos puesto de relieve las diferencias existentes. Así pues, las facies geométricas no tienen un nombre preciso que las denomine. El de geométrico es de una ambigüedad tan grande que muy poco personalizaría a Cocina frente a las demás industrias extranjeras igualmente geométricas. Pese a la repulsa que tenemos a la creación de términos toponímicos, no vemos otro mejor que el de Cocinense, cuya creación defendemos y proponemos.

Así, pues, las industrias postsolutrenses, no magdalenenses, del litoral mediterráneo español tendrían como denominación genérica, de orden cultural, la de Epipaleolítico y sus facies (excluyendo por el momento al Asturiense) tendrían como denominación técnico-tipológica las de Epigravetiense y Cocinense (91). Dentro de ellas hay varias fases e incluso personalizaciones dentro de una misma facies de las que posteriormente nos ocuparemos.

La creación del Cocinense como englobador técnico-tipológico de la gran mayoría de las industrias geométricas del litoral mediterráneo peninsular podría parecer arriesgado a falta de las siguientes razones que parecen justificarlo:

a) Aun dentro de la gran familia de industrias geométricas que en Francia son Tardenoisenses, Montadienses finales y Castelnovienses, debidas quizás a una evolución dentro del Paleolítico superior, las industrias de Cocina tienen rasgos tan personales y una evolución tan particular, que se aparta de todos los demás y sólo encuentra un paralelo aproximativo al otro lado de la Península en Muge.

b) En Cocina tenemos la secuencia completa que abarca desde un momento epipaleolítico claro a otro eneolítico, pasando por dos períodos preneolíticos y neolíticos muy individualizados. Pocas cuevas ofrecen una evolución tan larga y completa.

c) En Cocina aparecen en situación estratigráfica todos o al menos

(91) Únicamente el yacimiento de El Filador, aunque desde un punto de vista general no niega la pautas que luego estableceremos para el Cocinense, no parece poder ser encuadrado por ellas. En Filador parece asistirse al paso de un Epipaleolítico de facies Epigravetiense a otro de facies geométrica no Cocinense.

la gran mayoría de elementos que hemos podido examinar en otros yacimientos estratificados o de superficie que, ya por ofrecer una evolución cronológica mucho más corta, ya por no presentar datos estratigráficos, han de ser interpretados desde Cocina para su correcta visión.

Con menos datos otros términos han cobrado fortuna y ya va siendo el momento en que aparezca la decisión de dar un nombre a nuestras propias industrias, que para el litoral mediterráneo son tan diferentes de las que más o menos sincrónicamente se han establecido en Francia.

Puesto que por todo lo anterior hacemos de Cocina el yacimiento guía para el estudio de la gran mayoría de las industrias geométricas del Epi-paleolítico peninsular, hemos de establecer, como hipótesis preliminar, las fases que en su desarrollo ofrece y que coincide con los cuatro niveles que hemos establecido.

COCINENSE I

Cronológicamente parejo a Cocina I y perteneciente a la gran familia de industrias tardenoides, o mejor geométricas, sus características se reducen a lo siguiente:

Utillaje macrolítico que aparece en bastantes industrias geométricas, como las tardenoisienses y las mugienses.

Presencia precaria de formas típicas del Paleolítico superior: raspadores, buriles y laminillas con borde abatido.

Triángulos escalenos alargados con el lado pequeño corto de probable ascendencia sauveterriense.

Otros triángulos, escasos; entre ellos los de escotadura basal.

Gran abundancia de trapecios y muescas.

COCINENSE II

Cronológicamente ocupa el lugar de Cocina II y está caracterizado por los siguientes elementos:

Desaparición casi completa del utillaje tipo paleolítico superior, y del utillaje macrolítico.

Presencia relativamente abundante de trapecios y muescas o denticulaciones.

Abundancia de triángulos con dos lados cóncavos, tipo Cocina.

Carácter dominante de los microburiles.

COCINENSE III

Paralelizable cronológicamente con Cocina III se individualiza por:
Presencia de todos los elementos anteriores, pero en menor proporción.

Los tipos característicos son: triángulos isósceles y escalenos, pero, sobre todo, las laminas con borde abatido tipo Cocina y los segmentos o medias lunas.

Trapecios con la base pequeña retocada.

Aparición muy esporádica del retoque en doble bisel.

Presencia de cerámica cardial e incisa.

Parece asistirse a un freno en la evolución cocinense, pero siguen desarrollándose las pautas contenidas anteriormente. No hay solución de continuidad.

COCINENSE IV

Sincrónico de Cocina IV:

Presencia de todos los elementos anteriores.

Desarrollo de la técnica del doble bisel que, precaria en Cocina, su máxima generalización se encuentra en Llatas y Casa de Lara. En este último yacimiento casi todas las formas de los microlitos geométricos ofrecen ejemplos con esta técnica.

Aparición de la cerámica peinada y otras formas eneolíticas, como la de «chevrons», incisos, acanalados, etc.

Expuestos así los momentos de esta facies, sólo resta comprobar si tienen correspondencia en los demás yacimientos. Hasta una ulterior ampliación en nuestra tesis, podemos anticipar que son pocos los yacimientos encuadrables en el Cocinense I y II, pero los existentes no contradicen las características expuestas. Poco más abundantes son los relacionables con el Cocinense III y IV y adquieren una coherente interpretación desde los datos de Cocina.

Desde un punto de vista tipológico y cultural, el Cocinense I y II nos parece claramente Epipaleolítico, pero la afirmación no puede ser tan tajante con relación al Cocinense III y IV, lo que nos lleva a abordar el problema de la posible «titulación neolítica» de estas fases. Hemos visto que en Cocina la línea fundamental es una evolución coherente del microlitismo geométrico, que constituye la base industrial y, por tanto, una parte de la base cultural. Si examinamos la industria neolítica vemos que el geometrismo es nulo o casi ausente en los yacimientos cardiales catalanes, en Sarsa y Or, de mayor tamaño, ofrece buena representación y en Carigüela no aparece. Sin embargo, en todos estos yacimientos existe una industria de láminas y laminas sin retoque, alguna con tosco retoque, raspadores y perforadores simples, de ascendencia mediterránea, que tiene que ser la industria típicamente cardial de la Península y que ofrece un brutal contraste con la industria del Cocinense III y IV tipológicamente geométrica. Esto nos lleva a dos conclusiones. De una parte los dispares microlitos geométricos cardiales tienen que ser la adaptación por una base cultural nueva

de lo único que podía servir de la otra base, distinta y de tradición epipaleolítica, habitante de tierras más interiores y serranas en pleno reborde de la Meseta, aunque esto hemos de dejarlo por ahora entre interrogantes por razones que estudiamos en la actualidad. De otra parte, la profunda antítesis industrial entre el Cocinense y el cardial da suficiente base como para pensar que las fases III y IV del primero son la continuación de un habitat epipaleolítico que recibe por un fenómeno de aculturación la cerámica cardial. En otras palabras, que el Cocinense III y IV son fases de raíz epipaleolítica que asisten a un proceso gradual y continuado de neolitización que quizás fue pleno al final. Ello nos impide darle una titulación neolítica, en el sentido de Sarsa u Or, habitat desde un punto de vista tipológico plenamente neolítico con trigo, y sí la de Epipaleolítico con influencias neolíticas o en vías de neolitización, mejor que el de Neolítico de tradición epipaleolítica que acentúa la base en el Neolítico, mientras que el que proponemos lo hace en la base industrial epipaleolítica. Así, pues, en el filo del quinto milenio, dos gentes habitaban el reborde mediterráneo peninsular: unos en sierras cercanas a la costa, plenamente neolíticos; otros, en sierras más abruptas e interiores, empezaban lentamente a neolitizarse. El intercambio fue fructífero. Unos adaptaron lo geométrico a sus necesidades, otros recibieron la cerámica, elemento que con el tiempo quizá hubieran descubierto, pero que brutalmente les llegó, sin que en ningún momento se perdiera la veta geométrica pura iniciada desde la base de su ocupación: en Cocina los trapecios (con su función de dientes de arpón) y las muescas y denticulaciones (ligadas quizás a la preparación de astiles), que inauguraron una tipología propia y una actividad vital, perviven con tipología idéntica a través de todas las capas en un signo constante de empobrecimiento, que quizá venga a indicarnos la decantación del primitivo régimen de vida epipaleolítico.

La presente sistematización puede ofrecer dificultades o someter a comentario algunas teorías, tales como el estadio protoneolítico de Pericot (92), la existencia de un Neolítico microlítico no cardial, denominado «Neolítico inicial de montaña», en oposición al Neolítico pleno de Sarsa y Or, de Jordá-Alcácer y Fletcher (93), la hipótesis de un Neolítico no

(92) PERICOT, op. cit. nota 83, págs. 7-8.

(93) JORDA y ALCACER, op. cit. nota 8, se plantearon la existencia de dos facies neolíticas: una con cerámica cardial y escasos geométricos y otra sin cerámica cardial y abundantes geométricos.

Ver MARTINEZ SANTA-OLALLA, en su recensión a Troya I y III de CASHEY et alii, aparecida en Cuadernos de Historia Primitiva, II, 1950, págs. 129-132, suponía un «Neolítico microlizante» anterior al Neolítico hispano-mauritano, con lo que venía a coincidir con JORDA y ALCACER.

Por su parte D. FLETCHER: «Avances y problemas de la Prehistoria Valenciana en los últimos veinticinco años». Anales del Centro de Cultura Valenciana, XIV, núm. 31. Valencia, 1953, págs. 8-31, aborda también el problema de la doble facies neolítica, si-

cerámico de Maluquer (94) y la cronología del arte rupestre levantino. No es éste lugar para entrar detalladamente en cada una de estas hipótesis, pero no queremos dejar de expresar nuestra postura ante ellas.

Con relación a las dos primeras, la presencia de la cerámica cardial en Cocina y la buena representación geométrica en l'Or negarían, en principio, la posibilidad de un momento protoneolítico no cardial en el Levante y la existencia de un neolítico no cardial de componente geométrico frente al neolítico cardial de tipología no geométrica. Pero quedarse aquí sería un absurdo, pues lo interesante es el agudo análisis de aquellos autores en el establecimiento de aquellas dos ramas neolíticas repartiéndose el litoral mediterráneo.

Evidentemente el proceso de neolitización corrió por dos caminos: uno pleno y cardial, con industria lítica de fuerte sabor mediterráneo: láminas sin retoque, algunas retocadas, típicos perforadores, etc., que, en Cova de l'Or, ofrecen un componente geométrico considerable, quizá por adaptación de las viejas tradiciones; y otro que supuso la paulatina asimilación de la nueva estructura cultural por el habitat epipaleolítico desde una base industrial geométrica. La hipótesis es igual en lo industrial, lo cronológico y lo geográfico. La diferencia es de matiz, pues nosotros, con plena consecuencia, sólo llamamos neolítico a uno, el representado por Sarsa, Or, etcétera (95).

Con relación a Maluquer, este autor ha supuesto la existencia de un Neolítico acerámico anterior a la llegada de los primeros cerámicos. En esta situación se encontrarían nuestros cocinenses I y II y puede ser que la hipótesis no esté lejos de la verdad. Pese al fuerte impacto que Cocina III supone, las formas industriales anteriores perduran en los niveles superiores de la misma cueva y se encuentran adaptadas en otras plenamente neolíticas. Si el régimen de vida que pueden anunciar fuese la antítesis del neolítico, éste no hubiera acogido su perduración. ¿Tenían alguna

tuando a la cardial en la costa, a la no cardial en el reborde de la Meseta e incluso establecía una zona mixta. Sobre la prioridad de una u otra facies FLETCHER no tomó partido, pero F. JORDA en: "Notas sobre los comienzos del Neolítico en nuestra Península". *Archivium*, III. Oviedo, 1953, págs. 259-271, aun suponiendo una mayor o menor contemporaneidad, se inclinaba por una cierta prelación para la facies cardial, hipótesis que compartimos plenamente. Confróntese además, D. FLETCHER: "La doble faceta del Neolítico Hispano-Mauritano en la región valenciana". *Crónica del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas* (Madrid, 1954). Zaragoza, 1956, páginas 415-417, en donde se admite el sincronismo de ambas facetas.

(94) J. MALUQUER, prólogo al libro de A. M. MUÑOZ, op. cit, nota 87, pág. 17.

(95) Estando en prensa este trabajo, tuvimos conocimiento de un trabajo de E. PLA, inédito, donde este autor, enfrentándose al hecho de que Epigravetiense e industrias geométricas en sus fases finales vieron llegar y recibieron la cerámica, concluyó en la denominación de "Mesolítico cerámico". Nosotros estamos conformes con la observación, pero no así con la denominación que pensamos muy antitética. Cf. E. PLA: "Prehistoria de la Provincia d'Alacant", págs. 35-37, inédito, presentado al Premio Jaume I del Institut d'Estudis Catalans, en 1966.

actividad que prefiguraba al neolítico? Probablemente, sí, pues el régimen de vida epipaleolítico, al menos en lo que se supone, no hace sino prefigurarlo. Pero de ahí a afirmar tajantemente un neolítico precerámico o acerámico va mucho. Si tal cosa es cierta, lo mismo habría que afirmar del Mugiense, del Tardenoiense y del Castelnuoviense, y al menos en Cocina, en tanto no se hagan nuevas excavaciones, puede resultar muy arriesgado. Mejor quedaría explicado todo suponiendo algunas comunidades epipaleolíticas en vías de la larga evolución que en el Oriente llevó al Neolítico y que aquí se interrumpió, siendo Cocina III y IV su perduración, y aunque sea el otro filo del cuchillo, la misma larguísima pervivencia de los tipos geométricos quizás venga a decirnos que para aquéllas la neolitización no estaba madura, y venga a hablarnos de una larga decantación, de una resistencia a morir.

El problema del arte levantino es enormemente arduo. Directamente sólo puede tener solución en un análisis regional de los diferentes conjuntos pictóricos, como propugnan Almagro y Jordá y en los finos análisis tipológico-conceptuales que Jordá últimamente realiza. Pero, indirectamente, otro camino no despreciable sería fechar en lo posible la pobre industria que en ellos aparece. En el presente trabajo exponemos la larga perduración del geometrismo, que mucho antes fue ya supuesta por Almagro (96), y por otra parte precisamos la gran proximidad cronológica de la técnica en doble bisel, cuya presencia en los depósitos de los abrigos pintados es de todos conocida. Pero si nosotros creemos demostrarle su modernidad, mucho antes Almagro y Jordá-Alcácer la habían supuesto, demostrando un fino instinto que Cocina ratifica estratigráficamente.

Y con ello llegamos al final de lo que nos propusimos al iniciar estas líneas. Puede argumentársenos que hemos construido un edificio grande con cimientos débiles, y no lo vamos a negar. Pero en el estado actual de nuestros conocimientos hemos de interpretar los datos que poseemos, que, siendo no demasiado pocos, y esto unido a las ventajas de Cocina, nos han permitido exponer la presente secuencia. No obstante, queda aún mucho por hacer. Habría que delimitar mejor el posible sauterriense y las circunstancias de la aparición del geometrismo en Cocina. Habría que perfilar mejor su tipología en sus niveles superiores.

Con los esfuerzos que se iniciaron en 1941, la publicación de Pericot y la presente, que es el resultado de una nueva óptica construida por cerca de treinta años de Prehistoria, quizás podamos dejar por concluida la antigua investigación, y estemos en disposición de abrir otra para aclarar los múltiples problemas que aún quedan por solucionar o perfilar, labor en la que quisiéramos ser, gustosos, sus fervientes colaboradores.

(96) ALMAGRO, op. cit. nota 8, págs. 23-25.

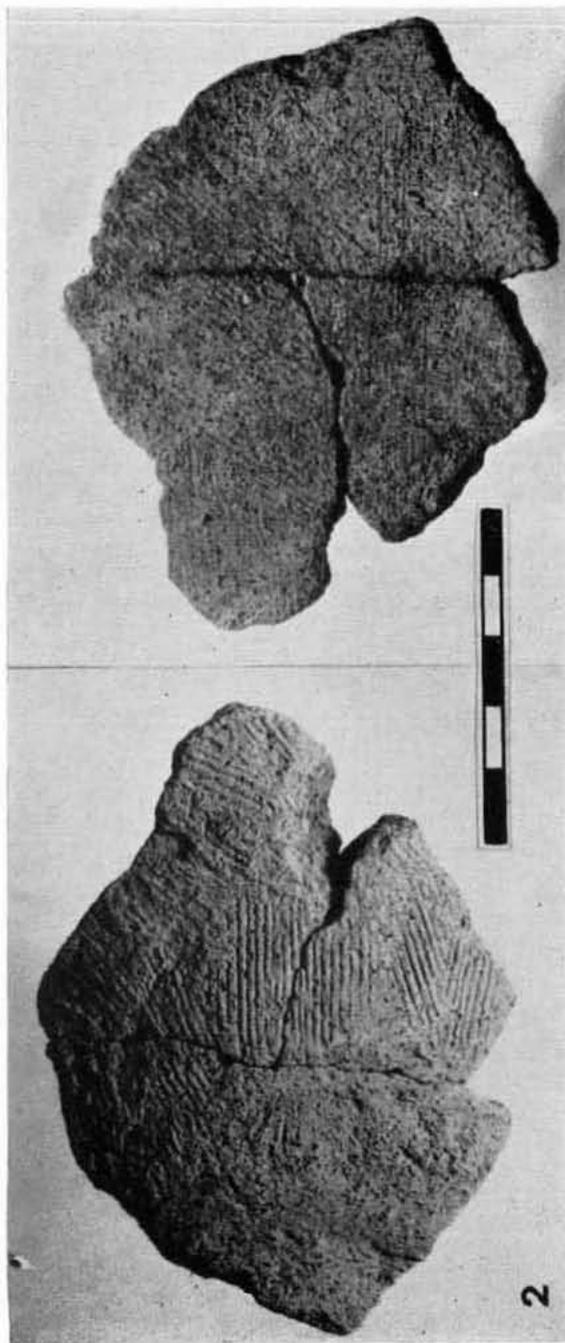
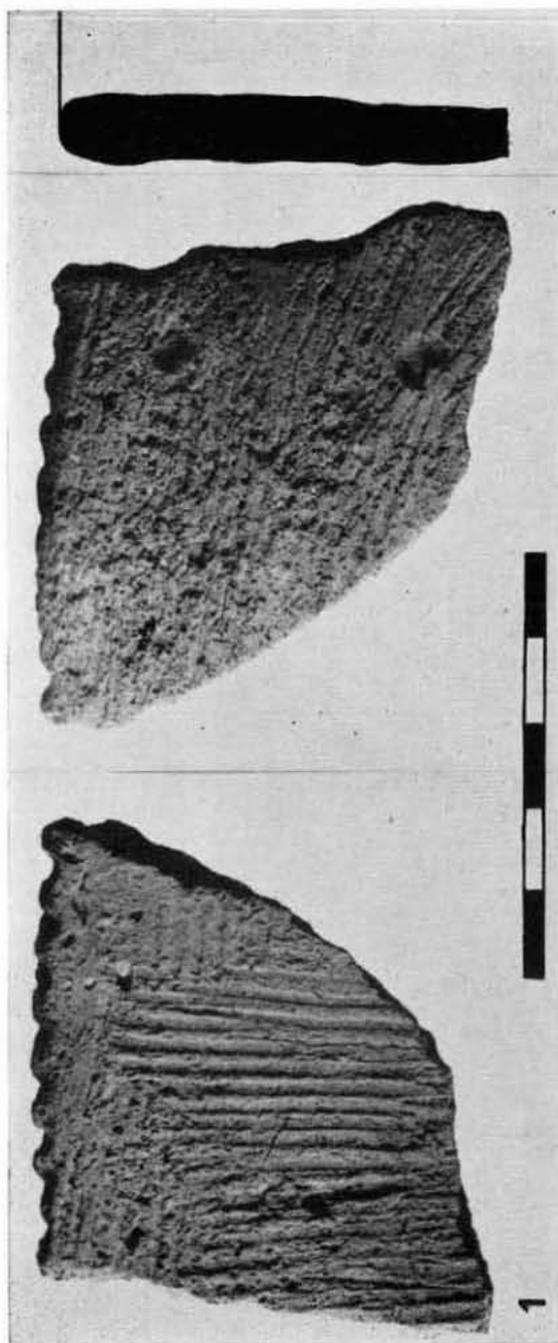
INDICE GENERAL

	<u>Pág.</u>
PROLOGO DEL DR. PERICOT	I
LA CUEVA DE LA COCINA	
I.—ANTECEDENTES	1
II.—TIPOLOGIA	3
III.—ESTRATIGRAFIA Y MATERIALES	23
IV.—EL DESARROLLO INTERNO DE LA COCINA	51
V.—LA CRONOLOGIA RELATIVA DE LA COCINA	60
VI.—MESOLITICO Y COCINENSE	80

L A M I N A S

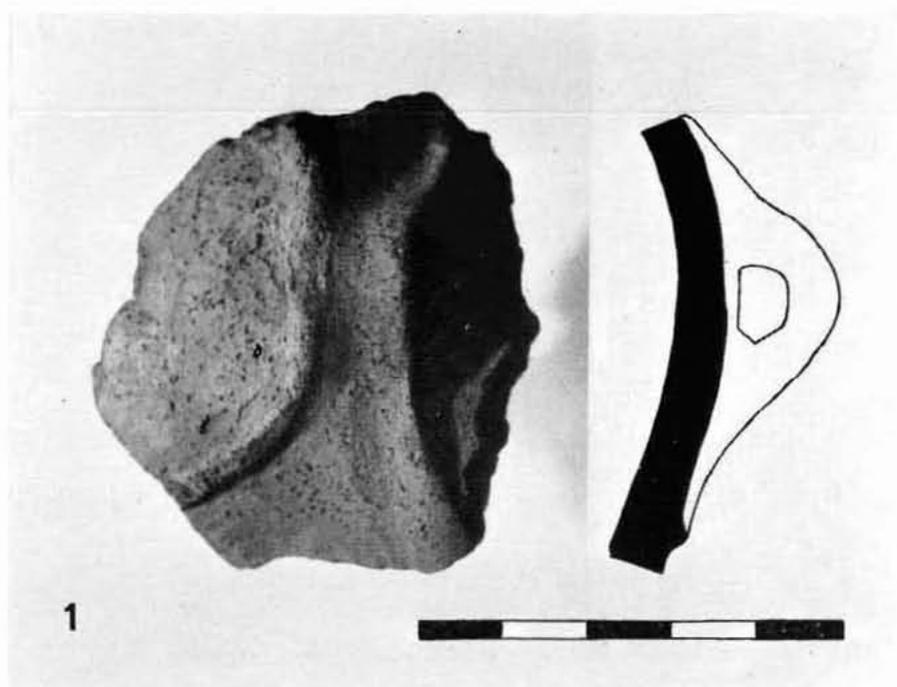


Cueva de la Cocina. — Panorámica de la entrada



Campañas anteriores a 1945:

1 y 2: Cerámicas peinadas de la capa L.^a.
(Fotos Fortea)



1. — Campañas anteriores a 1945: Asa acordonada de la capa 1.^a
2. — Campaña de 1945, E I, capa 2.^a: cerámicas acanaladas, peinada y de cordón longitudinal.

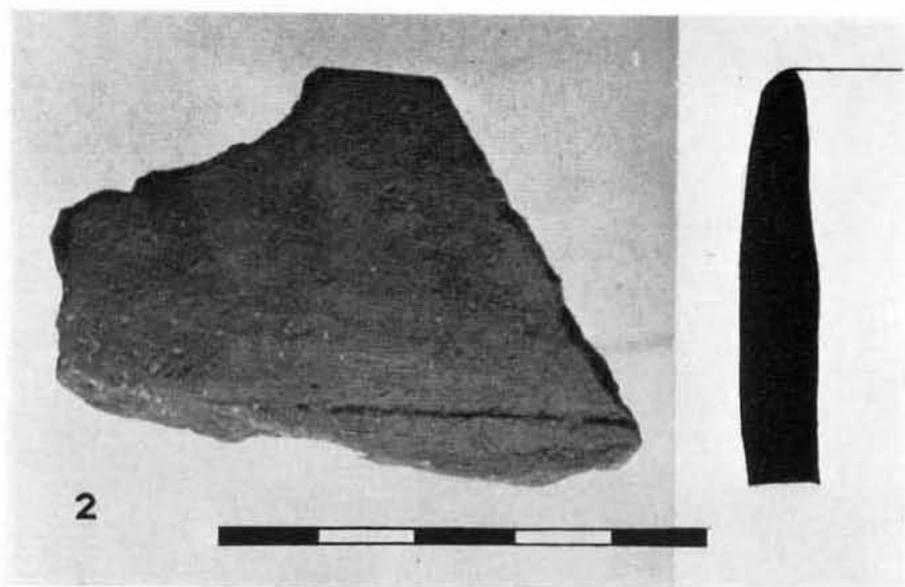
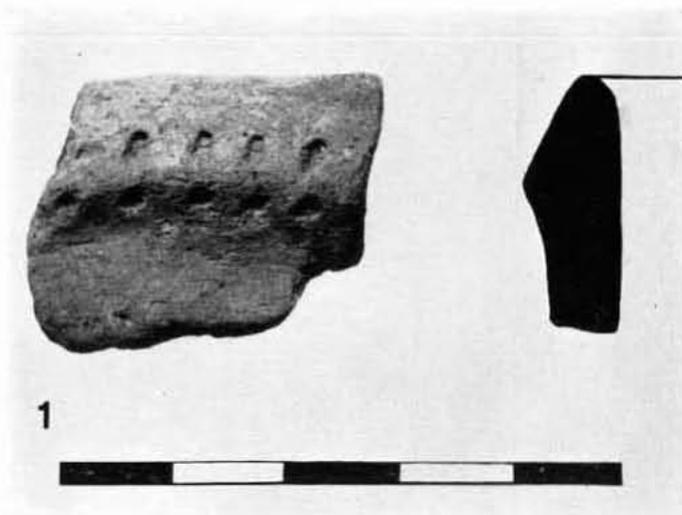
(Fotos Fortea)



Campana de 1945:

1 y 2. — E I, capa 3.^a: cerámica peinada y de cordones incisos.

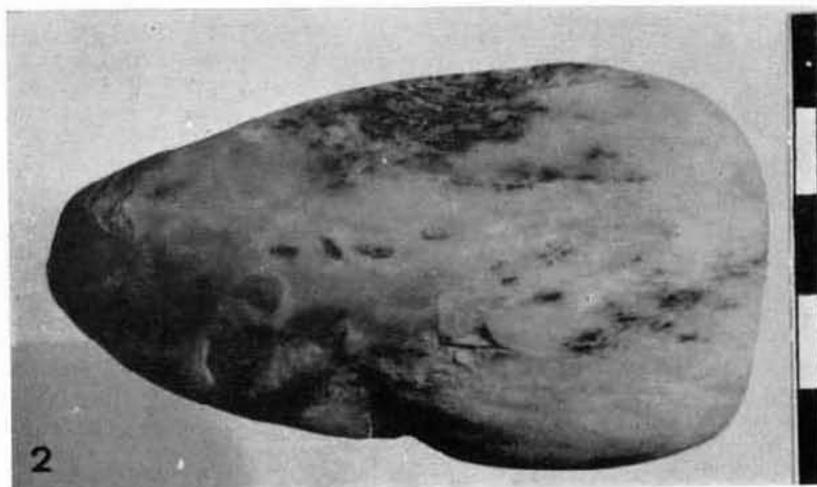
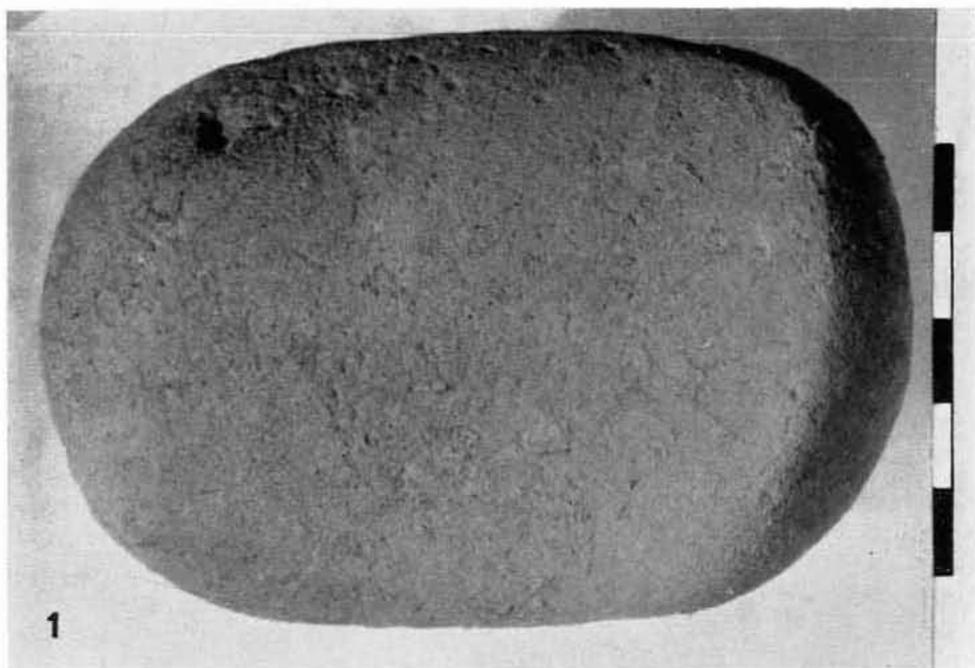
(Fotos Fortea)



Campana de 1945:

1. — E I, capa 4.^o: cordón con impresiones.
2. — E I, capa 5.^o: cuenco con incisión longitudinal.

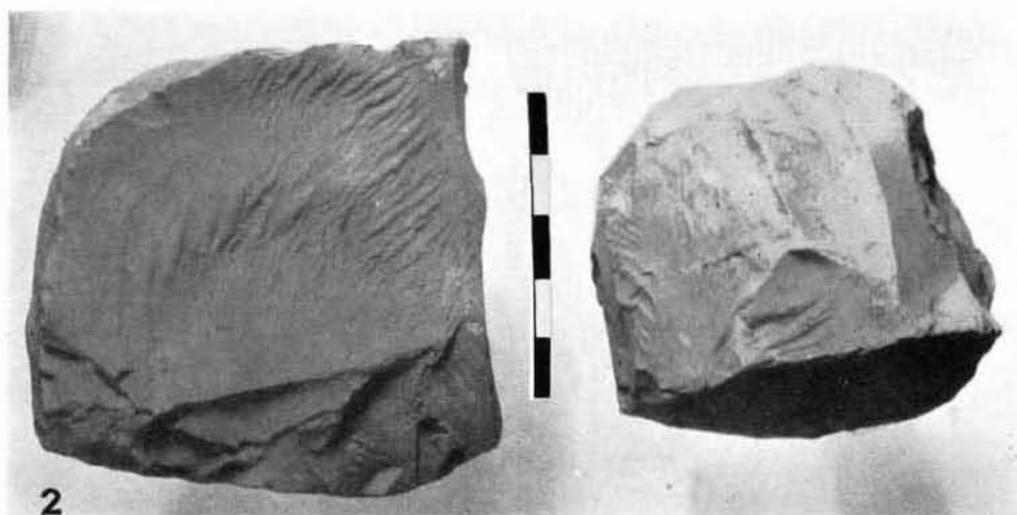
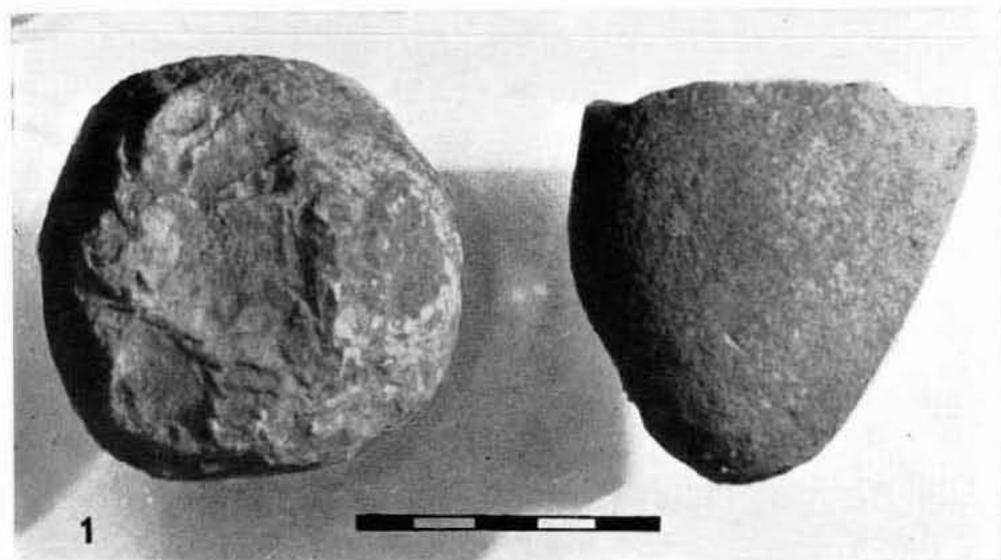
(Fotos Fortea)



Campana de 1945:

1 y 2. — E I, capa 5.^a: Piedra de molino y hacha.

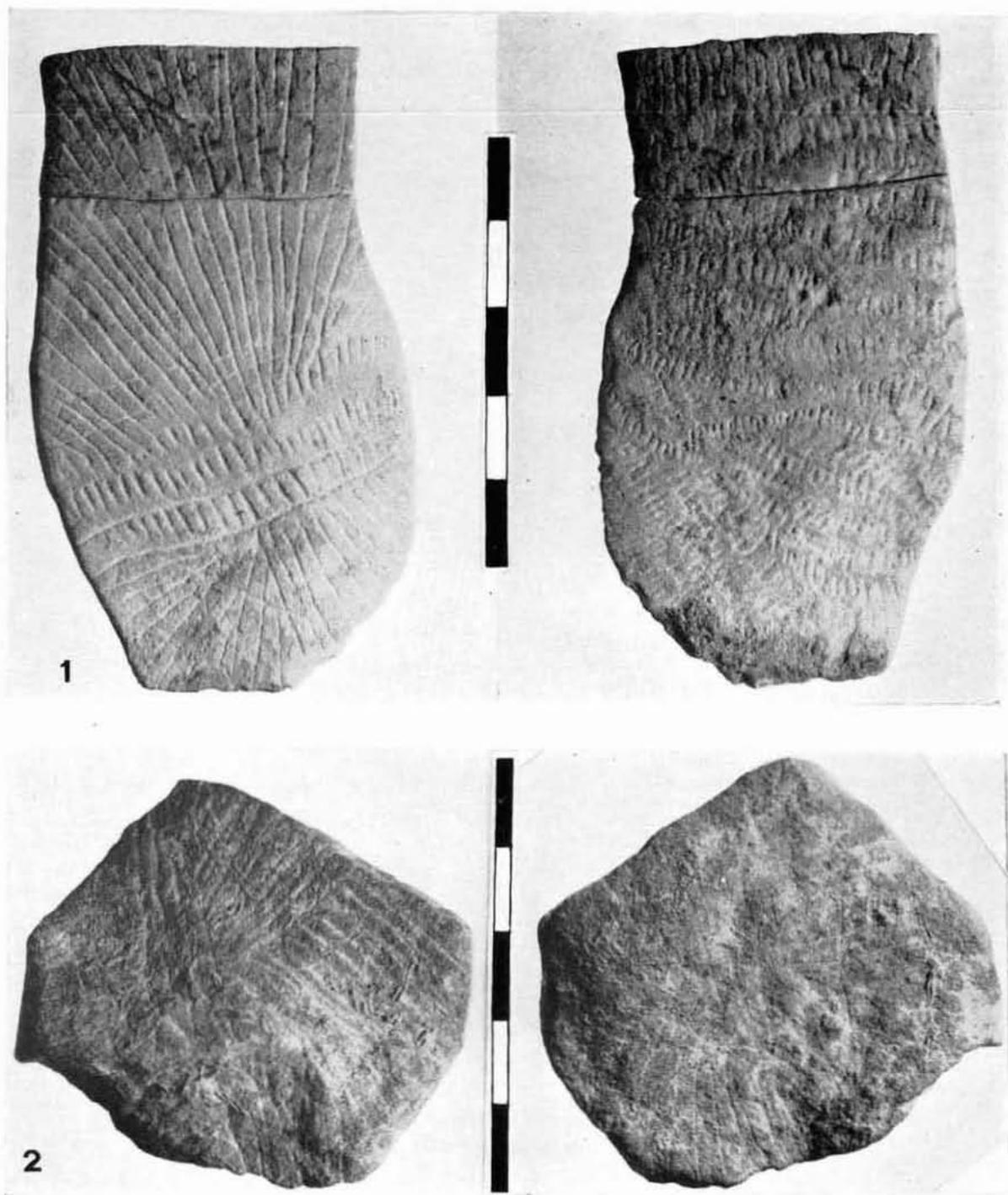
(Fotos Fortea)



Campaña de 1945:

1. — E I, capa 5.^a: percutor o bola y guijarro rojo.
2. — E I, capa 17.^a: macrolitos de caliza.

(Fotos Fortea)



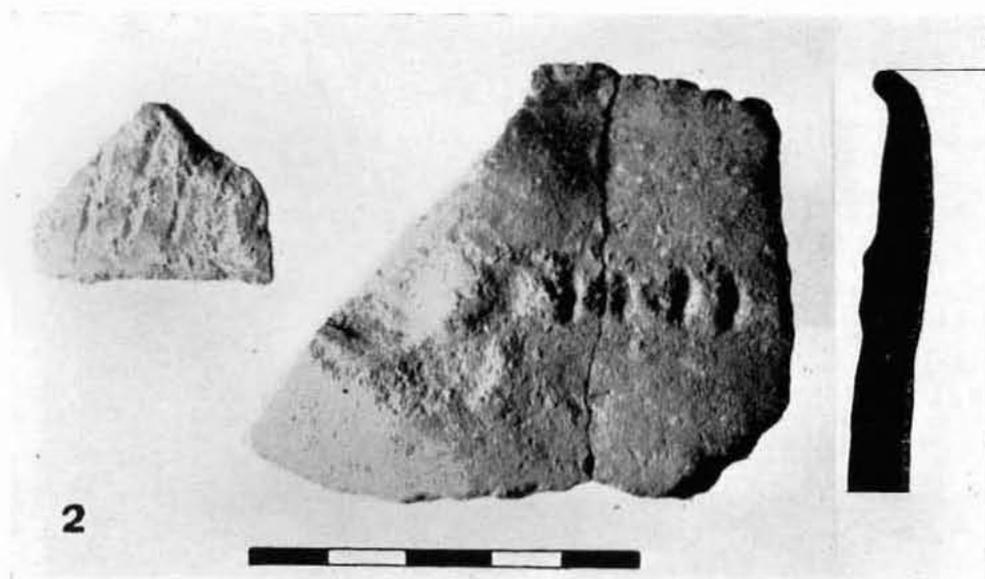
Campaña de 1945:

1 y 2. — E I, capa 6.^a: plaqueta grabada y plaqueta grabada y pintada de rojo.

(Fotos Fortea)



1. — Plaqueta grabada, sin estratigrafía, encontrada al quitar la cerca del aprisco.
2. — Campaña de 1945: E I, capa 6.º: Plaqueta grabada. (Fotos Fortea)



Campaña de 1945:

1 y 2. — E II, capa 5: Fragmento de borde dentado, fragmento de trazos paralelos y fragmento de borde dentado con cordón inciso en el cuello.

(Fotos Fortea)



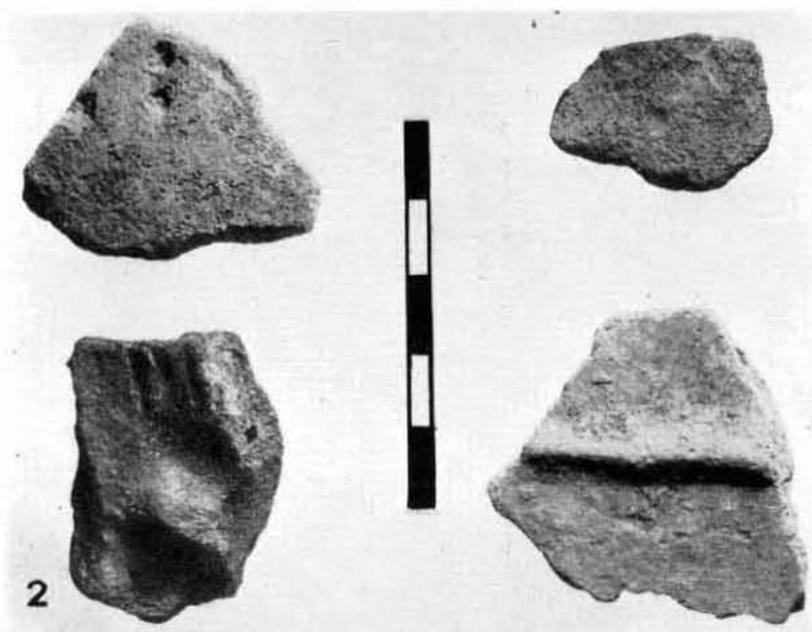
Campaña de 1945:

1 y 2. — E II, capa 7.ª: fragmentos con cordones verticales o surcos digitales, espatulaciones y trazos paralelos.

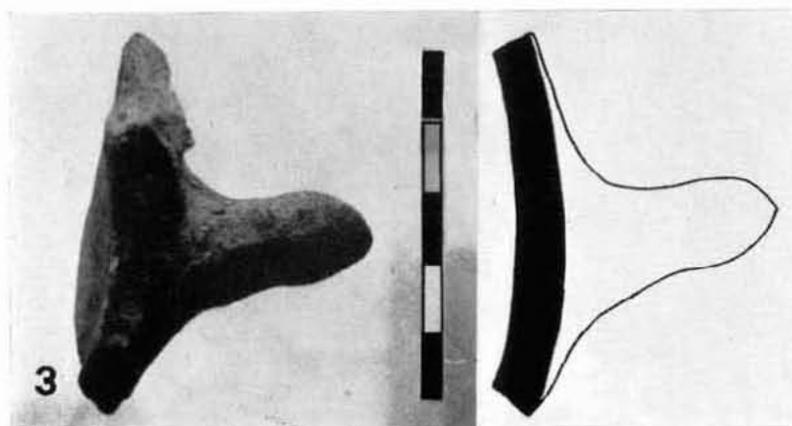
(Fotos Fortea)



1



2

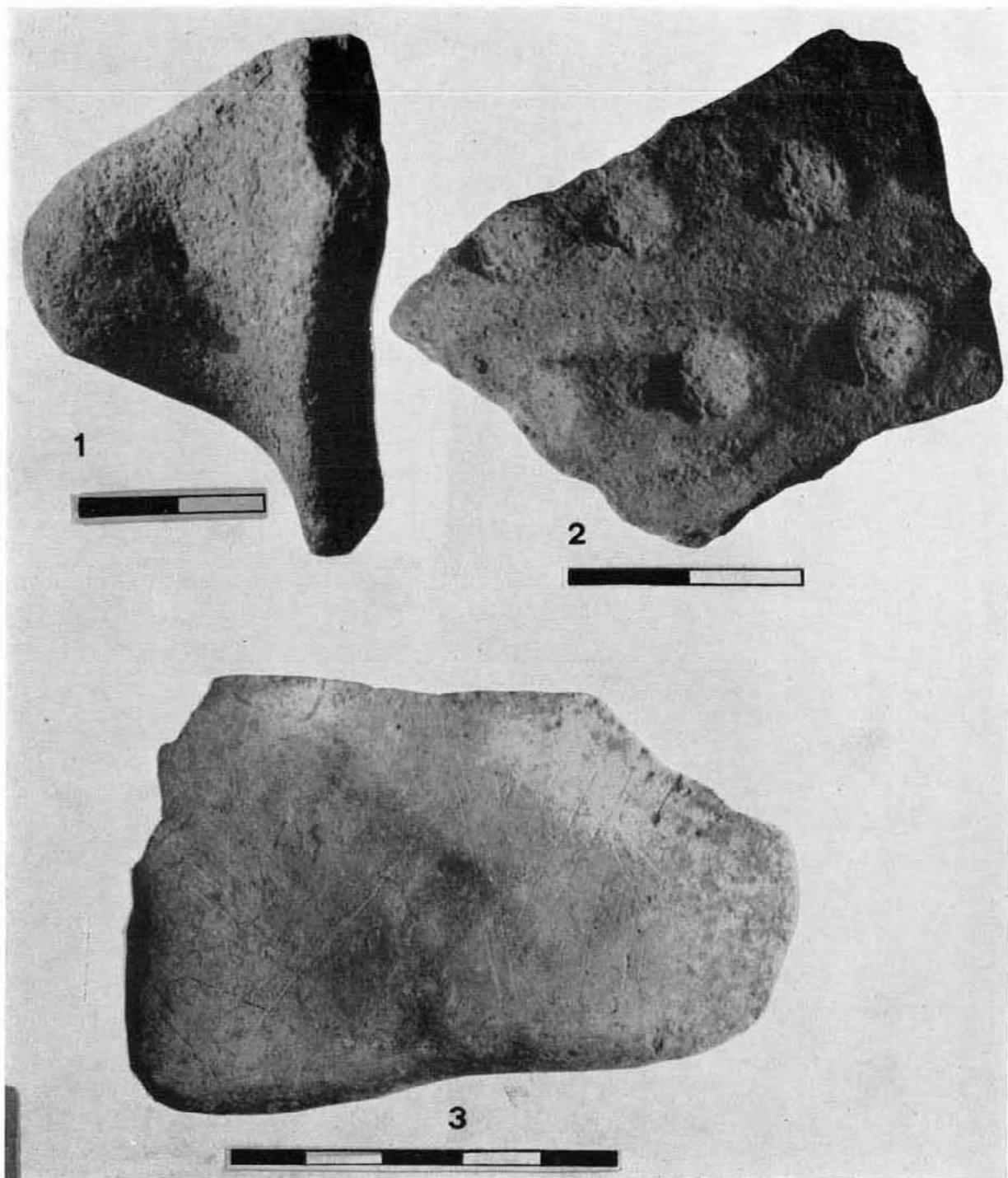


3

Campaña de 1945:

1. — E II, capa 8.^a: fragmentos decorados con trazos verticales formando acanaladuras.
2. — E II, capa 9.^a: fragmentos con decoración de puntuaciones, cordones longitudinales y mamelones.
3. — E II, capa 9.^a: asa de mamelón aplastado.

(Fotos Fortea)



Campana de 1945:

1 a 3. — E II, capa 10: asa de mamelón aplastado, fragmento con decoración angular y plaqueta grabada.

(Fotos Fortea)



Campaña de 1945:

E II, capa 10: fragmentos con impresión de cardium.

(Fotos Fortea)

